Mundo Uruguayo

ILUSTRACION SEMANAL | Año VI | Montevideo, Noviembre 6 de 1924 | Núm. 304 | 7 CENTESIMOS EL EJEMPLAR

Foto Caruso

Petrone, el gran centro forward del mejor team de football del Mundo

LA "EDAD DE PIEDRA" DE LOS PAPÚAS

Las fotografías que aparecen en esta página fueron tomadas por el Capitán Frank Huley y reproducidas en el libro: **"Perlas y Salvajes"**. Los papúas son unas tribus con algunos principios de civilización que viven en una región de la isla de Nueva Guinea. Refractarios a la fotografía sólo transigieron en dejarse retratar en cambio de algunos objetos que les llamaron la atención. Su característica principal es la tristeza, que denuncian en su gesto habitual. Existe entre ellos una aristocracia guerrera y tienen cierto sentido artístico e industrial que se traduce en sus telas, en sus escudos de guerra y en la coquetería fenemina. Muchas tribus son autropófogas; otras, gracias a la acción de los misioneros sustituyen al prisionero por un cerdo en sus festines y banquetes



Aspecto de las viviendas papúas. Las mujeres y los jovencitos encargados de las tareas domésticas





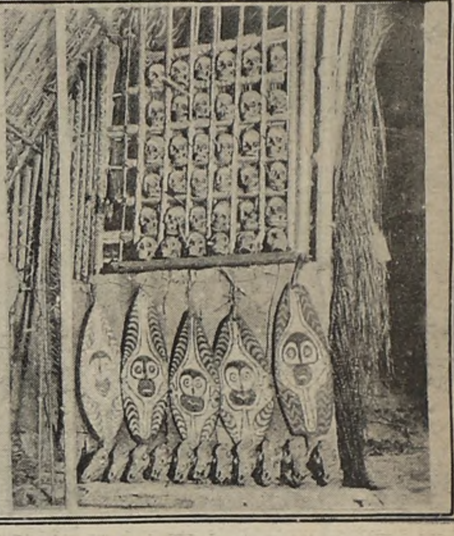
Arriba: Gesto característico del papúa
Abajo: Dos ricos mantos tejidos y teñidos con elementos de la flora indígena



Viudas de indios con hierbajos recojidos para la cámara del jefe



Un viejo indígena en actitud de ensimismamiento sorprendido sin ninguna vestimenta



36 calaveras de guerreros muertos por el jefe de una tribu



Adornos de una elegante bailarina papúa. Se trata de una vistosísima toilette. Plumas brillantes y flores de distintos colores en la cabeza.



En la proximidad del caserío. — Vida en común de las familias papúas
En este grabado pueden verse sus canoas características



Ejemplar de la belleza femenina papúa. Jóven de la tribu de Waniyella, cubierta con un tapado

Semanario Ilustrado
Aparece todos los jueves
Editado por la Agencia «Publicidad» Capurro y C.ª
Calle Juan C. Gómez 1386 — Montevideo

Mundo Uruguayo

Precio del ejem. $ 0.07
Precio de suscripción anual $ 3.00 oro
En el extranj. suscrip. anual . . $ 5.60 oro

Año VI. Montevideo, Noviembre 6 de 1924 Núm. 304.

Construcción de vías ferreas

AL regresar de su gira por el litoral el Presidente de la República, los miembros del Consejo de Administración y los Secretarios de Estado que lo acompañaban, expresábamos nuestra esperanza que esa visita a distintas localidades del país fuera benéfica para las mismas, pues era posible que diversas obras públicas de urgente necesidad para el progreso del país, tuvieran resolución favorable en el seno de los Poderes Públicos. Desde ya, el problema más urgente para el desarrollo de la gran riqueza del suelo, para la vinculación y acercamiento de los centros productores con los mercados consumidores, es la ampliación de nuestra actual red ferrocarrilera, la que, salvo pequeñas modificaciones, permanece con el mismo kilometraje de extensión que hace diez años, sin que se le haya dado la amplitud requerida que el mayor aumento de la población nacional, la fundación de nuevos núcleos agrícolas y el progreso de todos los pueblos del interior. Es sabido, también, que en diversas ocasiones y muy recientemente aún, comisiones de técnicos, se han abocado al estudio general de nuestro trazado de ferrocarriles consultando exigencias del presente y del futuro, razón por la cual existen antecedentes suficientemente ilustrativos en poder del Gobierno para que el problema vinculado a nuestros medios de transporte sea resuelto en forma que consulte los intereses generales. Así lo entendió el Consejo Nacional de Administración, resolviendo, en una de las sesiones celebradas la semana pasada, la construcción de mil a mil quinientos kilómetros de vías férreas, iniciando de una vez por todas una política económica favorable a la producción nacional. Se desechó el pensamiento de expropiar las líneas existentes, por reputarlas inadecuadas a servir el tránsito del porvenir que requiere líneas de gran peso que permitan el desarrollo de velocidades más amplias que la que pueden desarrollar los ferrocarriles actuales. El trazado votado y aprobado como el primero a ejecutarse es el de Montevideo San Luis y Montevideo, Cuareim, por Santiago Vázquez, San José, Trinidad y otros puntos indicados en el mismo. Con esta vía férrea, verdadera columna vertebral de nuestro futuro sistema de comunicaciones, que atraviesa el país desde el puerto de Montevideo hasta el puerto más lejano de su frontera norte, se enlazan importantes localidades y se sirven los intereses de la zona de más intensa población y de mayores núcleos edilicios. Con ella es posible, más tarde, ejecutar todas las ampliaciones requeridas por el desenvolvimiento progresivo del país, sin subordinarles, como ocurre en la actualidad con las pocas líneas propiedad del Estado, a las exigencias de Empresas particulares que tienen monopolizada la entrada a Montevideo.

La resolución que comentamos del Consejo Nacional de Administración, es tal vez la más importante acción de gobierno que se haya tomado desde que funciona aquel alto cuerpo, en pró del progreso nacional que reclama muchas y buenas vías de tránsito, ferrocarriles, líneas de navegación etc., a fin de que sea posible la subdivisión de la propiedad territorial y el fomento de muchos factores industriales que tienen su base de vida en la tierra.

El país se prestigia

ES sintomática la situación de prestigio que va adquiriendo nuestro país en el exterior. No transcurre un solo día sin que el nombre del Uruguay sea mencionado ya en los círculos diplomáticos, ya en los centros financieros del mundo. La gestión de sus representantes en el seno del Consejo de las Naciones, ha sido brillante y en muchos casos decisiva para la solución de los problemas que afectan la paz del mundo. Su situación económica ha merecido los más francos elogios, y ella contribuirá, sin duda alguna, a fortalecer las relaciones comerciales y financieras que mantiene nuestro país con las grandes potencias del viejo y nuevo mundo. En todos los Congresos realizados de un tiempo a esta parte, en cuyas deliberaciones tomaron parte los delegados del Uruguay, el nombre de nuestro país fué proclamado como el de una gran nación que marcha a la cabeza de los modernos progresos científicos y sociales y su obra legislativa, su obra integral de civilización, reconocida en toda su trascendencia. Estos hechos que vienen comprobándose repetidamente por todas las naciones del mundo, hablan de una nueva era para este país cuyos esfuerzos por imponerse a la consideración universal, por la acción de sus gobiernos y de sus institutos científicos, han llegado a ser tomados como ejemplo. Persistamos pues, en engrandecernos, prosiguiendo nuestra labor de renovación social y económica.

La cuenta de los ranchos

VAMOS a ver, — decimos nosotros, — ¿cuántos ranchos ha contado usted, Renée Delia?

—Yo he contado, hasta ayer, — responde Renée Delia, — veintidos ranchos.

—Yo "tengo" treinta y ocho, — dice vivamente, de improviso, Matilde Elena.

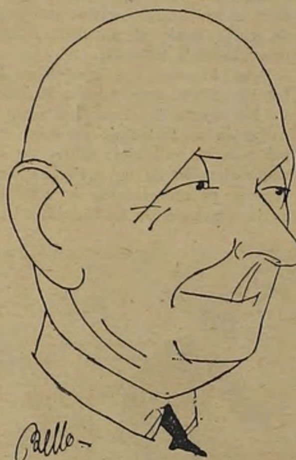
—Creo que yo he llegado a diecicho, — añade Celia Rosa.

Se hace un pequeño silencio. El viento juega con los finos trajes de estas muchachas supersticiosas. Ellas creen que al contar hasta cien ranchos de paja por la calle, es factible el casamiento con el hombre a quien den la mano después de realizado tal recuento. Nosotros pensamos que en el fondo es altamente poética la cuenta meticulosa que de los sombreros de paja masculinos llevan las muchachas casaderas al venir la primavera. Las mujeres son supersticiosas. Todas las mujeres son supersticiosas. Las mujeres intelectuales son, también, supersticiosas. Cada una a su manera y cada cual con su insospechada superstición, de distinta manera que el hombre. Se amoldan al hombre porque no tienen más remedio, pero es muy distinta la naturaleza masculina de la femenina.

Nosotros creemos que a ningún hombre se le hubiera ocurrido contar sombreros de paja, atar muy apretados los nudos en una cinta, mirar por la espalda a los frailes, elegrarse por la presencia de un marinero, llevar la cuenta de los caballos blancos y de los carros de pasto...

¿Podremos enumerar todas las supersticiones de las mujeres? Su lista sería interminable. La mujer, por su misma debilidad y por su perenne ensueño, necesita contar ranchos de paja. Dejemos que los cuenten y recuenten. No hay maldad en ello. Por el contrario, nos encanta, al pasar luciendo nuestro flamante sombrero por debajo de un balcón florido de mujeres, oir sobre nuestras cabezas unas risitas nerviosas y un entrevero de números que nos hace pensar — ¡eterno prosaísmo masculino! — en la "quiniela".

Dip omáticos extranjeros



Dr. Arturo Schmidt Eskot Ministro Plenipotenciario de Alemania

El hogar nacional

HEMOS tenido ocasión de apreciar el contenido del folleto que acaba de editar el señor José Rovella sobre su proyecto de lo que él llama "Hogar Nacional".

Inspirado en un elevado concepto de humanismo esta iniciativa tiende a resolver el doloroso problema de los hijos sin padres, a la abolición del sombrío espectáculo de los niños maltratados; de la infancia abandonada al vicio, a la crueldad de la miseria o a la inconciencia de los padres infames.

Por este proyecto, todos los niños huérfanos por falta real de padres o por la ausencia del amor de ellos, serían considerados hijos del Estado. Ya, en repetidas ocasiones, hemos apreciado lo que significa el niño, lo que la educación de la infancia importa para los destinos de la colectividad. Por esas nuestras convicciones, no podíamos menos de ver con todas nuestras simpatías ese proyecto de carácter tan humanitario. La falta de un hogar, de un verdadero hogar hace que los niños de los asilos y de los reformatorios no puedan formar su espíritu con la esencia insustituible del amor familiar. El principio que dá origen a este proyecto intenta el remedio de esa falla hasta ahora inevitable en la organización de la sociedad. Como factor espiritual mucho más decisivo que todos los convencionalismos, la institución de la familia influye poderosamente en el alma humana.

La infancia sombría, llena de tristeza y de dolor de los que no han tenido madre ni hermanos, la falta de la alegría en los años de inocencia y de pureza, crean los caracteres disolventes, reconcentrados, misántropos que han de perderse después para la sociedad o han de ser enemigos de ella. No sólo por esas consecuencias sino también, porque nunca es más alto el deber de la caridad, y diríamos mejor de la Justicia — ya que aquella palabra está un poco desprestigiada — que cuando se trata de aliviar el dolor del niño, será siempre oportuna esta iniciativa.

Por el proyecto a que nos referimos son hijos del Estado, 1.º: Los niños a quienes abandonen los autores de sus días, ejerciendo el Estado la Patria Potestad hasta los 21 años y 2.º Los huérfanos que quedan en la indigencia y a quienes por razones de solidaridad social, el Estado adopte, obligándose a su mantenimiento, protección y educación, general y profesional; y se considerarán igualmente, hijos del Estado: 1.º los niños que son depositados por sus padres en el "Hogar Nacional" por falta de recursos; 2.º: los menores huérfanos que aún teniendo el amparo de tutores y parientes, el Estado considerase beneficioso para el niño tenerlo bajo su Patria Potestad; 3.º: los menores que fueran depositados en el "Hogar Nacional" para su corrección. 4.º: los menores que fueran depositados por Jueces y Fiscales.

El proyecto, bastante completo en sí, establece disposiciones muy atinadas y prevee buena parte de los inconvenientes que puedan anotársele *"a priori"*. Dispone la creación de distintas dependencias del "Hogar Nacional" y trata con buen criterio su financiación. Es ésta, pues, una iniciativa digna de todo estimulo.

El Presupuesto Municipal

POR fin!, exclamarán los empleados municipales, el Presupuesto de la Comuna es un hecho. Transcurrieron algunos años antes de que se llegara a la situación actual, pero se ha llegado para bien de todos. Es cierto que el nuevo Presupuesto representa sobre el anterior, una buena suma de pesos de aumento que se justifica, en parte, por la nueva organización de las autoridades municipales, y en parte según se afirma por la creación de oficinas y aumento de personal. Para atender las nuevas erogaciones incorporadas al Presupuesto recientemente sancionado, hubo que recurrir al único expediente empleado por los estadistas de nuestro país: es decir, a la creación de diversos cargos impositivos, pués el aumento normal de las rentas municipales, por el crecimiento de la población y el desarrollo edilicio de la ciudad, no hubiera permitido soportar sin graves trastornos financieros para la comuna, los nuevos compromisos presupuestados. Los empleados y obreros que dependen de esta entidad autónoma, tienen desde ya su situación asegurada. Falta ahora que el Consejo sujete sus compromisos de futuro a lo que le autoriza cada planilla del Presupuesto que constituye la base financiera de su gestión administrativa. Siendo así calculados con exactitud los árbitros, es posible obtener superavits por el natural progreso del departamento y salir, de una vez por todas, del período de las dificultades económicas que tanto desprestigian la acción de toda entidad pública. Y si el Poder central, como lo noticiara no hace muchos meses, pudo cerrar el ejercicio 1923-1924 con un pequeño superavit, que no dudamos se afirmará en el futuro para prestigio del país, bien puede el Poder comunal seguir las mismas huellas para su bien y el de la colectividad.

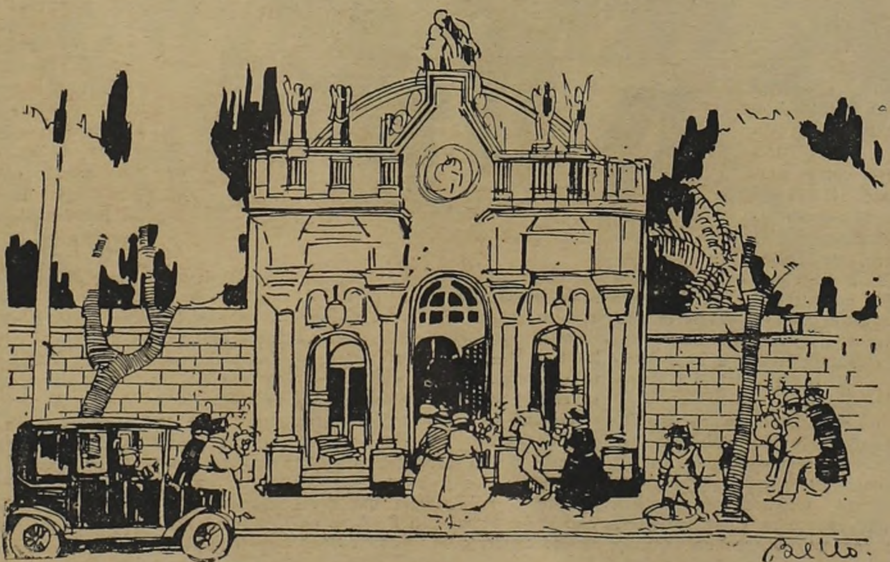
La famosa sentencia de hábeas corpus fué creada por Shaftesbury, célebre político inglés (1621-1683.)

Tandjore, ciudad de Indostán, de 58.000 habitantes es la ciudad sagrada de los hindúes.

Hay un proverbio francés que es necesario no olvidar: "Los buenos patrones hacen los buenos sirvientes".

La orden de Federico el Grande fué creada en Alemania por el Emperador Guillermo I, después de la guerra de 1870.

Rindiendo culto a los muertos



En el Cementerio Central. Apunte del natural por Bello

VIDA NUEVA

ELENA gozó tan íntima emoción de felicidad que hubo de comprimir los sollozos. Al mirar a su marido le vió a través del tembloroso cristal de las lágrimas, y cuando él acudió a besarla, sintió contra las mejillas la cálidad humedad entre sus dos rostros acalorados.

Pepe Montiel se separó bruscamente y poniéndole las manos sobre los hombros a Elena, la miró un poco sorprendido.

—¿Estás llorando, chiquita?

—Ya lo ves.

Caían las lágrimas, lentas, poniendo doble surco de brillos en la cara enflaquecida y ardorosa de Elena. Pero ella sonreía a través de las lágrimas.

—Tienes el champán triste, chiquita.

—Ni el champán, ni el alma, Alegres, muy alegres. Pepe mío. Lloro de alegría, de tan feliz como soy.

Y se levantó para abrazarle y besarle, mojándole nuevamente el rostro, como en los días, aun no muy lejanos, de infortunio, de lucha. Pepe Montiel sintió contra su cuerpo el vientre hinchado, deforme, de su esposa.

Todas las dichas juntas. Con la nueva posición, sin ahogos, llegaba el hijo esperado tanto tiempo inútilmente. Tres meses antes, cuando se convencieron del embarazo indudable sintieron el remordimiento cruel de los criminales. Era, en su miseria una infamia lanzar una nueva vida al dolor, a la angustia de esta miseria misma. Y, sin embargo, en lo más profundo de su alma, sin una mutua confesión que les hubiera consolado de los más íntimos reproches y de las febriles vergüenzas, ambos sentían vago, impreciso, con esa inquietante e impalpable realidad de las microscópicas nauplias y tornarias marinas, el amor prolongado, fundido en una nueva vida.

¡En cambio ahora! Este orgullo lo confesaban a plena voz, mirándose a las pupilas que no brillaban, como antes, de fiebre y de insomnio, y de hambre, sino con un brillo nuevo, como si reflejaran los oros de la futura riqueza y los vésperos espléndidos de la americana tierra prometida.

—¡Elena mía, chiquita!

—¡Mi Pepe!

La obligó a sentarse de nuevo en uno de aquellos sillones amplios, tan blandos, que se hundía su cuerpo, como el desarticulado de un fantoche, flojos los hilos; sillones desconocidos para ellos en su vida miserable, tan cercana todavía.

Sentían, inconscientes, el azoramiento un poco infantil que producen los cambios demasiado bruscos en los que arrastraron la vida como a su grillete un presidiario o como al mundo el Atlante mitológico, pero sin los crímenes del presidiario ni las fuerzas de Atlante.

Todo en torno suyo, en aquellas dos habitaciones del Hotel moderno, confortable, tenía la regocijada y serena visión de la fortuna. Habían querido, además, en un refinamiento de la inesperada holgura, no cenar en el comedor general, ni siquiera en los gabinetes particulares del Hotel, sino allí mismo, en "sus habitaciones", servidos por el criado de calzón corto, media roja y purísima dicción francesa al ofrecer los distintos vinos.

Sólo ellos parecían no haber cambiado. Enflaquecidos, pálidos con una instintiva humildad en los ademanes y en las miradas que sólo el tiempo podía borrar del todo, recordaban el pasado obscuro, de sordos y rabiosos combates cotidianos, que no podían olvidar jamás y que, afortunadamente, no les robó el mutuo amor, tan firme, tan capaz para los inagotables y necesarios consuelos de ternura cuando los desfallecimientos o las inútiles rebeldías.

Pepe Montiel llenó otra copa de champán.

—Toma, chiquita.

Elena protestó sonriendo.

—No; no, Pepe... Son demasiadas... He bebido tres.

—No importa. Por nuestra vida nueva.

—Año nuevo... — exclamó ella, sin terminar, mojándose los labios y devolviendo la copa a su marido, que buscó en el cristal la huella de la boca amada para beber.

Nunca esta frase vulgar, falsa casi siempre, repetida de un modo indiferente y burlón, pudo tener tan augusta y noble grandeza de símbolo como entonces. Con el nuevo año empezaba para ellos una vida nueva, totalmente distinta, que se afianzaría con nuevas raíces al otro lado del mar. Parecía un sueño de hadas. Incluso, muchas veces, Pepe Montiel releía las cartas recibidas de Santiago de Chile, para convencerse de que no se había borrado las letras y con ellas la venturosa renovación—¿Ves?—le decía Elena—¿Ves cómo yo tenía razón en esperar?



Sí; ella, la resignada, la enferma de hambre y de frío, la incansable de amor y de consuelo, no desesperó nunca y en los peores momentos, le halló sonriente y buena.

Se conocieron nueve años antes de este nuevo que tan felizmente comenzaba. Elena era modista y mantenía a su madre. Pepe Montiel estudiaba el tercer año de ingeniero industrial. Así como Elena no tenía más que a su madre. Pepe Montiel no tenía más que a su padre jefe de Administración del Ministerio de Hacienda. En el intervalo de tres años, murieron el padre de Montiel y la madre de Elena. Bruscamente se encontró Pepe Montiel en la calle. Vendidos los muebles de su casa, no pudo pagar del todo las deudas de su padre. Tuvo que dejar la carrera. Le proporcionaron un empleo de cuatro mil reales en el Ayuntamiento.

Entonces se casó. Fué una boda triste, humilde, sin comida en los Viveros, sin el estrépito de coches atravesando la Puerta del Sol, llenos de muchachas vocingleras, de mozos vitoreadores, que soñaba la imaginación modisteril de Elena. A poco de casarse murió la madre de ella, se renovaron los cargos de concejales y dejaron cesante a Pepe Montiel.

Después...

Los días interminables con las caminatas por todo Madrid en busca de un empleo, de un trabajo cualquiera, dispuesto a abdicar de todas sus aspiraciones pretéritas, pronto, incluso, a cosas inconfesables con tal de que no muriese aquella mujer que no tenía a nadie más que a él en el mundo, para defenderla y ampararla.

Mientras, Elena, arrimada a la ventana de un cuarto interior, que daba a un patinillo triste, maloliente, cocía desde el amanecer hasta muy avanzada la noche.

Pepe Montiel fué conductor de tranvía, estuvo empleado en la Nueva Necrópolis del Este, fué acomodador de un teatro de varietés, copió pliegos judiciales, estuvo en la administración de un periódico, fué capataz de una fábrica de cemento en la provincia de Guadalajara.

Pero hubo de dejar el tranvía a causa de una congestión pulmonar doble que le puso ante los ojos la amenaza de la tuberculosis. Suspendieron los trabajos de la Necrópolis, fracasó la empresa de varietés, procesaron al escribano que le daba trabajo, murió el periódico. En la fábrica se amotinaron los obreros contra el porque no les consentía emborracharse...

Y de pronto, en respuesta a una carta suya que escribió sin seguridades de respuesta, recibe la contestación de un antiguo amigo y compañero de carrera que le ofrecía un destino espéndido en Santiago de Chile. Había hecho fortuna, poseía una de las empresas más poderosas del país y, a través del tiempo y de la distancia, en virtud de una de esas inexplicables regresiones sentimentales que acometen a veces a los hombres de negocios pensó en que el amigo lejano podía secundar su obra y con una fidelidad y un entusiasmo limpios de toda bastarda idea de lucro.

Envió dinero. Más del suficiente para los viajes y los preparativos necesarios. Sólo exigía que estuviera Pepe Montiel en Santiago antes de Febrero...

—o—

Por la plaza de Neptuno pasó una turba vocinglera, con escandaloso estrépito de latas golpeadas, de zambombas, de panderos, de almireces, de cánticos, de vítores..

Elena y Pepe se acercaron al balcón. Limpieron con la mano los cristales, op[illegible] por el calor interior, y m[illegible]ron, enternecidos, el paso de la chusma.

—¿Te acuerdas del año pasado?

—¡Oh! No me hables, ¡qué horror!

Bien distinta su miseria de aquel otro año nuevo, en que se acostaron sin cenar, con una rabiosa desesperación de vencidos, hundiendo la cabeza bajo las almohadas para no oír los cantos de la gente ebria de vino y de plebeya alegría.

Y, sin embargo, ahora, este ruidoso desenfreno de la ciudad, visto así, desde el cuarto confortable del Hotel, a través de los cristales, en vísperas de un viaje que tal vez no tuviera retorno, cuando al fin iban a cambiar por completo su vida, les emocionaba dulcemente.

—¿Quiéres que salgamos?—propuso Elena.

—¡Qué locura, chiquita! ¿Para qué?

—¡Sabe Dios cuándo volveremos a ver Madrid en una noche como ésta!

—Es una locura... Podría hacerte daño...

—No... Me abrigo muy bien... Anda, vamos...

Accedió al fin. Salieron a la calle. Elena arrebujada en sus pieles, iba cogida del brazo de Montiel, con ese paso lento, anadeante, de las embarazadas. El, sonreía complacido, a los grupos de mujeres desmelenadas y roncas, de hombres con el rostro tiznado o metidos dentro de femeniles atavíos, mientras cantaban villancicos y golpeaban latas, almireces sartenes y panderos.



Oyendo sonar los panderos en aquella noche de niebla que tenía para ellos la decisiva importancia de un símbolo, Montiel recordó a cómo sonaban otros panderos de las almerías, que conodeas y de las rociera cuando niño.

Según las manos así hablaban de sana alegría o de ficticio regocijo. Manos de campesina, o manos de mujer enloquecida por el alcohol, no ponen el mismo ritmo sobre la tersa tirantez del pandero.

Aquellos panderos de la aldea y la romería, hablan de las gracias sencillas, de las coplas tal vez pícaras, pero nunca obsenas; de los campos dormidos bajo la nieve o despiertos en toda su vernar furza de verdor; de las ferias donde descansan las bestias de ojos apacibles; de los sotabancos que pascan su inquietud giróvaga a través de todos los caminos. Estos panderos de la ciudad hablan de las coplas viciosas y soeces, de las tabernas propicias a la locura y al crimen; de los hombres embrutecidos y hambrientos; de las calles sombrías y tortuosas donde acechan mujeres trágicas, pintadas como payasos...

Llegaron a la Puerta del Sol, que empezaba a llenarse. Por entre los grupos circulaban hombres y chiquillos que vendían cucuruchos de papel con doce uvas para cuando sonaran las doce campanadas del reloj del Ministerio. Aún no eran más que las once y cuarto.

—Vamos por ahí, por Carretas, ¿quiéres?

—¿A dónde, chiquita?

—Por ahí, a nuestros barrios de antes...

Siguieron la calle de Carretas, la de Barrionuevo, la Plaza Progreso, y de allí se internaron en las callejas tortuosas, obscuras, de suelo resbaladizo y casas ruinosas, tan familiares para ellos en otro tiempo.

De cuando en cuando se cruzaban con algún grupo. Tenían que arrimarse a la pared y dejarles paso.

Pepe Montiel empezaba a inquietarse.

—Volvamos a la Puerta del Sol, chiquita. Podemos tener un disgusto

Seguían la calle del Calvario, desierta y tortuosa. Detrás de las puertas de las tiendas y de las casas, se oía el rumor de la zambra A través de las rendijas pasaban tenues hilos de luz

Repentinamente, por una de las calles transversales, desembocaron varias mujeres y tres hombres.

Uno de ellos, borracho, tropezó y fué a caer sobre Elena. Ella dió un grito y se llevó las manos al vientre. Montiel se abalanzó sobre el borracho.

—¡Bárbaro!

¿Cómo fué? Elena no lo supo nunca. Se arremolinaron todos sobre los dos hombres, impidiéndola ver. Pepe Montiel lanzó un grito desgarrador, penetrante y cayó al suelo con una navaja clavada en el corazón.

Las mujeres, los hombres, desaparecieron rápidamente.

Elena quedó sola, de rodillas ante el cuerpo de su marido, que murió sin poder hablar una palabra, con una tristeza infinita en los ojos...

José Francés.

PATRIOTISMO

Hay muchas manera de amar la patria, y lo justo es que cada uno la ame del modo que le sea más natural y que más contribuya a dignificarla. Nosotros hemos perdido hasta tal punto el sentido de la perspectiva, que no damos importancia más que al derramamiento de sangre. Los que no luchan con las armas o por lo menos, con arrebatados discursos, son la obra muerta de la sociedad y mirados con desprecio. Ya decía Goethe a este propósito, contestando a los que le acusaban de falta de patriotismo.

"Yo he procurado llegar a donde más alto he podido en aquellas cosas a que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión; no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra; si alguno ha hecho tanto como yo, que alce el dedo". No se puede hablar con más elevación y justicia; mucho vale la sangre, pero más vale la obra del espíritu. Los hovos, los cafres, los hotentotes, los matbeles y los zulús derraman también su sangre por defender el suelo patrio; en los pueblos cultos eso no basta: hay que luchar por el engrandecimiento ideal de la familia en medio de la cual se ha nacido, y ese engrandecimiento exige más que el mero sacrificio de la vida.

Angel Ganivet.

Tipos y Costumbres

POR SANTIAGO DALLEGRI

Vos sufrís de la canilla...

—...Sí; vos te estás portando muy bien!...

—Es costumbre, ché!: en la Escuela me daban siempre diez puntos.

—Aquí también deberían dártelos; pero en la cabeza.

—No veo quien sea capaz!

—Yo tampoco; pero eso no quiere decir que no te los merezcas.

—En la cabeza, nada menos?

—Ahí mismito!

—A vos, en cambio, habría que dártelos en los labios, los diez puntos; y bien apretados! Aunque, si he de decirte la verdá, creo que sería inútil.

—Te parece?

—Sí; por que ni cosiéndotelos, tendrías la boca cerrada.

—¡Qué sería sinó la abriera!

—Sería el ideal, mi hija, el ideal!.. Pero, hacerle callar la boca a una mujer, ya se sabe que es más difícil que sacarse la grande sin tener billete de lotería.

—Ah, sí!... Y porqué hablamos, a ver!... Decílo!... Por qué?...

—¡Y!... Por que sí!... Por que se les escapa la cuerda... Porque la comadrona les corta demasiado el frenillo... Por que están entrenadas para eso.... Que sé yo, por qué!...

—Qe me contas?... De lengua larga, entonces?... Por puro gusto?... Por simple sport?...

—Seguramente que será por eso.

—Estás bueno!... Lo que es a vos no hay duda ninguna que a hacerte el zonzo no te gana ni un pavo canela con la cola levantada!... Por qué hablamos!... No lo sabés, verdad?... Pues andá a preguntárselo a la rubia del Biografo...

—A la rubia?

—A la rubia sola, no: a la morocha, a la gorda, a la flaca, a la alta a la petiza... a todas las polleras que entran al Salón, que para vos son otras tantas películas, según lo que te interesan

—Y por qué me han de interesar? Por qué las miro?

—Seguramente, que por qué las mirás.

—¡A vos si que te miro y, francamente, no te veo!

—Yo, en cambio te veo apenas te miro.

—Ya lo sé!...

Hizo una pausa, él, y luego reanudó:

—¿Querés que te diga una cosa?

—Bah!... Me decís tantas!...

—No; pero una cosa en serio, en formal, de verdad. Una cosa que nunca te la dije.

—Decíla.

—Vos estás enferma.

—¡Ah, sí?

—Vos sufrís de la canilla, mi hija!

—De veras?

—De verdad. Los síntomas son claros, ché. Estás seriamente atacada!

—Que desgracia, no?

—Mayor de lo que parece; por que en estos casos ocurre, siempre que ustedes tienen la enfermedad y nosotros sufrimos las consecuencias.

—Tenés coraje!...

—¡Y!... Qué querés!... Somos muchos, todavía, los héroes!.... Y pueden dar gracias, eh! Por que el día que perdiéramos el coraje, se acababan los novios.

—Sí; se acababan los novios desvergonzados.

—Demasía de lenguaje!

—¡Demasía de atrevimiento!.... O que te crées, ¿que yo soy alguna idiota que voy al Biografo a chuparme el dedo?

—No! Ya lo sé! Vos vas para mortificarme a mí!

La moza iba a interrumpirle para contestar; pero él, sin darle tiempo prosiguió:

—Contigo, ché, ya no sé como hacer para tenerte conforme Cuanto mejor uno actúa, más se aumenta el expediente! Siempre tenés alguna foja para agregarle: si camino erguido, ya salís con que ando muy arrogante; si voy con la cabeza un poco agachada, que debo andar muy



preocupado; si soy amable con tus amigas, que ya me están gustando; si me río, que estoy muy contento; si soy cariñoso contigo, ¡que milagro!; si no te hago mimos, que estoy muy desamorado... En fin!... Que ya no sé, francamente, cómo ponerme para que me salga bien el retrato!

—!Derecho, mi hijo, derecho! Es la mejor postura! Por que el que anda siempre derecho no hay temor de que vayan a creer es rengo.

—¿Quierés decir, entonces, que soy...

—Lo que sabés de memoria; no me hagas repetírtelo.

—Repetílo, no más! Que es lo que soy?

—¡Un perfecto Cara rota!

—¡Nada más?

—Un sinvergüenza, también!

—Y por qué?, si puede saberse.

—Por que no hay mujer que veas que no se te vayan los ojos.

—Quién te dijo?

—Yo, que te veo!

—Vos?

—Yo mismita, sí! Por que delante mío mismo tenés la desfachatez de estar afilando jovenes y hasta viejas con tal qe sean lindas.

—Bueno, por lo menos, suprimiendo lo de viejas, reconocés que tengo buen gusto!

—Lo que vos tenés son más reparticiones que escritorio americano!

—Sí; pero cuando levanto la cortina me encuentro siempre contigo.

—Lo que te deberías de encontrar es quien te sacára los ojos!

—Eso sí que me dolería, ves! Pero por una sola cosa: por no poderte ver más a vos.

—Sí!... Te intereso mucho, yo!

—Más de lo que te mereces y más de lo que te supones. Pero cuando no rezongás, eh! Cuando dejás a un lado las letanías.

—Y por qué, rezongo? Querés decirme? Por qué recurro a las letanías?

—Y yo que sé!... Por que siempre hay una rubia, una morocha, una flaca, una alta, una petiza o una gorda, ¡que se yo!... Por cualquier cosa!

—Qué me decís!.. Tener que oirte, todavía!... ¡¡Ay!!... Uñas para pelarte vivo!!...

—A mí?

—¡A vos, sí! A vos, a la rubia, a la morocha, a la flaca, a la alta, a la gorda, a la baja, a todas!.... Sí! ¡¡A todas!!.. Así: con las diez uñas de los diez dedos!!... Hasta no dejarles ni una tirilla de pellejo!!

Hizo un aspaviento, él, y en seguida exclamó:

—No vés!... Y después serás capaz de negarlo?... De decir que no?... Que no es cierto?

—El qué?

—Que sufrís de la canilla!...

Santiago Dallegri.

El mas virtuoso

El duque de Osuna, virrey de Nápoles en una de, las grandes fiestas de su reino, acudió a las galeras con objeto de indultar a uno de los condenados a trabajos forzados. Era éste un derecho de gracia que le correspondía por su cargo, y que él ejercía con placer, pues siempre agrada hacer bien a los desgraciados.

Llamó, pues, a unos cuantos de ellos, y les fué preguntado por el delito que les había reducido a semejante situación.

Todos se expresaron con rodeos, alegando diversos pretextos para disculparse. Sólo uno confesó con franqueza sus crímenes. Y éste fué el indultado.

—Ponedle en libertad — dijo el duque — porque es tan malo que va a corromper a los demás.

Eran irónicas tales palabras, y al mismo tiempo un reconocimiento de la franqueza, porque quien era franco para confesar su maldad demostraba que iba camino del arrepentimiento.

El miedo al patron

Una de las cosas más desagradables y perniciosas es el temor que a los empleados inspiran a veces sus superiores. En ocasiones tienen la culpa los mismos jefes, que suelen imponerse por el temor y parecen gozar en conseguirlo. Mas también sucede a menudo que el empleado cobra miedo a su principal sin razón ni motivo alguno. Así, suele eludir la presencia de sus jefes, da señales de inquietud al verlos entrar en su despacho, y ahoga un suspiro de satisfacción cuando se retiran. Es indudable que semejante disposición de ánimo es de todo punto inconveniente, y ni el principal ni el dependiente deben consentir que continúe.

Pero se dirá: ¿Qué puede hacer un pobre empleado para vivir exento de ese temor? En primer lugar debe convencerse de su derecho a desempeñar sus obligaciones con tranquilidad de espíritu. Luego puede reflexionar que la diversa condición de superior e inferior nace, en gran parte, de las conveniencias impuestas por la organización misma del negocio, y que tales denominaciones no implican necesariamente una diferencia fundamental en otros órdenes. Prescindiendo del negocio, un hombre puede valer tanto como otro, y cada uno tiene derecho a vivir su vida y a gozar su felicidad.

C. Warren.

Los leones de Fiume

La plaza Dante es uno de los lugares públicos más concurridos de Fiume, y sus aceras aparecen invadidas por las mesas de los cafés allí instalados.

Una de las curiosidades que en aquel lugar de la famosa ciudad más se hace notar al forastero es ver pasar con frecuencia rara durante todo el día una gran cantidad de jóvenes generalmente delgados y sin sombrero, luciendo al sol, con gesto altivo, sus cabelleras espesas y erizadas, semejantes a la crin de los leones etiopes.

Mientras que las ilustres personalidades italianas, los D'Annunzio y los Mussolini, no muestran al sol de su patria más que unos cráneos limpios, desvastados por la calvicie, existe en los confines de la gloriosa península una juventud que se complace en ver aumentada su estatura por el vuelo indómito y prodigioso de una cabellera mantenida en constante verticalidad.

Y en ninguna ciudad de Italia se hace resaltar tanto esta particularidad como en Fiume.

Para distinguir el algodon en los tejidos

Un método sencillísimo para apreciar si en un tejido de lana hay mezcla de algodón, consiste en cortar un trozo pequeño del tejido, deshilarle y quemar uno tras otro todos los hilos a la llama de una bujía. Los hilos de origen animal, lana o seda, arderán con dificultad y se transformarán en carbón, dejando un olor a *cuero quemado*, y los hilos de origen vejetal, por el contrario, arderán fácilmente sin dejar residuo ni mal olor.

El Espejismo de la Gloria

CONOCI a Honorio Zarzal, el famoso pintor, durante mi permanencia en París, cuando estuve pensionado para estudiar cierto famoso palimpsesto de excepcional interés para la historia de nuestras leyes medioevales. El polvo de los archivos — que es polvo asaz molesto, aunque prócer — produjome una conjuntivitis por demás desagradable, que impidiéndome fijar la vista, me condenó a huelga forzosa.

¡Cómo sufrí los primeros días, viéndome inhábil para realizar la empresa que me llevó a la capital de Francia! Porque bueno será decir que yo había tomado muy en serio mi papel de investigador concienzudo, y que la gloria de Zeumer, de Petigny y de Gaudenzi, pareciame deleznable comparada con la que yo pretendía conseguir. Por eso, aquel entorpecimiento contrariábame en grado sumo.

Pero hizo el azar que trabase conocimiento por aquel entonces con un tipo de lo más pintoresco que puede pasearse por los bulevares parisinos. Llamábase "el doctor Héctor Amilcar Babironi", y decía ser ministro plenipotenciario de la República sudamericana de Guanamajate. En París, donde causa risa nuestro tradicional timo de los perdigones, se dejan timar siempre, sin necesidad de perdigones siquiera, con tal de hacerlo en grande escala y halagando el punto vulnerable de los franceses: la vanidad.

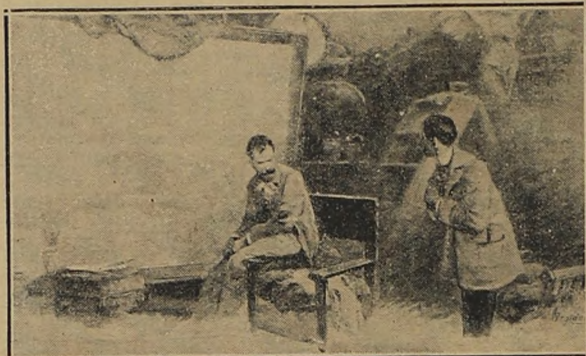
Héctor Amilcar Babironi, gran psicólogo, se adueñó de París con rapidez inusitada. Por su hotel del bulevar Montmartre desfilaba la *élite*, y no había ciudadano de la democrática ciudad republicana que no aspirase a decorar su ojal con el distintivo de la Gran Cruz o, cuando menos, de la Encomienda del Cóndor Azulado, alta presea otorgada por el Gobierno de Guanamajate a los súbditos de países amigos. Claro está que el perínclito Babironi cobraba por derechos de expedición de los diplomas cuatro y cinco mil francos, y aun me contaron de cierto comerciante en salazones que pagó mil luises por el collar de la Tortuga Roja, suprema distinción reservada para contadísimas personalidades. Esto es, para los contadísimos individuos capaces de invertir un dineral en tamaña majadería.

Mientras llegaba la hecatombe — porque llegó como era de esperar, constituyendo un ruidoso *affaire* que atrajo la atención del público parisino lo menos durante cuarenta y ocho horas — el doctor Héctor Amilcar Babironi vivía a lo príncipe, y, nada egoísta, nos hacía participar de su boato en veladas inolvidables, a las que concurrieron altos políticos, linajudos personajes, artistas de reputación mundial.... ¡Así fué de escandoloso el "*affaire* Babironi"! Como que del lodo removido alcanzaron salpicaduras a mucha gente encopetada.

En el suntuoso hotel del sedicente plenipotenciario fuí presentado a Honorio Zarzal una noche de orgía pantagruélica. Días antes se habían otorgado tres collares de la Tortuga Roja y Babironi nos obsequió con un festín digno de su habitual esplendidez.

Sea por nuestra cualidad de compatriotas, sea por afinidad de caracteres, ello es que Zarzal y yo simpatizamos desde el primer momento. Me abrió las puertas de su soberbio *atelier*, y yo frecuenté su trato, dejando transcurrir largas horas de mis forzados ocios sentado en un rincón del estudio, caladas las verdes antiparras, que resguardasen mi doliente vista de la radiante luz cenital, mientras él, incansable, trabajaba. Su especialidad eran los cuadros "de género"; tenía un exquisito gusto para la elección de asuntos y colocación de modelos, y sus obras, aparte el mérito artístico, eran muy ornamentales. Esta circunstancia contribuyó indudablemente a consolidar su fama, acrecentando sus ingresos de un modo extraordinario: yo recuerdo que Hugo Zopetti, el "marchante" de la calle de Rívoli, le pagó en mi presencia 25 000 francos por una escena versallesca — deliciosa, eso sí, — en cuya ejecución invertiría Zarzal poco más de dos semanas.

Era hombre un tanto huraño. Tenía fama de orgulloso, de endiosado, de fatuo. Nada más erróneo. Su carácter reflexivo, taciturno, reconcentrado, le hacía parecer lo que



no era. Más de una vez despedíame del maestro después de dos o tres horas de mutismo, que él invirtió en retocar la labor emprendida y yo en contemplar su obra. Al oir mi voz parecía despertar de un sueño.

—¡Ah! ¿Pero estaba usted aquí?

—Aquí estaba, y ya me voy.

Y nos estrechábamos la mano sonrientes, sin que por mi ánimo cruzase la idea de que su abstracción era indicio de grosería.

Los detractores de Honorio Zarzal — ¿quién no tiene enemigos, sobre todo, siendo artista? — hallaban motivo para zaherirle en el desdén con que parecía mirar los Certámenes y Exposiciones. Jamás se dió el caso de que un cuadro suyo apareciese en los magnos Salones parisinos. Invitado a figurar en Concursos mundiales, nunca envió sus obras para someterlas al fallo de un Jurado. Y esta circunstancia, de indiscutible exactitud, era hábilmente explotada por maldicientes y envidiosos.

—¡Bah! ¿Honorio Zarzal? No es más que una medianía laboriosa. Le ha sonreido la suerte lo bastante para que se tome por oro de ley el talco de su numen. Sólo se ocupa de vender bien los cuadros. Su única aspiración es el "marchante". Y a la gloria que la parta un rayo. ¿Por qué no acude a las Exposiciones, como hacen todos? ¡Por miedo, nada más que por miedo a que se proclame su impotencia!

Más de una vez tuve que defenderle de tamañas diatribas, creyéndolas injustas y apasionadas, aunque reconociendo ineludiblemente que tenían un fondo de verdad. Y como mi afecto hacia el ilustre pintor iba creciendo, juntamente con la confianza que mediaba entre nosotros, un día me decidí abordar el peligroso tema con toda clase de miramientos, temiendo herir su suspicacia. Sonrió, encogiéndose de hombros.

—¡Oh! Sí; conozco todo eso que de mí dicen; pero no me importa. Mi conciencia artística está tranquila, y eso es lo interesante. ¿Quiere usted saber por qué no concurro a las Exposiciones? Por miedo...

—¿Miedo a qué? ¿A no llevarse el premio? — inquirí vivamente.

—Al contrario. Miedo a triunfar, a conseguir el galardón supremo, una de esas medallas de honor que consolidan definitivamente la reputación de un artista.

Quedé perplejo, sin saber qué responder. Zarzal sonreía siempre.

¿No me comprende usted, por lo visto? ¡Oh! No me extraña. Y sin embargo, es muy sencillo...

Hubo una breve pausa, durante la cual los ojos del maestro, con fijeza extática, parecían no ver. Súbito rompió a hablar con un ímpetu extraño en él, tan frío, tan circunspecto siempre.

—Mire usted.... Todo artista, desde que comienza a trabajar, no tiene más que un ansia suprema, la del éxito definitivo. ¡La consagración! Con este afán vivimos olvidados de todo, incluso de nosotros mismos. ¿Qué importa, si nuestros sufrimientos son pasos que nos aproximan al triunfo...? Yo, como todos, he sentido ese anhelo. Pero hubo un día — tal vez el día que más cerca me creí del ideal — en que se me ocurrió hacerme una pregunta desoladora: "¿Y después..?" Y esta pregunta, al parecer tan sencilla, dió al traste con todas mis ilusiones. ¿No comprende usted el negro poema contenido en esas dos palabras? "¿Y después..?" Después del triunfo supremo, ¿a qué aspirar? ¿Para qué vivir? ¿Qué norte ha de guiar nuestros pasos? ¿En qué estímulo han de inspirarse nuestras obras? Después de triunfar, sólo cabe morir... O, por lo menos, romper los pinceles, cruzarse de brazos, vivir de recuerdos.

Me permití objetarle tímidamente:

—Bien, sí; pero yo creo que la gloria bien merece...

—¡Oh, la gloria, la gloria...! El templo de la gloria sólo tiene fachada. Una escalinata espléndida, un peristilo maravilloso, una puerta incomparablemente bella.. Pero, traspuestos los umbrales, nada. El vacío. La obscuridad del caos. ¡Oh! Yo quiero conservarme las ilusiones del que lucha. Quiero ver la fachada del templo sin convencerme de la vacuidad del interior...

Moví la cabeza dubitativamente.

—Pues, con franqueza, maestro: yo creo que usted hace mal.

—No lo crea usted. Me conozco. Si lograse una apoteosis, ya no trabajaría. Y, mal que bien cien obras de las de ahora son preferibles a una, la del triunfo, por magna que fuese.

—Aquéllas y ésta pudieran ser compatibles.

Dejó de sonreir. Agarrándome con fuerza ambas manos, exclamó en voz baja:

—Eso mismo pienso yo algunas veces... Para demostrárselo, voy a confiarle mi secreto...

Me condujo a un estudio supletorio, siempre cerrado a miradas profanas. En uno de los testeros había un caballete tapado con un lienzo. Vivísima luz iluminaba la estancia.

—Nadie sabe lo que usted va a saber — dijo el artista. — A pesar de esos temores, mi culto por la gloria no decae. Desde hace diez años, a la par que los cuadros de venta, preparo un lienzo grande cada año, en el que pongo todos mis amores. Estos cuadros, que he pintado sin más móvil que el arte, me han satisfecho plenamente. Y lo que es el último...! Vea usted, vea Vd.

Descorrió el cendal que cubría el caballete. Quedé maravillado ante aquella obra prodigiosa. ¿Quién habló de impotencia, de decaimiento? Honorio Zarzal era un artistazo, un fenómeno, un elegido. Lleno de gozo contemplaba el efecto que me producía su obra.

—¡Oh, maestro! Esto es insuperable. El mundo entero proclamará su gloria.

—Tal vez tenga usted razón... Y no crea usted; los nueve cuadros anteriores acaso no fuesen inferiores a este...

—¿Dónde están? ¡Quiero verlos! Diez obras maestras de la misma mano...

Honorio Zarzal se encogió de hombros.

—¿Verlos..? Imposible.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho usted con ellos?

—Lo mismo que con éste...

No pude evitarlo. Cuando quise acudir, ya era tarde. El artista, con una cuchilla que empuñaba su diestra, rasgó de alto abajo la pintura, que crujió con chasquido de entrañas desgarradas....

—¡Qué hace usted, desgraciado!

—Evitar la tentación. Conservarme ante los ojos el espejismo de la gloria, ese bello engaño que nos ilusiona sin poseerlo y cuya proximidad nos desencanta...

Honorio Zarzal murió loco años más tarde. Genio y locura, según Lombroso, marchan de bracero...

Augusto Martínez Olmedilla.

Cierto centenario de Aldershot asegura que perdió su primer diente a los 102 años.

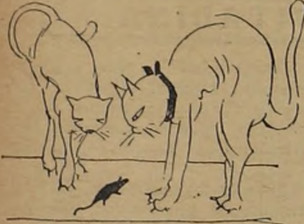
La dote de María Teresa, de España, mujer de Luis XIV, no fué nunca pagada a Francia.

Del momento

LOS GATOS

Expulsados sin miramientos de las mesas inscriptoras y clausuradas a piedra y lodo sus cuevas de refugio o sean las urnas electorales, los gatos han dispuesto reunirse por las noches en magnas asambleas, y discuten su misérrima situación en forma tan escandalosa, que ya no nos es posible reposar tranquilamente a los moradores de esta bendita cuidad.

De dia no se les ve, ni se les oye, porque los gatos, como los mocitos farristas, duermen a pierna suelta desde la salida hasta la puesta del sol, pero a penas el firmamento empieza a arrebujarse en su apolillado poncho



negro, la felina especie asoma por todos los rincones, atuzándose los largos bigotes, o entregada a una "toilette" minuciosa, que abarca desde el extremo del rabo hasta la punta de las erguidas orejas.

Firme en su espectativa silenciosa, matizada por la labor higiénica, el gato permanece imperterrito hasta las once o las doce de la noche, en cuyo instante lanza un maullido vigoroso, que halla instantáneamente eco unos metros más allá en la calle, en las azoteas, dentro de un zagúan, o quizas en las lobregueces de algún húmedo só'ano.

Es una gata, probablemente joven y buena moza, pero aunque resulte vieja y flaca a el poco le importa, porque, como dirá, para pasar el rato cualquier cosa se acepta, amen que, según es sabido, de noche son pardos todos los gatos.

Entonces parten hacia la morada de la dulcinea, diez, quince, veinte gatos, y empiezan las serenatas, las discusiones y las reyertas.

Este canta al amor libre; aquellos apostrofan la ley electoral, que ha sido un heraldo de muerte para la especie gatuna.; protestan los otros por la escasez de ratones; el resto entona loas a la perrera y los fabricantes de fracfurtes, — terribles exterminadores de perros, — y nadie da punto de reposo a la garganta, chillando a más y mejor durante horas enteras.

De pronto se abre un balcón, asoma un ciudadano en camisa, y vuelca sobre la asamblea una jarra de agua, o le arroja una botella, o una lata, lo primero que haya encontrado a mano el tipo, en su afan explicable por dispersar aquella alborotadora hueste peluda.

¡Pu, pu, pu! — ¡Puf, puf! hacen los gatos dispersándose veloces, pero enseguida vuelven a reunirse en la acera de enfrente, y reinician el bravo concierto con ejemplarizador entusiasmo.

Otro balcón abierto otro proyectil y otra breve disparada, para sofrenar incon'inente y volver a la atroz barahunda.

Y todavia, cuando las sesiones tienen lugar en la calle, los vecinos mal que mal pueden defenderse, pero en las azoteas los gatos suelen ocupar posiciones inexpugnables, verdaderas ciudadelas donde los botines, frascos y trozos de madera se estrellan como proyectiles inofensivos.

También han aprendido que subiéndose a las claraboyas gozan de completa inmunidad, porque nadie se atreve allá a bombardearlos, temiendo destrozar media docena de vidrios.

Y ahí estamos los montevideanos sin pegar los ojos, o durmiendo agitadísimos, como los cronistas parlamentales durante las tremendas agarradas de la cámara representativa.

No es posible continuar de tal forma, y en tren de ponerle remedio a la epidemia, proponemos lo siguiente:



Que se clausure la perrera, y se les facilite a los perros, — tradicionales enemigos de los gatos, — el libre tránsito por todas las vias de la ciudad.

Que se obligue a los francfurtes a elaborar sus embutidos con carne de gato, en vez de perro, como vienen haciéndolo hasta ahora.

Que los "menú" de los restaurantes luzcan como platos de resistencia el civet de liebre o la fritura de conejo.

O sino que se anulen los nuevos registros electorales, y se fusile a Becerro de Bengoa.

Martín Chico.



Pablo

"Yo tan solo quisiera poseerte
Y con mis brazos poderte abrazar"

¡Claro está, mylodon de las cavernas!
¿Acaso iba a abrazarla con las pier-
[nas?

—

Alma Charrúa

"Cuéntale, palomita que le canto.
Talvez entonces me empieze a amar
Dile que la amo con cariño santo
Que con su rcuerdo voy agonizar"

Crepe no más, ciudadano,
Y deje a la palomita;
Que si se nos pone a mano
Nos la comeremos frita.

—

Clan Cy, J. C. T., Modesto X, Adía, A. Roque, J. P.
No pueden publicarse.

Patriota

"Y oy yoro y lamento
Por haberte dejado,
Uruguay adorado
tiera de mi nasimiento"

¡Oh! Si el país eligiera
Los que han de ser sus nativos.
Muchos gansos de su porte
No andarían coleando vivos.

—

F. M.

"Después que esté en la tumba,
Plantad a mi alrededor muchas rosas
rosas multicolores".

¿No daría lo mismo
Poner berzas y varias coliflores?

—

Protosio

Fué publicado algo igual o muy parecido en una revista argen'ina, y no hace mucho tiempo.

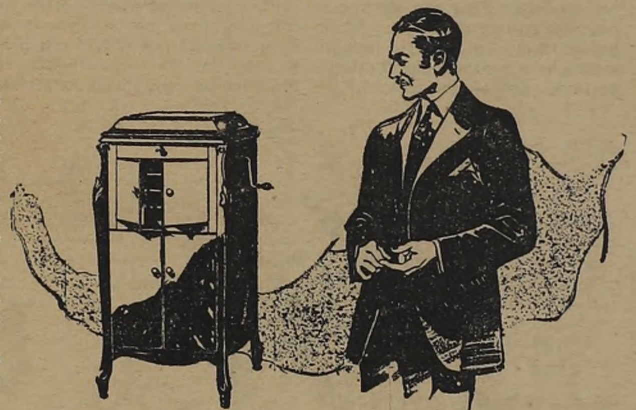
—

B. T. Z. — Juan Lucero.
No pueden publicarse.

Campeón de la semana

CANCION DEL PANADERO

Panadero, Panadero ...
que elaboras con esmero
con afioción sin igual,
el pan que todos comemos
y que luego devolvemos...
a la mar.
Panadero, Panadero...
que con tu andar placentero
y con tu acento sincero
a sirvientas conquistás,
traé pronto la canasta
con pan con grasa y pan flauta...
y demás.
Panadero, Panadero...
que en tu oficio de fuego
con el horno bien caliente
siempre andás
tu fortuna está basada
en pan de Viena y tostadas...
y croissant.
Panadero, Panadero...
que por la noche andarás
fabricando el pan carnero
que mañana comerán...
Viejos, hombres, pequeñuelos
sin tu pan y tus buñuelos
morirán...
Panadero, Panadero
mira el horno, mira el pan
y mira como los reales
en tu cajón entrarán...





Victrola IV
Roble



Victrola IX
Coaba o Roble



Los veteranos



Estío. Un gran calor todo rojo, calor de agonía, que aplasta, que todo lo hace fenecer. En el cielo, como rescoldo bárbaro de una inmensa hoguera, se aquieta, implacable, el fuego dormido. En las calles hay un terrible vaho. Se oye la voz desfallecida, ronca de algún pregonero, y el gorgear angustiado, en las cornisas, de gorriones. Pasa, lento, con sus cuatro mulas flacas, en recua, un carro que chilla con honda quejumbre. Dormido sobre unos grandes talegos, como degollado, con los brazos abiertos, el carretero yace inmóvil.

A la sombra, guarecidos bajo un álamo, platican dos hombres. Uno, es zapatero errabundo. Mendigo es el otro. El zapatero, un viejuco renegrido y encorbado, fuma de vez en vez, arrancándole a su pipa un negro humo pestilente, y según habla, corcuse los zapatos rotos de un vecino pobre. El mendigo es viejo también, y tiene ralo y encrespado el cabello, negra la cara, al aire un pecho velloso de cerdas hirsutas y grises. Cruza su espalda un zurrón donde lleva mendrugos y el acetre para el yantar. Los dos están rotos, caducos, misérrimos, corroídos por la roña. El calor es cada vez más fiero, más brutal. Gorgean, tímidos, los gorriones y las golondrinas, y el carro se aleja gruñendo.

Hablan....

El zapatero. — Celebro haberte visto, compadre. ¡Mira que son años! Tenía yo entonces...

El mendigo. — Yo tenía veinte. ¡Vaya un mozo! No tuvo mejor soldado el Rey D. Carlos de Borbón. Buen talle, buen palique contra las mozas, buenos puños contra los alfonsinos.

El zapatero. — ¡Ah, yo soy más viejo, galopín! ¿Te acuerdas? En el pueblo eras un mocosillo cuando me fuí con la República Ni recordarán. Yo, tal como si fuese hoy. ¡Era yo un mozo...! Aún veo a D. Emilio Castelar hablándole al pueblo sobre unos toneles. ¡Qué hombre! ¡Era un ruiseñor! ¡Una flauta!

El mendigo. — ¡Pues y D. Carlos! Nunca hubo Rey más guapo en el mundo. Tenía una gran barba, y unos ojos negros y un aire... A caballo estaba hermoso, ¡hermoso! Yo me jugué la vida por D. Carlos muchas veces con un gozo tan vivo... ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Qué dicha!

El zapatero. — Para tiempos los míos, compadre. Toda la vida en ascuas, entre barricadas y motines, en plena revolución. Morían algunos, ¡pero los otros, a matar! Por D. Nicolás Salmerón hubiera dado toda mi sangre. Dices que don Carlos tenía los ojos negros. Salmerón si que los tenía. Daban espanto, ¡qué hombres aquellos tan arrogantes! ¡Qué vida tan bonita!

El zapatero se agacha sobre su labor, agujerea un zapato con la lesna mohosa, unta el hilo con pez, y cose. Por su frente rugosa, el sudor corre vertiginoso, en ríos.

El pordiosero, que ha visto llegar a un transeunte, alarga su mano, pero la retira, vana, estéril. El sudor corre también por su faz marchita y rugosa. Pasan unos instantes. El calor arrecia, implacable y siniestro. Se ve ir y venir, sonsonando, a un moscardón.

El mendigo. — Te juro que me alegra verte y hablarte. ¡Me recuerdas cosas tan antiguas! ¡Mira que haber sido yo un mozo garrido, con más novias que un bailabonitas! ¡Mira que haber sido yo un soldado tan valiente que D. Carlos mismo, con su mano real, me puso una cruz en la guerrera! Al recordarlo, a veces lloro como un niño.

El zapatero. — Pues no te digo nada... ¡Yo! En Cartagena me batí como un héroe, cuando los cantonales. No tengo cruces, pero tengo una cicatriz en este muslo que vale por todas las cruces.

El mendigo. — No presumas de cicatrices estando yo a tu vera. Mira...

Y, orgulloso, enfático, se desabrocha la mugrienta camisa, y enseña un costado lleno de mugre, donde hay una enorme, terrible hendidura. Luego, sonriendo, exclama fanfarrón:

—¡Nada! Un bayonetazo. ¡Presume!

El zapatero. — Y con derecho. Que si tú puedes enseñar ese costurón, puedo enseñar otros que achican a ese. En un brazo tengo huellas de metralla, y en la cabeza un chirlo de sable. Fué una herida que me tuvo a morir.

El mendigo. — ¡A morir! A morir estuve yo en Victoria, recogido en un convento. Un tiro en el vientre... ¡Una bicoca! ¡Presume!

El zapatero. — Y tengo por qué. Y no hables de sacrificios ni de valentías, ni te des tanta importancia conmigo. ¡Estuviste a morir! ¡Vaya una cosa! También estuve yo, y además perdí en una batalla el manejo de la mano izquierda. Un maldito cartucho que me reventó. Así me veo de zapaterillo, pudiendo ser un gran zapatero de charol. ¡Presume, hombre, presume!

El mendigo. — Tú sí que presumes, chaval. Pues mira que si te hago el recuento de mis desgracias, no chistes. ¿Ves el temblor que tengo en la cabeza? ¡Desde una vez en que por nada me fusilan! ¡Estuve prisionero! Así me veo yo hecho una piltrafa. Y aún podría decirte más cosas. Pero te quiero dejar presumir todavía un rato.

El zapatero. — ¡Presumir! ¡Y con razón! Y sobre todo, los carlistas se callan cuando hablan los republicanos. Erais más blandos, más cisquillas...

El mendigo. (*enojado*). — Si vuelves a decir eso, vamos a tener un disgusto. ¡Cisquillas! Eso vosotros, que andábais huyendo como liebres en cuanto veíais dos fusiles alfonsinos. Nosotros corríamos con los alfonsinos también. Pero detrás...

El zapatero (*irguiéndose*). — Tú y yo acabamos a bofetadas hoy. No me injuries a la República porque te mato. La quiero más qua a mí madre, ¡mucho más que a mi madre!

El mendigo (*iracundo*). — ¡A bofetadas! ¡Cuándo quieras! ¡Decir que los carlistas!... ¡Si éramos lobos, tigres, leones! No me hables mal de la causa porque te ahogo pues la quiero con ceguera, ¡con locura!

El moscardón sigue sonsoneando en torno del grupo. Las casas están cerradas, herméticas, temerosas del estío. Nadie atraviesa la calle. No se oye voz ni ruido alguno. Sólo el moscardón, obsesionado, va, viene, sonsonea... De pronto, los interlocutores rien.

El zapatero. — ¡Mira que pelearnos ahora, tan viejos!

El mendigo. — !Somos tontos, tontos!

Hay otra pausa. El mendigo, sacudiendo su modorra, su pereza, incorpórase al fin haciendo crugir su pobre osamenta deplorable. El zapatero, rendido por la faena, deja caer sus brazos.

El mendigo. — Bueno, compadre, que aún no comí. ¿Sabes? Aún no comí. Voy a dar una vuelta. ¡Qué hacer!

El zapatero. — ¡Suerte! Yo voy a rematar esta chapuza y a ganarme también la pitanza, que si tú no comiste, yo le ando cerca.

El mendigo. — Bueno, ya te veré por ahí. ¿Dónde tienes tu casa?

El zapatero. — Allá, en las Injurias. Vivo con un hijo ciego que no puede ganar el infeliz. ¡Pena fortuna! ¡Y estas pícaras manos cada vez más viejas! Y tú, ¿dónde vives?

El mendigo. — ¿Yo? Yo tengo una casa muy grande. El mundo.

Y ríen con sus bocas desdentadas, haciendo unas muecas horribles. El calor es ya bárbaro, inicuo. En las calles todo está quieto, aletargado. Los gorriones y las golondrinas cesan de gorgear. Se oye, súbito, el grito de un pregonero airado. Y de pronto se posa el moscardón sorbe la frente del zapatero para beber, ávido, goloso, el sudor. Y de improviso, un parásito enorme, repugnante, se asoma entre las greñas del pordiosero y desde allí dijérase que sus ojuelos invisibles tienen un trágico fulgor de sarcasmo y de ferocidad.

El mendigo. — Adiós, compadre puede que no volvamos a encontrarnos.

El zapatero. — Puede...:

Y el mendigo, restreando, se aleja por fin, bajo el sol, al azar... Se oyen tres, seis, diez golpes de martillo, jadeantes, cada vez más débiles, cada vez más rendidos, en la suela. Un gorrión desde su alero, ha caído al arroyo, asfixiado, muerto, con las plumitas trenzadas, las patitas convulsas...

Luis Antón del Olmet.

Mercedes Pinto en la intimidad

"Escuchando los consuelos
que le dabas a mis penas,
Como un soplo aquella tarde
se pasó,
y en la noche ya cercana,
al decirte "adiós" mi boca,
de besarte en las dos manos
se olvidó..."

Mucho más que todas las referencias que de Mercedes Pinto teníamos, mucho más que los elogios de Cristóbal de Castro, que el entusiasmo de las mujeres uruguayas que la conocen, que las recomendaciones de Julio J. Casals, de Barradas esa estrofa nos dió a nosotros el valor de esa mujer tan *mujer* que hay en la poetiza española que ya es hoy una montevideana. Cuando el director nos dijo que era necesario hacerle una interviú, sentimos — caso excepcional — amor a esta traginada profesión nuestra.

—¿Mercedes Pinto, vive aquí?

—Un momento, señores. Pasen Vds.

Aguardamos de pié, por educación; pués al compañero fotógrafo le pesaban como nunca la máquina y el trípode. Habíamos andado cerca de una hora de un lado para otro. Nos habían dado mal la dirección y gracias a que perseveramos dimos con ella. Es difícil que los vecinos sepan donde vive una escritora recién llegada. ¡Aunque recién llegada, si fuera una modista...!

Una poetisa uruguaya, María Carmen Izcua Barbat de Muñoz Giménez, quien ha demostrado con su exquisita delicadeza espiritual un gran afecto por la hermana española, la había invitado esa tarde a tomar el té en su casa. Debimos hacer que ella no retardara su cita mandándonos mudar. Pero el encanto de la conversación que se inició — que la señora Pinto inició — de inmediato dió origen a este reportaje sin querer.

En el ambiente humilde del salón donde somos recibidos, la figura aristocrática de Mercedes Pinto cobra un relieve y un interés mayor. Todos sus modales denuncian a la dama distinguida, esmeradamente educada desde la infancia, que fué mimada de niña, cortejada de señorita y admirada luego, como dama.

Pero no tenemos frente a nosotros una *dama*, tenemos una *poetisa*.

Unos grandes ojos vivaces y penetrantes que hablan más que su lengua. — ¡Y eso que ésta calla muy poco! — unas manos afiladas que se mueven expresivas y un rostro delineado con fineza en el que se refleja mucho el dolor, el gran dolor de vivir, el gran dolor de soñar que ha anidado en el sufrido corazón de la poetisa, nos adelantan desde el principio el linaje espiritual de esta mujer. Mujer madre que debe haber sido una de esas novias ideales que ahora ni se sueñan en esta época de las *"garçonnes"* que manejan *"forchelas"*.

La señora Antonelli de Requesens, nos había dicho que la señora Pinto venía a América en busca de paz, de un poco de sosiego para su alma y para las tiernas almitas de sus hijos. Todo un drama, un intenso drama que el lirismo de su protagonista desearía epilogar con la recompensadora dulzura de la paz. Y frente a ella, recordamos sus versos que dicen:

"............

He querido que escuchen esta música extraña
las almas especiales que yo creí encontrar;
¡Pero ellas no las sienten!... y yo me quedo sola
con el alma encogida como un caracol..."



Arriba: La escritora Mercedes Pinto. *Abajo*: Está acompañada de sus hijas, Anita María y Mercedes

Mercedes es hija de Don Francisco María Pinto, catedrático que fué de la Universidad de La Laguna en Tenerife, donde existe una calle con su nombre y donde nuestra amiga pasó sus años de "burguesita". De aquella infancia feliz, con la emoción con que se evoca lo que no puede volver, nos habla la poetiza:

—Desde muy chiquilla *me dió* por escribir. Como todos los que nacemos con esa predestinación, ya en el colegio borronée cuartillas, hice mis composiciones atrevidas y hasta un cuento largo como una novela, muy malo por cierto, fué mi orgullo en aquella edad dorada.

Y el espíritu esencialmente femenino de la señora Pinto — escritora, periodista, poetiza — se pone más de manifiesto en lo que nos dice ahora:

—A la edad en que en los juegos uno revela sus preferencias, recuerdo siempre que yo bajaba por la tarde, con otros niños, al jardín de la casa solariega, y me pasaba las horas haciendo con trapos muñecas que disfrazaba a mi manera creyendo vestirlos de chinos, de japoneses y formándoles con cajitas y rompecabezas su ambiente adecuado. Este contero era China, aquel otro era el Japón, y así me creaba yo misma un mundo de fantasía y de ilusión en donde podían parecer realidad los cuentos maravillosos de las abuelas.

En los ojos llenos de nostalgia, adivinamos que nunca más en la vida dolorosa de esta mujer superior pudieron *"parecer realidad los cuentos maravillosos de las abuelas"*.

Unida su vida a la de un hombre de inmejorable situación económica; surgida la preocupación de los hijos y del hogar, Mercedes Pinto, — porque como afirma Cristóbal de Castro, "de ella puede decirse lo que dijo Zorrilla de la Avellaneda: *Canta porque cantar es su destino Y el Destino es más fuerte que la Vida...* escribía por vocación y aparecieron sus producciones en las más difundidades revistas españolas. Pero más tarde... ¡Ah, más tarde hubo de crear belleza con más dolor! Fué secretaria de redacción de la revista "Los ciegos", dirigida por Las Heras y en donde colaboran nuestros compatriotas, el dibujante Barradas y Fabiola, la señora Teresa Santos de Boch. Publicó sus cuentos y sus versos en "Prensa Gráfica", "La Acción" y "La Esfera" de Madrid; en "El Hogar", "Lecturas" y "La Moda" de Barcelona; editó sus libros, uno de cuentos (agotado) y otro de versos: "Brisas del Teide", prologado por Cristóbal de Castro, y prepara otro donde ha de estar resumida la esencia divina de su corazón amoroso y que titulará: "El".

La señora Pinto, ha venido a América enamorada ya del Uruguay. Conoció en su patria a intelectuales compatriotas nuestros a quienes admira por su talento y por su corazón.

Sabía que en este rincón del mundo, existían leyes avanzadas y liberales, de igualdad, de amor y de tolerancia. Con esas sus convicciones de un feminismo muy suyo que puede interpretarse con estas sus palabras:

—"El hombre y la mujer son el complemento de la Gran Unidad. Un solo Adán y una sola Eva, fueron puestos en la Tierra con derechos y con deberes que se desprenden del rol que cada uno ha de jugar. Eso de la superioridad femenina no reza conmigo. Solo anhelo, la abolición de los prejuicios que impiden en mi país el reconocimiento de los derechos jurídicos de la mujer. Que ella pueda independientemente ganarse el pan, que ella pueda, cuando la razón le asiste, tomar a sus hijos y separarlos de las influencias de un mal padre. Que la cultura y la comprensión de los pueblos, los lleven a no juzgar a la mujer como un instrumento de placer" Con esas sus convicciones de un feminismo muy suyo, repetimos, ha visto en nuestra legislación social, en nuestros códigos, un país de libertad y de progreso.

—¿Conocía Vd. nuestros poetas?

—Admiro desde hace tiempo a esa gran mujer que es Juana de Ibarbourú. Verá usted, yo tengo en Madrid un envidiable amigo que es Ruiz Contreras, — el traductor oficial de Anatole France — hombre de letras — poeta, crítico, hombre de mucho estudio y erudición — es un viejito simpatiquísimo que presta su apoyo y alienta con un entusiasmo juvenil a los nuevos escritores, y que se ha convertido en un tipo popular en Madrid, pués no falta ninguna noche al teatro, en cuyo palco se saca su galera y la sustituye por un gorrito de seda que hace mucha gracia y al que está ya acostumbrado el público. Bueno, como les iba diciendo, Ruiz Contreras, me mostró un día, dándome una grata sorpresa, el gran descubrimiento que había hecho: "Lenguas de Diamante", de Juana de Ibarbourú. Mucho me la elogió el anciano, pero mayor a todo elogio fué la emoción que yo recibí leyendo las páginas de esta extraordinaria poetisa que tienen ustedes. ¡Qué profunda originalidad ¡qué imágenes atrevidas y elocuentes ¡qué sabor a cosa nueva de América me produjeron sus versos!

Sin que se lo preguntáramos, en el correr de su charla amena y siempre renovada que no da lugar a las interrogaciones, la señora Pinto, nos expresa las impresiones recogidas en nuestro ambiente:

—¡Qué hermoso! — dice — ¡Cuánta jovencita estudiosa e inteligente he encontrado aquí! ¡Cuánto muchacho que, en la edad en que en todas partes, los jóvenes no piensan más que en los colores de su corbata y en la raya de su pantalón, aquí estudia, está próximo a concluir su carrera o ya la ha ganado y que se interesa por las nobles actividades del espíritu. Cita nombres. Acierta. Es ella muy inteligente, pero le falta conocernos más...

Cuando le decimos de retratarse, decidida, sin poses y sin *mogigangas*, se mira en un espejo y se arregla el cabello. Declaramos que es coqueta y no lo niega.

Queremos fotografiar a sus chicas. Nos las trae. Anita María y Mercedes, las dos compañeras inseparables que aman a la mamá por buena y le demuestran enorme respeto, es que admiran también a la poetisa.

Le hablamos de "Brisas del Teide". Agradece los elogios y después, el repórter y el fotógrafo, Pablo, ese muchacho grande, ingénuo y novelero que tiene Carbone, se van cada uno, con un ejemplar de la obra dedicado con gentileza.

Cuando de nuevo marchábamos por las calles, teníamos la convicción de que la poetisa tinerfeña, que conoce ya nuestros modismos, que comprende nuestras costumbres, pronto será una criolla que va a reflejar gloria sobre nosotros.

El Caballero Tímido.

Curas Imaginarias

"No diga usted nunca a un paciente que no tiene más que aprensión", — aconseja un doctor norteamericano. — "Si lo hace, usted se creará un enemigo eterno o perderá el paciente. Déle usted algo, aunque no sea más que agua con un sabor cualquiera. Si la enfermedad es puramente imaginaria, la imaginación curará al paciente con una dosis inofensiva".

"Si su paciente dice que no puede tomar alguna medicina, no le diga usted que debe tomarla a la fuerza. Muéstrese de acuerdo con él y administrele la medicina en cuestión si la necesita, pero disfrazada".

Teatros

FRÉGOLI



Frégoli en algunas caracterizaciones

El célebre transformista que hace tan poco tiempo nos visitó en el Urquiza, ha vuelto a actuar en la sala del 18 de Julio. Con el mismo éxito artístico y financiero que en la aludida temporada anterior.

Leopoldo Frégoli desperto siempre el interés de los públicos porqué su trabajo "imitado" pero inimitable es de un interés y una curiosidad que no mueren.

Como tuvimos ocasión de constatarlo en el Urquiza, el gran transformista no sólo conserva sus extraordinarias condiciones con las cuales fué creador de su género, sino que hasta se dijera ha ganado en espiritualidad.

Frégoli decía un vecino de butaca, puede ser que resulte más inmortal que muchos genios del arte. Entretuvo mucho a mi padre cuando jóven y pienso que ha de divertir todavía a mis nietitos.

El beneficio de Cándida García



CANDIDA GARCIA, la gentil primera actriz de Almanzor que el 30, recibió una demostración concluyente de las simpatías de su público en ocasión de su beneficio

El 30 de mes anterior, la primera tiple, Cándida García realizó su beneficio, del cual, ella como los habitúes del Albéniz, guardarán muy grato recuerdo.

Cándida García, une a los encantos de su palmito una cautivante discreción y una delicadeza fuy femenina en todas sus interpretaciones. Elegante y hermosa nos ha revelado además inteligencia y espiritualidad. A su mirada picaresca y a su decir intencionado une una fineza encantadora. Por todo ésto Cándida García, la noche de su beneficio recibió una concluyente demostración de cariño.

Albeniz

Toca ya a su fin la larga temporada que con tan positivos resultados realizara don Emilio Almanzor y su gente en la simpática sala de la calle Ibicuy.

Los espectáculos variados y amenos que durante su campaña estos elementos nos brindaron les hizo conquistar el aprecio de su público que esperará, sin duda, ansioso la reanudación de estas funciones cuya característica fueron el desenfado y la gracia.

Almanzor infatigable en eso de renovar el programa y estrenar piezas que sienten al paladar de sus espectadores, puede estar satisfecho de la buena acogida que se le ha venido dispensando.

Llegado el período de los beneficios, se presentaron nuevas oportunidades para hacerse más notable las simpatías ganadas por las principales figuras del elenco.

La serie de Revistas representadas este año, la mayoría de ellas de confección casera, permitieron destacar las cualidades de los distintos elementos que componen la troupe.

"Macanuda... sin grupo", obra exclusiva de Almanzor y del maestro Gay, es uno de los exponentes que con más elocuencia representan los éxitos de esta temporada.

Lucy Clory, Cándida García Pina García, Almanzor, García Villa y Romeu, tienen en esa revista actuación lucidísima que bastaría para conseguir los prestigios logrados en el escenario del Albénez con tanta labor meritoria.

Franco Valicelli

Con "El Rey del Cabaret" y "La Porota", la obra de Saldías, se registraron en el Urquiza llenos excepcionales, fabulosos en esta época de desencanto para los empresarios.

El género que cultiva esta compañía seduce de por sí al respetable, pero para determinar los factores de estos grandes éxitos, débese tener en cuenta, justicieramente, el trabajo del elenco que aparece siempre tan ajustado en todas las obras.

Es lamentable que, a veces, seduzca más la milonga que el trabajo admirable de Evita que tantas interpretaciones excelentes nos ha presentado.

María Esther Duckse ha manifestado que su papel predilecto es el de "Ya cayó el chivo en el lazo". ¡Cuánto bueno se podría hacer con la preferencia de esta muchacha inteligente!

Mussolini y Pirandello

El Jefe del Gobierno italiano mandó una expresiva felicitación a Pirandello por el éxito ruidoso obtenido por las obras de éste en el teatro de la Comedia de París.

El maestro Guerrero. — El empresario Delgado que nos trajo al maestro Vives, piensa para 1925 repetir la tentativa de hacernos admirar a los grandes músicos españoles.

Proyecta hacer una gira con el maestro Guerrero cuyas obras han sido muy celebradas.

Royal

Sigue el barco de Visconti viento en popa. Su programa ofrece interés por que sus números de variedades son novedosos.

El debut de la troupe japonesa "Yamagata" que había despertado mucha expectativa, resultó un gran suceso por ser un número de sensación.

TROUPE JAPONESA



"YAMAGATA", que debutó con éxito ultimamente en el Royal

LA DAMA DE LA ROSA

Aunque parece cuento no lo es, puesto que quien fué protagonista del suceso lo refería lleno de honda emoción, recordando la indudable realidad del hecho. Acaeció el suceso a un joven diplomático alemán que vivía en Madrid durante aquellos turbulentos días en que el conde de San Luis concitaba sobre él las iras liberales y se gestaba imponente un movimiento revolucionario que se esperaba de un momento a otro. Poco después, en efecto, salía O'Donnell de su escondite hacia Chamberí en el coche que guiaba el marqués de la Vega de Armijo; el general Dulce disponía el levantamiento en el Campo de Guardias y comenzaba la Vicalvarada. El preludio de la revolución de Julio, que había de acabar con la vuelta de Espartero y la marcha de la reina Cristina, tras unos días tremendos de anarquía y delirio popular.

Pero mientras mandaban los moderados era cuando la sociedad de Madrid se divertía a más y mejor, exhibiéndose en el Prado, llenando el hacía poco tiempo inaugurado teatro Real, y, sobre todo, viviendo de fiesta en fiesta en las más próceres residencias de la corte.

La duquesa de Alba, hermana de la emperatriz de los franceses, era la primer elegante de Madrid y su coche aparecía en los paseos rodeado de aristocráticos jineres. Su madre, la condesa del Montijo, daba a sus amistades el encanto de las reuniones de los domingos en su palacio de la plaza del Angel y de fiestas en su finca de Carabanchel, lugar que ella y la reina Cristina, con su posesión de Vista Alegre, habían hecho un sitiio de moda, intentando arraigar el amor a las casas de campo en las cercanías madrileñas. La propia reina madre organizaba también suntuosos regocijos en su palacio de la calle de las Rejas, que no había de tardar en perecer víctima del fuego revolucionario. Por aquellos días había animado también los salones la presencia del príncipe de Parma, un muchachote original y campechano que después o antes de una comida saltaba sobre la mesa sin detrimento de vajilla y cristalería, pero con estupefacción de los presentes ante aquella manifestación tan poco principesca. Este príncipe Fernando Carlos III, murió asesinado poco tiempo después. Y no es, en fin, de este sitio enumerar todas las muchas y muy brillantes personalidades que eran gala de Madrid en los días interesantes y agitados del comienzo de 1854.

En esta sociedad, de una aristocracia y una distinción sin par, hallábase encantado el diplomático tudesco, bien recibido y agasajado en todas partes. Era amigo de las más espléndidas bellezas, la duquesa Angela de Medinaceli, la morena andaluza; de María Buschental, la del brioso ingenio, y de Carolina Coronado, la insigne poetisa. Osuma y Salamanca tenían para él un lugar en su mesa, en su coche y en su palco.

Una noche había bailes de máscaras en el Real. El diplomático, a quien al principio había divertido el espectáculo de la sala llena de varios, elegantes y lujosos disfraces, acabó por sentirse aburrido y acudió a refugiarse en el palco de Salamanca, donde se sentó junto a la puerta. Estaba solo, y no tardó en ver que la puerta se abría y una máscara gentil levantaba la cortina. Era una linda figura vestida de negro. Negro era también el antifaz. Sólo sus guantes eran blancos. Blanca era también una rosa que llevaba en la mano.

Sin decirle palabra, hízole un ademán de mandato para que la acompañase. Colgose de su brazo, obedeció el caballero y juntos bajaron al salón. La máscara era muy bella, pero silenciosa. Lindas y breves eran sus manos, así como sus pies. Su figura, gracil y esbeltísima. Sus ojos, muy negros, brillaban bajo el antifaz.

Con orgullo galante harto justificado, sentíase satisfecho el caballero de llevar de su brazo a tan gentil muchacha, que había de pertenecer sin duda a una de las principales familias de la corte según la gracia aristocrática de su figura y la extraordinaria riqueza de su atavío. Más le intrigaba el misterio de la bella desconocida, que no se había acercado a él con ninguna fórmula carnavalesca ni dirigía a nadie bromas ni frase alguna. Sólo de cuando en cuando clavaba en su acompañante la mirada de sus hermosos ojos negros.

Ninguna aventura podía complacer al caballero más que aquella, que tan poco se iba pareciendo a las que podía esperar en el baile. Picado en su curiosidad, decíala de vez en cuando quien creía él que podía ser y repasando en su memoria los nombres de todas las bellezas aristocráticas de la edad y el talle de su misteriosa compañera. Pero a todos, cuantos títulos citaba de duquesitas y marquesitas que acudían a su recuerdo, iba ella respondiendo que no. Y no con la palabra, sino con un movimiento de cabeza que empezaba a desconcertar al afortunado galán.

Por fin habló la máscara:

—¿Serías capaz de venir conmigo a donde yo te lleve?

Por fin había oído la voz de la elegante incógnita y, por fortuna, dirigíase a él con tal invitación que le hacía feliz.

—¿Cómo no he de acompañarte? — contestó — Yo iré contigo donde quieras.

—¿De verdad?

—De verdad.

Salieron al vestíbulo, y la máscara arrastró a su compañero hacia la calle.

—No tenemos coche — advirtió él.

—A mí no me importa — replicó ella. — Mañana sí que tendré yo uno de los coches más bonitos de Madrid.

El caballero había salido a cuerpo porque la máscara no le había dejado llegar al guardarropa, y ella tampoco llevaba abrigo alguno. Y como él la hiciese observar el frío que hacía, ella le contestó:

—Yo estoy más fría que la noche.

El caballero no quiso proseguir y conminó a la máscara, ya demasiado misteriosa, para que de una vez descubriese su nombre y calidad. Ella, sin embargo, no atendió a sus palabras y continuó arrastrándolo a su lado.

Pasaron la calle del Arenal y desembocaron en la Puerta del Sol. Algunas máscaras se dirigían a otros bailes de inferior categoría y les rodeaban cantando y saltando. Ellos se abrían paso y los del corro se separaban para dejarles marchar.

—¡Que os divirtáis mucho!

—No llevéis tanta prisa, que para donde vais da lo mismo.

—Dejadlos, que van pensando en lo suyo.

—Vaya una pareja triste.

—No dirán que van de broma.

Y entre vayas a la pareja misteriosa y gritos y piruetas, torció la partida de máscaras alborotadas hacia el Principal, mientras el intrigado galán y la dama negra de la rosa blanca seguían hacia donde ella sabía solamente.

Enfilaron la calle de Alcalá. A la puerta del teatro del Museo, que ocupaba el antiguo convento de las Vallecas, detúvoles otro tropel de gente que entraba al baile. Un demonio le invitaba a pasar.

—¡Eh! ¿Adónde vais por ahí abajo? Ya no son horas de ir al Prado.

Otras máscaras le hicieron callar. La distinción de la negra tapada, y el porte de su amigo, les inspiraba cierto respeto. Una beata les gritó:

—¡Andad, andad, que mejor vais a estar que nosotros!

Y se metió en el teatro.

La pareja misteriosa seguía. Al pasar por delante de las Calatravas se oyó el toque de la campana conventual que llamaba para sus rezos a las comendadoras. Aquel tañido tenía algo de lúgubre, sonando en el ambiente de la alta noche, y el caballero sintió que el brazo de la desconocida apretaba convulsamente el suyo al oir as campanadas.

Era una de esas claras, frías y diáfanas noches del Febrero madrileño. El diplomático inquietábase cada vez más observando el camino que llevaban.

Pocas casas quedaron ya por aquel lado, aunque cierto que todas eran señoriales y cabía pensar que en alguna de ellas podía tener su aposento la tapada. Llegaron ya frente a la casa de los Heros y la hospedería de San Bruno. No era de sospechar que allí le condujese la dama del misterio. Luego la casa de los Alfileres, poco tiempo antes adquirida por Riera, y después la casa de Santamarca, la de Alcañices y el Prado. La cerca de Buenavista limitaba el extremo del camino que llevaban, y más allá el Pósito a un lado y la fronda del Retiro al otro. En el centro, a lo alto, la Puerta de Alcalá cerraba el cuadro, con la infinita elegancia de su traza.

Madrid se acababa. ¿A dónde irían? ¿Dónde estaba la casa de la dama, tan misteriosa como ella? ¿Tal se internarían a buscar algún palacio del barrio del Barquillo?

—¿Estamos lejos? — se atrevió por fin a interrogar él.

Y ella le contestó muy quedamente:

—No podemos estar más cerca.

Hallábanse en tal momento a la puerta de San José, y allí la dama negra de la rosa blanca se detuvo en firme.

—¿Vienes? — le preguntó, señalando a la iglesia

El se extremeció ante aquel punto de lo que juzgaba extravagancia insigne, y la reconvino por su inoportunidad. A la luz de la luna se marchaba extrañamente, sobre la piedra de la fachada, la silueta de la negra tapada, y su vestido suntuoso cubierto de riquísimos encajes y de azabaches que brillaban con un raro fulgor de puntos fosforescentes.

Pero el caballero, aunque dominado por la confusión, no podía aparentar temores indignos de él. Por otra vez, la dama dijo:

—¿Vienes?

Y el hombre respondió:

—Vamos. Pero me parece muy raro querer entrar ahora en la iglesia.

La puerta principal estaba cerrada. Bajaron la gradería con cierto contento por parte del caballero; pero ella, asiéndose nuevamente de su brazo y dispuesta a guiarle, hízole torcer la esquina de la calle de las Torres y llegar a la puerta que a ella tienen las dependencias del templo.

Empujaron. El postigo estaba entornado. Cruzaron el patinillo y la turbación del caballero aumentaba viendo cómo la dama negra le guiaba a través de un zaguán y de unas puertecillas hasta dar dentro del recinto sagrado.

La iglesia estaba colgada con paños negros, y en la parte central se alzaba un catafalco alumbrado por la tibia y vacilante luz de unos blandones.

—Esta mañana — dijo la joven misteriosa señalando el túmulo — me trajeron y me colocaron ahí.

(Continúa en la pág. 21.)

Las tribulaciones y percances de un "Pichicho" andariego



Gracias a la intervención de una dama cariñosa y amante de la raza canina, "Pichicho" que escapó del hogar para recrear su espíritu en la animación callejera, jugando con sus hermanos, los otros perros de la vecindad, se libra milagrosamente de morir aplastado bajo las yantas de un auto. En su rostro pueden contemplarse las huellas del susto mayúsculo que llevara en esa ocasión memorable de su vida perruna

Escena muda

Charles Ogle

Charles Ogle, el veterano actor característico, había trabajado durante veinte años consecutivos en la mayoría de los teatros de los Estados Unidos antes de ingresar en el cinema. Este eminente intérprete del "film" nació en una ciudad de Ohio y recibió su educación en la Escuela de Jurisprudencia de Chicago. Aunque Ogle salió de la universidad con el título de abogado en el bolsillo, prefirió dedicarse al teatro que ejercer la profesión de abogado.

Fué uno de los primeros actores de la escena hablada que lo destacaron para actuar ante el objetivo de la cámara cinematográfica. Sería ocioso copiar aquí la lista completa de las películas en que este veterano actor ha tomado parte.

Bastará que enumeremos algunas de las más recientes en que ha aparecido: "The Jucklins", "What Every Woman Knows", "The Affairs of Anatol", "Miss Lulú Bett", "Her Husband's Trademark", "Is Matrimony a Failure?" "Our leading Citizen," "The Woman Who Walked Alone," "The Young Rajah", y "If You Believe It, It's So".

Charles Ogle es alto de estatura, pues mide más de un metro 72 ctms; pesa más de 90 kilos y tiene el pelo castaño oscuro y los ojos pardos.

Anna Q. Nilsson

Anna Q. Nilsson, bella y eminente actriz, nació en Ystad (Suecia), trasladándose a América hace doce años. Miss Nilsson, en el cinematógrafo no había tenido experiencia teatral ninguna, pero durante cuatro años fué de las modelos más notables de los Estados Unidos, siendo su belleza copiada por los pinceles de los artistas más famosos de aquel país.

La primera película en que miss Nilsson tomó parte fué la intitulada "Molly Pitcher", siendo las más importantes "The Toll Gate" y The Fighting Chance".

En la película "The Man From Home", impresionada casi en su totalidad en las cercanías de Nápoles (Italia), esta hermosa actriz interpretó el papel principal femenino. Al regresar la compañía de Italia, miss Nilsson entró a formar parte de las huestes del estudio de Lasky, en Hollywood (California), y toma importante parte en la película "Pink Gods", de la Paramount, dirigida por el eminente dibujante y director cinematográfico Penrhyn Stanlaws.

Wallace Reid

Wallace Reid, primer actor de la Paramount, es hijo de Hal Reid, notable dramaturgo y actor americano. Wallace Reid nació en San Luis (Missouri) en 1892. A los cuatro años de edad hizo su primera aparición en las tablas de un teatro, interpretando un papel infantil en el drama "Slaves of Gold" (Esclavos del oro), en el cual sus padres tomaban importante parte.

Cando Wallace tenía unos diez años de edad, sus padres fijaron su residencia en una pequeña población del estado de Nueva Jersey, en donde el muchacho ingresó en una de las escuelas públicas del lugar. Al llegar a la edad reglamentaria, Reid fué enviado a la Academia Militar de Freehold, donde cursó sus estudios superiores. Al salir del colegio, Wallace solicitó y obtuvo el empleo de repórter en un periódico de la localidad, pues desde muy niño había demostrado gran afición al periodismo. Sin embargo, el contacto constante con artistas teatrales, debido a la profesión de sus padres, produjo un cambio radical en las aficiones profesionales del joven periodista, quien por fin se decidió a abandonar la redacción del periódico donde trabajaba para dedicarse a la profesión de sus mayores. Wallace Reid hizo su "debut", propiamente dicho, interpretando un papel de relativa importancia en un esbozo dramático escrito por su padre. El éxito obtenido en esta primera tentativa teatral infundió ánimo al joven actor, quien, ayudado por su talento natural, su atractiva personalidad y porte varonil, no tardó en conquistarse numerosos admiradores.

Cuando Wallace Reid era ya ventajosamente conocido como actor, de un confín a otro de los Estados Unidos, el cinematógrafo comenzó a llamarle la atención, no en su parte interpretativa o artística sino más bien en su parte técnica e industrial. Tan pronto como Raid hubiera conseguido ingreso en un estudio cinematográfico aprendió a manejar la cámara, escribió algunos escenarios o argumentos y finalmente fué nombrado asistente del director. Sin embargo, sus habilidades, y sobre todo su "tipo cinematográfico", le arrastraron sin querer ante el objetivo de la cámara cinematográfica. Al principio Wallace Reid interpretó papeles de poca importancia, más su deseo de "quedar bien" y su conformidad en desempeñar cualquier papel por modesto que fuese, pronto le colocó en primera fila entre los actores más notables del día. En ocasiones, Reid no sólo actuaba ante el objetivo cinematográfico, sino que también se encargaba de la dirección de la impresión de la película, y no pocas veces era, además, el autor del argumento. Esto sucedió especialmente en una serie de películas cómicas impresionadas bajo su dirección en el estudio cinematográfico de la Universal.

Finalmente, el famoso director D. W. Griffith confió a Wallace Reid la interpretación de un importante papel en una célebre película. Se titulaba ésta "El nacimiento de una nación" y en ella fué donde el joven y simpático actor llamó poderosamente la atención de los críticos cinematográficos, en particular, y del público en general. A raíz de este triunfo artístico, Wallace Reid firmaba un contracto con la empresa Famous Players para interpretar una serie de películas Paramount que más se adaptasen a su personalidad y habilidades artísticas".

Wallace Reid mide un metro 75 de estatura y pesa 78 kilos; tiene el pelo de color castaño claro y los ojos azules. Reid contrajo matrimonio hace unos ocho años con la eminente actriz americana Dorothy Davenport, actualmente retirada de las tablas, de cuyo matrimonio nació un hijo, que lleva el mismo nombre del padre y cuenta en la actualidad unos siete años de edad. No hace mucho tiempo los esposos Reid adoptaron una linda huerfanita de unos tres años de edad. El domicilio permanente de la familia Reid es en Hollywood, California.

EL PRECOZ ACTOR



Jackie Coogan en "El pequeño Robinsón Crousoe" que presenta Willard Mack. El pequeño gran actor aparece en el grabado desempeñando quizás la más grata tarea de toda la carrera artística

EL PAQUETE DE CARTAS

UN mozo recorrió el andén clamando a veces la advertencia ritual, luego vibraron en el aire unas campanas, después a un agudo silbido respondió la bocina lejana y al fin, agotado ya el prolijo y ruidoso desconcierto que anuncia la salida de los trenes en España, jadeó la máquina en un gran esfuerzo y el tren comenzó a desperezarse lentamente sobre los rieles..

Alberto Ruiz alzó el cristal de la ventanilla, despojóse del gabán y del sombrero, los colocó sobre la redecilla, y se dejó caer sobre el asiento con un gesto desmayado de laxitud y de abandono. El paisaje que huía fijó un instante la mirada de sus ojos cansados que se perdían vagos, inquietos, en el techo de aquel departamento del *wagon-lit*.

Entre la mancha verde de los naranjos albeaban las barracas recien enjabelgadas, encendíase el oro de los frutos maduros, se abrían los jazmines sobre las acequias dormidas, y el sol levantino como un déspota, desde lo alto de su palacio azul, agarrotaba todas las cosas en el bochorno de la tarde sin brisa; eran de bronce los árboles lustrosos. Ruiz experimentó la sensación de que el tren iba a pararse, a quedar clavado en tierra con un rayo de sol.

Todo era agotamiento en él y fuera de él, su desgracia reciente, los viajes precipitados y las ceremonias obligadas habíanle sumido en una especie de idiotez, de inconsciencia, de la que comenzaba a salir ahora al verse solo, en reposo mientras el tren corría en busca de la estepa castellana para entrar luego, como de un brinco absurdo de la desolación del yermo al tráfico de Madrid, una ciudad artificial a la que se llega sin tropezar con una sola avanzada civil, sino por salto del aduar a la urbe.

Alberto Ruiz ruborizóse espiritualmente al pensar que estaba más cansado que dolido: la muerte de su mujer, acaso por esperarla con gran antelación, no le había sobrecogido. Le había rendido aquel interminable peregrinar de clínica en balneario, de sanatorio en doctor, de climas cálidos a climas de altura, buscando siempre la salud para aquella mujercita flaca, amarillenta, que había sido para él una enojosa pesadilla. De tal modo se había acostumbrado a contemplar la doliente, que en muchas ocasiones deseó una liberación para ambos, aun a costa de la muerte, que había llegado al fin.

Un nuevo camino abríase en su vida y por cierto más halagüeño que el hasta entonces recorrido. Alberto Ruiz, hombre de escasa vida interior, para quien la calle, el casino y hasta su propio hogar eran siempre escenarios donde exhibirse ante los demás y ante sí mismo, no había podido amar jamás intensamente. Correcto, atildado en su vestir y en su trato, disponía siempre de un gesto y una frase amable, pero estas virtudes no le costaban sacrificio alguno, satisfacía con ellas su egoísmo formidable.

Se había casado por vanidad y hasta por interés. Julia era entonces la maravilla de Valencia entera. "La rosa del Turia", la había llamado cierto almibarado cronista de salones que pretendió enamorarla. Alberto recordaba su lucha con los cien rivales que adoraban a Julia, y recordaba también su triunfo, pero luego, una vez satisfecho el amor propio, poseída la linda muñequita, al año de su matrimonio, la enfermedad...

Alberto detuvo a su memoria. Si recordar es volver, no debemos volver jamás sino sobre lo alegre. Decididamente Julia había hecho bien en morirse, y para esta cruel afirmación mental buscó enseguida una justificación: su vida hubiera sido horrible, su enfermedad incurable.

Después de acompañar al cadáver hasta Valencia, póstumo capricho de Julia, era aquella la última vez que le zarandearía de un lado para otro. Ahora en Madrid con su hijita Amparo, la única, y que afortunadamente había heredado todo el vigor y la fortaleza del padre, no le daría que hacer, buscaría una señora de compañía que la llevase a todas partes, se mudaría de casa para ahuyentar todo recuerdo, y él podría consagrarse a su caisno y a sus amigos; haría una vida tranquila y volvería a ser el de siempre, el hombre atento, mundano, correcto y amable. Miróse un momento al espejo que llevaba frente a su asiento, arreglóse el nudo de la corbata que se había aflojado, y pasó los dedos blandamente sobre sus sienes donde su pelo negro comenzaba a platear, como queriendo borrar aquellas canas.

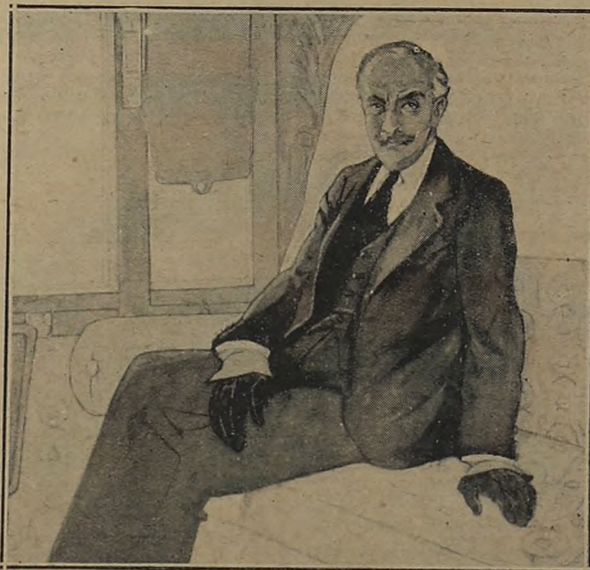


—

Aún faltaba el epílogo de aquella sorda tragedia familiar. Era preciso cumplir hasta lo último la voluntad de Julia. Antes de trasladarse a la nueva casa había querido Alberto revisar y ordenar todos sus papeles. Extraía varios sobres y legajos de los cajones de su mesaministro y los apilaba cuidadosamente sobre una butaca. Cuando hubo terminado esta labor, recordó algo que su mujer le había encarecido tenazmente en sus últimos momentos de lucidez mental. Dirigióse hacia un pequeño *secretaire*, donde ella escribía, y allí en uno de los cajoncitos, entre antiguos retratos, estampas, devocionarios y alguna que otra novelita de la biblioteca *Mignon*, encontró un paquetito lacrado y ceñido con una cinta azul. ¿Qué contendría aquello?, pensó. — Alguna nueva y última ridiculez de la pobre impertinente. Deshizo el lazo, rasgó con las uñas los sellos de lacre y unos papeles amarillentos, a los que una tinta borrosa, por los años, daba el aspecto de los viejos pergaminos, cayeron en el suelo. Alberto quedóse quieto un instante sin atreverse a recogerlos. Experimentó entonces esa sensación de temor, de respeto al menos, que producen siempre las viejas cartas de los que ya no existen.

—Pero no, ¡qué tontería!... Julia había sido siempre una pobrecita ñoña incapaz de tener ninguna historia oculta. Aquello no podía ser la confesión póstuma de una traición tenebrosa. Y se inclinó a recoger aquellos papeles desparramados en la alfombra. Con una sombra de temor fijó la vista en uno de ellos y al punto reconoció su letra: "Encanto mío: Esta tarde voy..."

Estuvo a punto de reirse: aquella era en efecto una necedad pueril. ¿Para qué guardar aquellas cartas ridículas que se habían escrito durante su noviazgo? Y sintió el deseo de romperlas, de quemarlas, pero el respeto que infunde siempre la voluntad de los que han sido, le contuvo.



—¡Amparo! ¡Amparo! — clamó impaciente.

Cuando su hija hubo entrado silenciosa, enlutada, le pareció leer en aquel trajecito negro un reproche por lo que había pensado hacer:

—Toma este paquete y guárdalo. Tu madre me pidió que así lo hiciéramos. Ya me lo darás cuando nos hayamos mudado... o sino, lo guardas tú... en fin, tómalo, es igual.

Amparito cogió el paquete que su padre le alargaba, lo envolvió cuidadosamente y salió de la silenciosa estancia con dos grandes lágrimas brillantes sobre el agua marina de sus ojos azules.

Alberto cogió el último de aquellos gruesos legajos que había apilado cuidadosamente.

En la cubierta había una orla con un escudo en el que se veía la balanza de Temis; debajo, unas grandes letras negras decían: "Escritura de Compra Venta de la Finca..."

Sentóse cuidadosamente frente a la mesa y se enfrascó en la lectura atenta de aquella prosa amazacotada y notarial.

—

Alberto, mientras subía en el ascensor, iba planeando la actitud que debía observar ante su hija. Las palabras que aquella tarde le había dicho su amigo el Marqués de Alcor le preocupaban seriamente. — ¡Sería posible que Amparo, su hija, estuviese al borde de un abismo, si es que aún no se había sepultado en él, afortunadamente! ¡Oh, el pensarlo le volvía loco! — Amparito se había educado a su antojo; él enfrascado en sus negocios y en su vida fácil de casino, de exhibición y francachela, no pudo preocuparse de ella, la encomendó en manos de su institutriz la rubia misss Betsy: ya había hecho bastante. Entonces recordó a su mujer; tal vez si Julia viviera Amparito no correría peligros semejantes. De todas suertes, era preciso hablar con Amparo, enterarse razonablemente, sin riñas ni desplantes. El no podía complicarse en un espionaje ridículo.

Confiaba en ella, fiaba en su obediencia, en su docilidad; sí, ella se lo confesaría todo. Alberto aún deseándola, temblaba involuntariamente al pensar en aquella confesión.

Cuando la criada le abrió la puerta, ya había entrado en situación; el absoluto dominio que poseía sobre sus nervios le daría el aplomo y la serenidad indispensables. Al despojarse de su abrigo en el recibidor, vió a Amparito que escribía en el despacho contiguo y que se levantaba para saludarle con un beso; él, cariñoso, afable, la acarició y la besó en la frente; luego, aparentando distracción, dirigióse hacia las vidrieras cerradas, através de las cuales contempló un instante la calle luminosa, céntrica, inundada de gentes afanosas que se cruzaban raudas, de carruajes charolados, brillantes, bajo la luz de las ampollas eléctricas. Los vendedores de un diario vespertino llegaban en tropel, destacando sobre el sordo murmullo de la calle el agudo clarín de sus pregones.

Amparito continuaba escribiendo, inclinado su hermoso busto sobre la carpeta de piel verde. Alberto, entornando un poco los ojos, la veía reflejada en el cristal del balcón, etérea, sutil, como meciéndose en el aire sobre la calle ruidosa, agena a todo aquel bullicio, ensimismada en su labor.

Volvióse Alberto hacia ella, y aparentando indiferencia, preguntó:

—¿A quién escribes?

—A Manolo — respondió Amparito, sin inmutarse. Alberto tenía prevista la respuesta de su hija, pero aquella decisión desusada en ella, que siempre usaba circunloquios para nombrar al novio, le desconcertó.

—No sé para qué le escribes; os pasais todo el día juntos desde por la mañana hasta...

No pudo continuar. Amparito, roja como la grana, irguióse, llena de indignación y le interrumpió:

—¿Cómo dices eso? Bien sabes que por las mañanas no salgo más que a misa y no a diario.

Alberto, frío, tranquilo, dejó caer las palabras acusadoras:

—Sí, bien, pero el otro día, el viernes, a las doce, fuísteis...

Amparito lloraba y entre lágrimas y sollozos confesó:

—Sí, ya te lo han contado ¿verdad? Ando ya en lenguas de las gentes y tú, mi padre, vienes a acusarme, a pedirme cuentas; ¡tú has creido lo que dicen!

Alberto se humanizó ante el sincero dolor de su hija.

—No, chiquilla, nada me han contado; únicamente me hablaron de una imprudencia.

—Sí, tienes razón, una imprudencia. Encontraré a Manolo al salir de misa, se empeñó en acompañarme; cuando llegábamos a la calle de Sevilla comenzó a llover torrencialmente, y se empeñó en que tomase un coche: yo no quería, me negué, pero cedí al fin y vino conmigo hasta la puerta; me trajo en un coche del casino. Pero no te apures, no ocurrirá más, porque yo no quiero. Mira la carta que le he escrito; la he copiado de una de mamá.

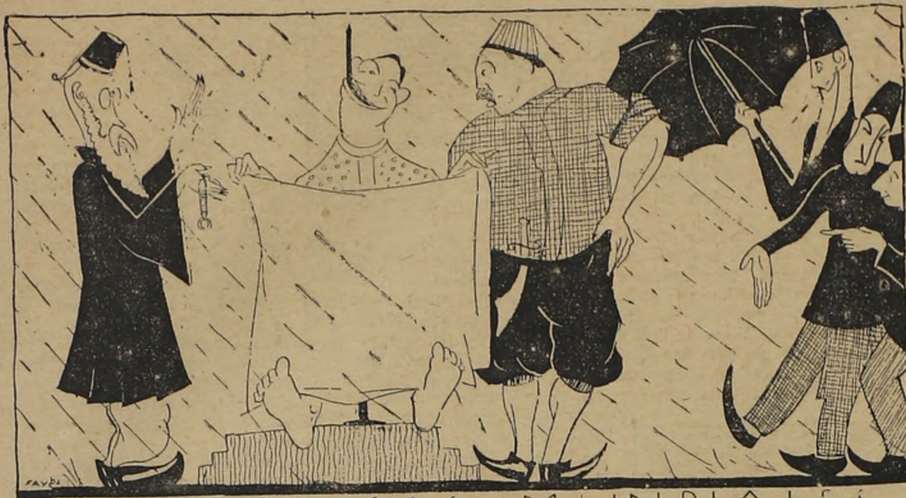
Alberto se estremeció al escuchar las últimas palabras de su hija, y vió que, en efecto, sobre la mesa de escritorio se encontraba, casi terminada, la carta que Amparito escribía, y al lado, desenvuelto, aquel paquetito de cartas amarillentas, borrosas, escritas por la mano de la muerta en los días lejanos de la ilusión y del amor.

Alberto leyó el borrador de su hija y recordó: "No vengas a mí por senderos ocultos, Alberto, yo te quiero a la luz del Sol, espera. Ese paseo que me propones no puedo aceptarlo, no es que desconfíe de ti..."

Alberto no pudo seguir leyendo; la imágen de Julia, virgen, prudente, vino a sus ojos llena de vida, con esa plasticidad luminosa de los viejos recuerdos, que a veces se levantan como un fantasma, en lo remoto de nuestra vida.

Sentíase avergonzado ante su hija, había llegado dispuesto a censurar el proceder del novio de Amparito, y resultaba incurso en el mismo delito. Amparito, discreta, escondía en sus manos la vieja carta de su padre que motivó aquella respuesta, pero a Alberto le bastaba con aquel reproche de su mujer, la inútil, la impertinente, que aún servía para salvar a su hija, desde más allá de la muerte.

Armando de las Alas Pumariño.



¡LOS DRAMAS MUNDIALES!

EL EMPALADO

Drama turco

POR

Canni

1er. *Cuadro*

Antes de la ejecución

El expectador impaciente. — La hora se acerca. A las siete se empalará al condenado a muerte.

Otro expectador impaciente — Ya veo al Juez y al Verdugo que vienen para acá.

El Juez. (al Verdugo) — Las siete menos cuarto. El condenado no ha llegado aún.

El Verdugo. — Todavía no está en retraso. Le dí cita para las siete

El Juez. — Esperemos que no nos hará esperar demasiado. Posiblemente he estado mal al acordarle libertad provisional, antes de su condena.

El Verdugo. — Era difícil no acceder a ese pedido. Era su último deseo. Mientras que llega, voy a enderezar el palo. (Ayudado por un esclavo, planta el aparato del suplicio).

El juez (mirando el reloj). — ¡No hay nada que hacer! ¡No viene! Son las siete.

El Verdugo. — Tiene un cuarto de hora de gracia. Esperemos

El Juez. — Son las siete y diez Es inútil esperar más.

El Verdugo. — Ahí lo tiene. Llega en un taxímetro.

El Juez (al reo). — Llega a punto. Un minuto más y no encontraba a nadie.

El condenado. — Dispénseme. Tomé un auto para llegar antes. Pero no charlemos y recobremos el tiempo perdido. ¿Qué hay que hacer?

El Verdugo (amablemente). — Es muy sencillo: tiene Vd. que sentarse sobre esa punta de hierro.

El condenado. — ¿Sobre ese pararrayos?

El Verdugo. — Sí.

El condenado. — ¿Y no hay peligro que me parta un rayo?

El Verdugo. — No. A menos que haya tempestad. Moléstese, si gusta, en sentarse.

(El condenado se sienta sobre el palo).

2.º *Cuadro*

El empalado sonríe

El Juez. — Hace dos horas que el condenado a muerte está empalado y no tiene aspecto de querer morir.

El Verdugo. — Su cara está sonriente. No comprendo. Y está bien empalado de abajo a arriba. La punta del palo le sale por la boca. ¡Y sonríe! Es extraordinario

Los espectadores impacientes. — Es extraordinario, en efecto

El Juez. — Lo más enojoso es que hoy tengo gente a almorzar. Si el condenado no se decide a abandonar esta broma de mal gusto, voy a llegar tarde.

El Verdugo. — Y la lluvia se pone de su parte. Nos vamos a ensopar.

El espectador impaciente. — La paciencia tiene sus límites, me voy.

Otro espectador impaciente. — Este condenado tiene evidentemente, mala voluntad. Yo me voy también.

El Juez y el Verdugo quedan solos cerca del Empalado siempre sonriente).

3 er *Cuadro*

¡Y siempre la sonrisa!

El Juez. — Son las dos de la tarde. Tuve que mandar un recado a mis invitados pidiéndoles disculpa. Este empalado sigue siempre con el ojo vivo y sonriendo.

El Verdugo. — ¡En toda mi vida de verdugo he visto nada igual!

El Juez. — ¡Estamos mojados como esponjas! Hay que acabar. (Bajo al verdugo) Voy a tratar de asustarlo. (Al empalado) ¡Vd. se está burlando de la justicia! ¿Sepa que a un condenado a muerte que se obstina en no morir se le da la pena de trabajos forzados a perpetuidad!

El verdugo. — No parece que le asuste la amenaza. Sonríe siempre.

El Juez (fuera de sí, aullando). — En fin ¿me dirás por qué te obstinas en vivir a despecho de todas las leyes de la lógica?

El Verdugo. — ¿Eres el diablo acaso?

El condenado. — No, yo no soy el diablo: soy un antiguo tragador de sables. Ahora comprenderá Vd.: estoy acostumbrado.

TELON

Poesias

MI TESTAMENTO

A Jerónimo Zolesi

(Del próximo libro "Olas")

Señor, cuando me muera,
cuando la vida escape de mi cuerpo
como una novia infiel y me aban-
[done,
entonces escribiré mi testamento...

...La mística tristeza de mi vida,
condensada en mis versos,
flotará dulcemente sobre el alma
como una flor sobre el estanque
[muerto...

...La inenarrable angustia de mis
[noches,
Volará, como un pájaro agorero,
huérfano de morada,
sobre mi corazón, nido deshecho...

...El dolor infinito de mi alma,
como un lúgubre cuervo,
lanzando tristemente sus graznidos,
se perderá a lo lejos...

Señor, cuando me muera,
todo se irá conmigo hacia lo eterno:
mi dolor y mi angustia y mi tristeza;
¡todo... menos mis versos!

¡Mis versos que serán la única
[herencia
de mi apenado corazón enfermo!
¡Mis versos melancólicos y tristes,
como el sollozo lóbrego del viento!..

Los lego a la mujer desconocida
que me quiso en silencio,
que me quiso hondamente... triste-
[mente...
como yo, sin saberlo...

A una mujer que acaso al recitar-
los
dirá con sentimiento:
—¡Haya paz en su alma atormen
[tada!
¡Sufrió... porque era bueno!...

E inclinará llorando dulcemente
la cabeza en el pecho,
¡Y a través del espacio y la distan-
cia,
su alma y la mía, se darán un be-
[so!...

J. Roberto Ibáñez.

Febrero 23 de 1923.

MEDIOEVAL

—"Señora: habéis de elegir
entre de grado o por fuerza:
seréis mi esposa esta noche
a dar de las doce y media.
Esto os lo jura, señora,
don Juan de la Capa Negra,
por su fé de caballero,
por la espada que maneja,
y por todas las victorias
que sus blasones ostentan".—
Dijo esto el fiero mancebo;
y en dándose media vuelta,
perdióse tras breve instante
por la revuelta calleja.
Con la vista acompañólo
pensativa, la doncella,
y entornando los balcones
de su alcoba de princesa,
adentróse murmurando:
"Ni de grado, ni por fuerza".

—

Son ya pasadas las doce,
y por las calles desiertas
no va el diablo por un alma;
el viento con furia arrecia,
y allá, entre plomizas nubes,
una luna macilenta
ocúltase y reaparece
como neurótica enferma.
De pronto el eco de un paso
resuena sobre la acera;
y avanzando un embozado
de marcial figura apuesta,
atónito se detiene
cabe una enlutada puerta.
Apóyase contra el muro;
breves frases balbucea
la cabeza descubriendo,
y en el reloj de la iglesia
resuena una campanada
marcando las doce y media.

Plorio A. Gabuli.

SENECA

"Torero de la virtud" le llamó Nietszche.

¿Torero? ¿Por qué? Los toreros ejecutan y no declaman.

Más pronto declamar los semi toreros, los aficionados. Más que el torero, Séneca es el flamenco de la virtud.

En cierto sentido, cumple lo contrario de Sócrates: la ciencia suprema sobriamente vestida de superficial afición a la ciencia. Séneca: la afición a la virtud, pomposamente disfrazada de virtud.

Tan pomposamente, que Séneca, en compañía de Lucano y con diez y seis siglos de anticipación, inventa el barroquismo.

Eugenio D'Obs.

EDGARDO POE...

Edgardo Poe es, en cierto sentido, el caso recíproco de Federico Nietszche. Este exalta turbiamente las visiones claras. Aquel canta con lucidez las aventuras misteriosas.

Si hubiéramos de buscar, no diré Padre, pero al menos Tío a ciertas preferencias ideológicas del novecientos, no le hallaríamos en el turbio exaltador — como se ha firmado recientemente con ligereza — sino en el narrador lúcido.

Dictar las tablas del Clasicismo entre rayos y truenos, y zarzas ardientes, es obra de romanticismo Colonizar algunas islas del misterio y sujetarlas al imperio de la razón, es obra de clasicismo.

Téngase presente.

Principales incidencias del partido del domingo entre uruguayos y argentinos y en el que los primeros obtienen el VII Campeonato Sudamericano de Football



Team argentino que el domingo último dirimió, en la final del Campeonato Sudamericano de Football, supremacias con el cuadro uruguayo, sin abrir el score

Nazzasi, el admirable capitán del equipo uruguayo, en el momento de hacer entrega a Tesorieri, capitán del team argentino, de dos banderas

El Presidente de la República, Ingeniero José Serrato, en el momento de llegar al palco oficial para presenciar el partido en el que los uruguayos se clasificaron, nuevamente, campeones de Sud América



Petrone y Cea, que desarrollaron durante el partido un hermoso juego, a 2 metros del arco argentino erran el tiro en el afán legítimo de abatir la ciudadela enemiga. — Mazzali, el brillante guarda valle del team uruguayo, en uno de los pocos momentos en que fué demandada su acción durante el partido — Los ligeros uruguayos, en una brillante acción de conjunto, presionan sobre el arco celosamente custodiado por Tesorieri, que evitó la caída de la valla argentina. — Alzugaray intercepta una carga a fondo del team visitante, malogrando una jugada bien combinada.



Una incidencia interesante durante el desarrollo del partido. — Solari intercepta, en buena forma, una de las muchas cargas del team uruguayo. — Incidencia peligrosa frente a la valla del team visitante. — Petrone, una de las figuras de más relevante actuación del team uruguayo, cabecea la ball, sin éxito, frente al arco argentino. — Momento en que Sosa dando el "vamos", ante la espectativa pública, inicia la brillante brega en la que los uruguayos conquistan el VII Campeonato Sudamericano de Football.

Team uruguayo que el domingo último, frente a los argentinos y desarrollando un magnífico juego, conquist

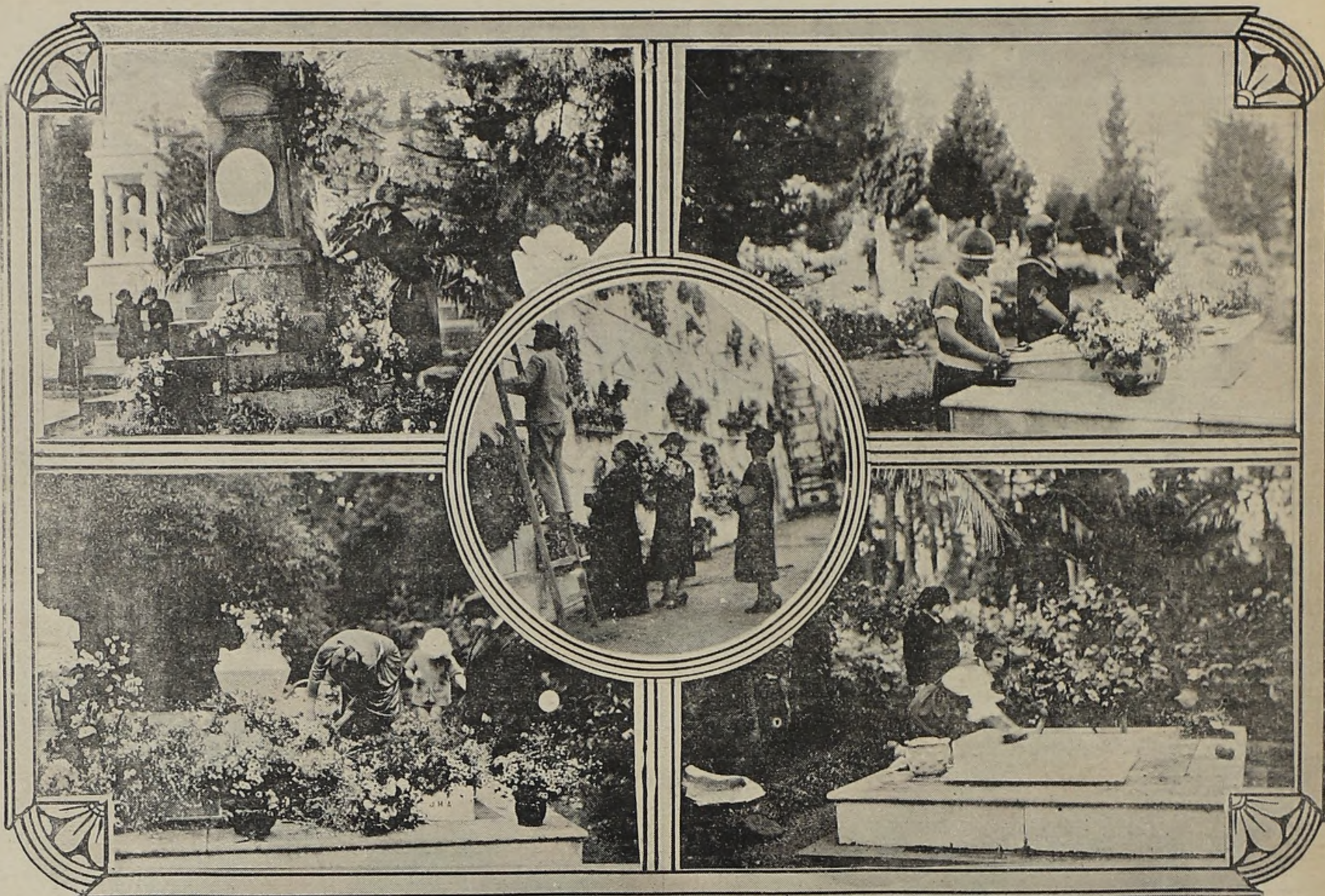


Las previsiones sobre el resultado del VII Campeonato Sudamericano de Football se han cumplido. Los uruguayos, que en las magníficas jornadas olímpicas de (por lógica, el de Campeones Sudamericanos del mismo deporte, como lo detentaron en otras jornadas memorables. El domingo último, ante una concurrencia de *"Mundo Uruguayo"*, desarrollando un brillante juego de admirable técnica científica, se clasificó el mejor team de América latina por cinco puntos contra cuatro de la superioridad evidenciada por el team local que en todo momento desarrolló un juego más armónico y matemático, que el de sus adversarios, como lo a la admirable actuación de Tesorieri, su guardian celoso. El público, el numeroso público que llenaba el amplio espacio del Parque Central, dió muestras evidentes cuadro olímpico uruguayo, en una gesta amistosa, ofreció la oportunidad de que se apreciaron sus capacidades deportivas y la justicia de su magnífico triunfo los mejores en las manifestaciones científicas del football. Loor pués al bravo equipo uruguayo que brindó al país una nueva y honrosa jornada victoriosa y le

...ara el Uruguay que ya detenta el Campeonato del Mundo, el VII Campeonato Sudamericano de Football

...mbes obtuvieron para la patria, con una actuación brillante y sorprendente, el título de Campeones Mundiales del Football, debían detentar en esta emergencia,
...nerosísima que llenaba las localidades del Parque Central, frente al poderoso cuadro de combinados argentinos, el team cuya fotografía ocupa esta página de honor
...uistados por sus adversarios en la final de la gran prueba. El resultado del score, en el partido entre uruguayos y argentinos, 0 a 0, no fué, por cierto la expresión
...lenció el hecho de estar sometida la ciudadela enemiga a una presión constante y a peligros evidentes que si no trajeron como consecuencia su caída, fué debido
... gran cultura, aplaudiendo y alentando por igual a los competidores, contrastando esta actitud colectiva con la que se observó en el field de Barracas, cuando el
...ndial en las olimpiadas de París. El Uruguay debe estar de parabienes. El brillante triunfo del domingo fué terminante y no deja lugar a dudas sobre quienes son
...ite ostentar a la consideración de todos, dos títulos igualmente meritorios: el de Campeón Mundial y Sudamericano de Football.

DEL DIA CONSAGRADO A LOS QUE FUERON



El 1 y 2 del mes de Noviembre están consagrados por la tradición a la visita de los Cementerios, donde quien más quien menos tiene el recuerdo de una persona querida. Estas notas gráficas expresan diversos aspectos de la visita conmemorativa a los lugares del eterno descanso, tomadas por nuestro fotógrafo en el Cementerio del Buceo

UNA FIESTA ALEGRE Y ANIMADA



Tres interesantes aspectos del diner concert realizado la noche última por la Asociación Americana del Uruguay en los salones del Parque Hotel y en cuya fiesta que resultó muy animada, triunfó la nota de la más intensa alegría

IMPRESIONES URBANAS

por Castells

Aspecto del Bulevar Artigas en su intersección con la Avenida Canelones y Parque del Pueblo

La página de Ustedes...

EL HOMBRE DE MI ENSUEÑO

Morocho Peñarolense: Mi mayor felicidad sería ser correspondida por el morocho que veo muy amenudo por Avenida Peñarol. Es alto y viste de negro, si sus bellos ojos leen esta página, espero sabrá reconocer a la que tanto lo ama. — **Morocha Peñarolense.**

Era por el año 1919: cuando conocí en Durazno un joven muy simpático a quien no le era indiferente, como tampoco me fué él a mí. Tenía 15 años y nunca había sentido una simpatía semejante por ningún joven, tanto que hoy lo recuerdo todavía y más al saber que él me recuerda mucho y se interesa por mí, pero una duda terrible atormenta mi alma, si es cierto que me ama, (como le dijo a una amiga); ¿por qué no viene ha verme? ¿Por qué me hace esperar tanto? Hace muchos años el destino nos separó, habrá sido para siempre? Príncipe: ¿por qué no vendrá a verme? Bien sabe donde vivo. Si lee estas líneas conteste, pero no me engañe. — **Alma Dolorida.**

Joven simpatiquísimo: que viaja siempre en el 46. Más bien grueso. Su apellido empieza con M. Es comerciante y sospecho de que es casado. Pero yo le amo. — **La rubia de las patillas.**

Locamente enamorada: de joven que, según referencias, es empleado de **"Mundo Uruguayo"**. Colabora asiduamente y se firma con un pseudónimo que empieza con M. Por sus modales, sus ojos fascinadores, su silueta elegante y varonil, como por sus dotes intelectuales que he tenido ocasión de constatar, creo que pueda ser él un espíritu superior capaz de comprenderme. — **Marianella.**

Por su boquita encantadora: y sus ojillos traviesos y picarones me tiene seducida un joven cuyo apellido empieza con T. y que sufre veleidades turfísticas. — **Juanita.**

Morocho: de cabello crespo ya un poco canoso, que el domingo 25 de Octubre pasó del brazo de una dama por la calle Médanos. La simpatía que ya le profesaba, por efecto sin duda de los celos, se ha transformado en amor. — **La de rosa.**

LA MUJER DE MI IDEAL

Jovencita: de luto que acostumbra tomar el tranvía en 18 de Julio y Gaboto ¿Recordará a quien el día viernes 24 tomó el mismo tranvía? Si tiene interés conteste por ésta a — **Franz.**

No olvidaré: jamás, divina dama de sombrero rojo, que conocí el domingo 26, en un 54, acompañada de caballero; que luego seguí en auto y la ví descender en 18 y Arenal Grande, y doblar por Municipio. Hora 19 y 30. ¿No la veré más? — **Prisionero de sus ojos.**

A la interesante viudita: que día 18 tuve el agrado de conocer en tranvía 38, mientras iba al consultorio del doctor P., agradeceríale indicara, si es gustosa, forma poder entrevistarla. Día 20 al descender tranvía, saludámosnos. Será posible... Gaboto. — **Rubio mal rato.**

La joven: de ojos celestes, que viste azul, a veces beige rayado, que vive en el Cerro y que concurre a un instituto musical, está comprometida o no? ¿Recordará a joven que siguióla, entre otras veces, el lunes 13 hasta Convención. Iba acompañada de un chico. ¡Tengo esperanzas! Conteste a — **Consecuente.**

Me encantó: la seriedad de la simpática que ví el domingo 19 en Colón. Vestía de luto y oí llamarla Cleofe. ¿Porqué estaba tan triste? ¿Tenía alguna penita? Si no tiene compromiso contestará al que le pidió una rosa y Vd. malita ni lo miró? — **Peregrino.**

Enamorado: de simpática morocha de melena que el domingo 19 ví en las carreras de Pando, vestía saco gris y medias blancas y la acompañaban dos señoritas. ¿Recordará al de sombrero gris? Si sus hermosos ojos se posan sobre éstas líneas conteste a — **Enamorado.**

Es la preciosa: joven que ví Domingo 19 en misa de once en los Talleres de Don Bosco. ¿Recordará a morocho que paró en Municipio y Charrúa? Conteste si no tiene compromiso — a **Rit.**

Joven granjero: desea encontrar entre las lectoras, una señorita de 18 a 30 años que sea buena, católica y honrada y que tenga intención de casarse pronto; la que interesa, contesta en el siguiente número dando dirección a — **Joven granjero.**

He simpatizado: profundamente con señorita de luto que el día Martes a la hora 21 tomó tranvía N.o 54 en 18 de Julio y Tacuarembó. Si sus divinos ojitos leen ésta, hará el bien de dirigirse a Poste Restante a carnet N.o 95673? — **El de gris.**

Enamorado: de una rubia del Carmen que sus iniciales son M. E. U. Mantiene un colegio particular y es amiguita de L. G. Quisiera conquistar mi ideal por **"Mundo Uruguayo"**. Recuerde que se entrevistó en la velada de Cerro Chato el 18 de Julio. — **Corazón divino.**

RUBOR



La señora Avestruz, ruborizada por un piropo indiscreto, oculta su rostro

ESQUELAS

A I... Ofelia: — La sombra de la gentil rosarinita no se aparta. La conocí Can... amistades cometieron conmigo gran error, no admire obstinación, en la vida de toda ave errante hay un gesto inborrable y rica estaba en espontáneidad. ¿Qué rosarina es fea? Esperanzado. — **El que siguió hotel.**

Princesa Yolanda: — Diga dónde podremos vernos. Escríbame a Poste; Carnet N.o 43.040, el nombre ya lo sabe Vd. — **Artista.**

Los Sanduceros: — Hemos repasado el **"M. U."** y creemos ser las jóvenes de sus ideales, esperamos sus respuestas por **"Mundo Uruguayo"** y manden sus iniciales. Las de nosotras son las siguientes — **Zulma T. y Olga F.**

Por medio: de esta página nos tomamos la molestia de hacer publicar estas líneas dando a conocer que no hemos sido quienes contestamos a "Dos Esperanzados". El que se atrevió en contestar que en lo sucesivo aprenda a emplear el gasto de las estampillas en algo más útil. — **Dos morochitas del Camino Maldonado.**

Viejita sincera: — En la dirección que Vd. tuvo a bien indicarme, hay cartas para Vd. con las iniciales **P. G. retírela y conteste a — L. T. S.**

Susy o Ileana: — Gran alegría me ha causado leer vuestra esquela, pues creíamos que ya se habían olvidado de quienes no las olvidan. Como les indicabamos en la primer esquela pueden escribirnos a C. I. 61057 Post. Rest. si posible después de las 17 en días hábiles o todo el día en feriados. Reciban cariños de sus inolvidables amiguitos. — **Ralph y Tony.**

Leí esquela: en **"Mundo Uruguayo"**, resido en J. B. Varela, y creo ser la aludida por usted. Conteste dando más datos a — **G. L.**

Dos amiguitas morochas: — Si quieren encontrar sus ideales, manden con esquela los 4 sellos de 5 centésimos. — **M. U.**

A LAS PREGUNTONAS

POR BEATRIZ DE LOS RIOS

Bimbo. — Se ha dicho con innegable razón que la civilizacón de un país se juzga por sus mercados. Acaso lo que el pueblo come es la revelación del grado cultural de una persona y del medio en que vive. Parece ser que Francia e Inglaterra dan la nota allá a este respecto, no sólo por la variedad innumerable de los productos que se venden en sus mercados, sino también por la forma higiénica y "elegante" diremos, en qué están expuestos los artículos; en que el materialismo desagradable desaparece, o por lo menos, se atenúa. Son muchas las ciudades de diferentes países en que el pescado se vende en viveros y donde el cliente pueden elegir la victima para su mesa, mientras nada. — En cuanto al mayor mercado del mundo, creemos que es el de Moscow, el cual ocupa una extensión de más de ocho mil hectáreas, si el dato no está exagerado, y comprende distintos establecimientos, cada uno de los cuales tiene su propietario. Este mercado, por su organización, es una especie de gran bazar con tiendas en el piso bajo y tres pisos altos. En París, llema la atención ver que en sus mercados se vende toda clase de productos llegados de multitud de países ya fríos, ya cálidos, lo que demuestra evidentemente el cosmopolitismo de aquella incomparable villa que, con justicia se denomina "la capital del mundo". Nuestros mercados han mejorado mucho en varios sentidos, pero cuando establecemos la comparación, preciso es reconocer que el adelanto es todavía relativo, apesar de que la influencia del arte, que sin desprecio recorre todas las escalas, se descubre ya en la exposición que se hace de los productos y de los artículos, en el deseo o interés de valorizar sus méritos.

Mamá triste. — Pruebe a darle a su hijo una infusión de centaura menor, tomada cinco minutos antes de las comidas, cuya propiedad es la de despertar el apetito. La dosis es de una tacita de las de café. Prepárase esta infusión echando cinco gramos de sumidades de centaura menor en 500 gramos de agua hirviendo, y pasándola a la media hora por un tamiz. Las maceraciones de genciana (cinco gramos por 500 de agua, de ruibarbo, (diez gramos por 500) y de quina (diez gramos por 500), son también excelestes aperitivos. La inapetencia puede no ser enfermedad, como puede ser un sintoma de ella. Si con los estimulantes no logra que su hijo se alimente más y que mejore visiblemente, tendrá que consultar a un médico. Desde un principio, debe Vd. fiar en lo que le señale la balanza.

Un republicano de pura cepa. — El régimen republicano trae de hecho una gran economía para el país. Note Vd. que en los países en que existe la monarquía, existen así mismo, incontables personajes decorativos, muy necesarios por cierto para el efecto aparatoso de las cortes, pero que creyéndose deshonrados si trabajan resultan como pensamiento y como acción, de una inutilidad perfecta. Es cierto también que, en muchos países latinos se observa todavía el viejo sistema de cobrar sin trabajar, pero esos son lunares que van desapareciendo paulatinamente, pero al fin desapareciendo... En el Japón por ejemplo, el Emperador tiene una asignación de 150 millones de francos, pero no del valor actual, sino de cuando los cinco francos nos representaban poco menos de un peso.

Una supersticiosa. — La piedra animada, llamada también "piedra de los ojos" es un opérculo delgado y poroso cuyo diámetro es el dos centímetros aproximadamente. Esos opérculos calcáreos entran en efervescencia con el zumo de limón y comienzan a animarse a medida que se desprende de ellos el ácido carbónico. Introducida en los ojos, esta piedra obra a manera de esponja y facilita la efusión de las lágrimas. Por efecto de una reacción análoga se mueven a veces en un plano horizontal los panes recién sacados del horno, cuyo fenómeno dió lugar en Europa hace más de ochenta años a la vulgar preocupación de los hornos encantados. La "piedra animada" es una producción peculiar de Méjico si se pone en los ojos, gira sobre si misma y arroja fuera de la órbita cualquier cuerpo extraño que se haya introducido en ella.

(Continúa en la pág. 27.)

Concurso de cartas amorosas

N.º 2 *Montevideo, Octubre 1924.*

Dedicada a Carlos E.

Cruel Carlos:

Tu espíritu inconstante me coloca, en la situación atroz de un náufrago que vé alejarse de la playa que le brinda su hospitalario asilo.

Convencido de mi pureza, jugar quisiste con ella como un gato con el tímido ratón, para luego hacerlo desaparecer entre sus fauces. No sólo me niegas continuamente tus miradas y sonrisas, con las cuales disipaba mi amargura, sino que cometes el crimen de destrozar mi corazón, concediendo cuanto me niegas a mí, a otras jóvenes más afortunadas que yo, que te rodean y gozan el placer de estrechar tu mano y oir tus armoniosas palabras.

Comprendo muy bien, Carlos mío, a que es debido esto; porqué así, como la luz de la naciente aurora disipa las tétricas visiones de una nocturna pesadilla, así debo dejar tu mente turbada hasta ahora, para manifestarte que el amor que hasta ahora, había mirado con indiferencia, se ha vengado de mí, de una manera cruel, descubriéndo a mis ojos, de la venda rosada que hasta hace poco me cegaba.

Y hoy no te guardo rencor, y al contrario de todo, soy yo quién se humilla a pedirte perdón, y darte gracias una y mil veces por la lección que he recibido de tí.

Dígnate pues calmar este tormento, concediendo una palabra de consuelo a la desdichada que ha hecho conocer sus sufrimientos asegurándome que compadeces y perdonas mi pasado desamor. Sed indulgente y no me desdeñes, de éste modo podrás devolver la dicha y la esperanza, a la que te desea con el mayor ardor, y te quiere como a su propia vida.

Tuya siempre.

Maruja.

Pseudónimo: Fuente de lágrimas.

Correspondencia de la redacción. — La carta firmada por Lidya y enviada a esta redacción bajo el pseudónimo de "Vida", aunque contiene el número de palabras exigido por las bases de nuestro concurso, no puede publicarse por su subido realismo.

Concurso de cartas amorosas

VARIOS PREMIOS EN DINERO

Desde el presente número y con fecha de clausura el 31 de Diciembre de 1924, MUNDO URUGUAYO abre entre sus lectores y lectoras un CONCURSO DE CARTAS AMOROSAS con un límite máximo de 250 palabras. Todos los números se publicarán aquellas que a juicio de la redacción, por su forma literaria o por su fondo sean acreedoras de esa distinción.

Las cartas, firmadas con pseudónimo y escritas con caracteres bien legibles, deben enviarse dirigidas a *"Mundo Uruguayo"*, CONCURSO DE CARTAS AMOROSAS, bajo sobre cerrado, conjuntamente con otro en cuya cubierta se haga referencia al pseudónimo y que contendrá la firma del autor, acompañándola con un estuche vacío de un pomo de DENTINOL, pasta para los dientes.

De las cartas recibidas y publicadas, así como de aquellas que no lo hubieran sido por falta de espacio pero aceptadas como publicables por la redacción, se seleccionarán las cinco mejores para adjudicarles los siguientes PREMIOS donados por

DENTINOL pasta para los dientes

1.º Premio $ 50.00
2.º " $ 20.00
3 — 3.º " $ 10.00 c|u.

El Primer premio se adjudicará a la mejor carta enviada y publicada a juicio de la redacción. El segundo premio y los tres terceros, a las que le sigan en orden de méritos.

A reir tocan

ENERGIA



—¡Qué es eso! No sea usted bruto! ¿No ve que va a romper la máquina?
—Salga, déjeme usted que me han encargado para un acreedor que escriba una carta *"energicamente"*.

INSISTENCIA

Un músico callejero, se acerca a una ventana y le dice a una señora:
—Ya he terminado, deme Vd. unos níqueles;
—No le doy nada.
—Bueno; vuelvo a empezar...

DESESPERACION

Un señor aguarda en la calle a una señorita.
—¡Dos horas que espero! No es una mujer esta es una comunicación telefónica!

RECORDANDO LA MANZANA

Una conferenciante sobre los derechos de la mujer, exclamaba:
—¿Qué sería del hombre si no fuese por la mujer?
Una pausa. Luego con mirada de triunfo, volvió a preguntar:
—"Repito, ¿dónde estaría el hombre si no fuese por la mujer?
Una voz desde los balcones:
—En el Paraíso, señora.

COSAS DE LOS NUEVOS RICOS

—La última vez que fué mi esposo a Europa trajo un magnífico Rembrandt.
—¡Qué hermosa adquisición! ¿Y de cuántos caballos es?

ELOGIO

Conversan dibujantes:
—A la verdad que no hay como los dibujantes Norteamericanos para dibujar monos y hacer monadas.
—Es cierto; yo conozco a uno que dibuja *"Como la mona"*.

LOS 30 DINEROS

En una santería compró un judío un crucifijo de marfil y después pedía por él un precio exhorbitante. Uno de los compradores, exasperado por su avaricia, le dijo:
—Hombre, me extraña que pidas tanto por la copia, cuando tan barato vendisteis el original!

MAL NEGOCIO

—Dígame, cochero; ¿cuánto cobra por llevarme hasta el Parque Rodó?
—Un peso.
—Y por traerme del Parque Rodó?
—Otro peso.
—¿Dos pesos por dejarme en el mismo sitio? ¡Qué atrocidad! Ya no se puede vivir en Montevideo!

MALA IMPRESION

—¿Conque estuviste también en Pompeya? ¿Y qué te pareció la ciudad sepultada?
—No me pareció fea: pero hay que hacer allí tantas reparaciones..

EL APELLIDO MAS VIEJO

—El señor Pérez es quien tiene ascendencia más ilustre.
—¿Qué Pérez ¿El almacenero?
—El y todos los Pérez...
—Pués el suyo era el apellido de Adán.
—¿Cómo lo ha averiguado Vd?
—Muy sencillamente. — El Creador le dijo: "Come esta fruta y perecerás..."
—Tiene Vd. razón: "Pérez serás y Pérez debe haber sido.

AL NUEVO "KEMPIS"



—¡Oh, bolichero, yo tengo "jetta"!
¡Qué mal me hiciste!
Ha mucho tiempo que estoy enfermo.
Ha mucho tiempo que vivo triste.
Y es por el whisky que tú "me diste"
—Medido y todo, te lo bebiste!

RESIGNACION

—¿Y usted, buen hombre, no se cansa de no hacer nada
—Sí, señora, pero no me quejo.

RAZON DE SOBRA

—Dime, Coca; ¿porqué te has enojado con tu marido?
—Porqué se ha cortado el cabello al rape, sabiendo que al nene le gusta tanto tirarle del pelo.

LA QUE ORDENA

—¿Qué vas a regalarle a tu esposa para su cumpleaños?
—No lo sé. Aún ella no lo ha decidido.

ENTRE RATONES

—Te digo que esto es una trampa... recién vi un hombre que ponía ahí dentro un pedazo de queso.
—Macana... ¿cómo es posible que un hombre pueda pasar por ese agujero?

GOBIERNOS FELICES

El sastre, tomando la medida al futuro diputado.
—¡Sí que se ha puesto Vd. gordo!
El electo. — No estoy mal; no estoy mal.
El sastre. — ¡¡Y lo que va usted a engordar en la Cámara!

CONCLUYENTE

—¿Por qué no paga Vd. lo que debe si tiene dinero!
—Porque si pagara dejaría de tenerlo.

OTARIOFF EN CLASE

—El pronombre es la palabra que se pone en lugar del nombre. Cíteme un ejemplo.
—El seudónimo.

UNA EXTRACCION



El cliente — Por favor, señor, dentista me saqué la muela, pero extráiga ese pedazo de carne de puchero que se ha metido en ella y me hace sufrir tanto!

ENTRE COMICOS

—¡Chico, cómo está Zacconi en "Otelo"! ¡Brutal!
—Oye, oye: no formules juicios categóricos, que todavía no me lo has visto hacer a mí.

LO CONOCIA ASI

—¿No es verdad, Carmencita, que estoy volviéndome algo pavo?
—No, señor. Yo lo he conocido a usted siempre así.

NO CABE DUDA

—¡Vaya una cartita que he recibido! El sinvergüenza que la ha escrito empieza llamándome imbécil!
—¿Quién la firma?
—Eso es lo que quisiera yo saber, pero es un anónimo.
—¿No reconoces la letra? Sin duda debe ser alguien que te conoce.

UN CANDIDO

Juancito (sacando el reloj de debajo de la almohada):
"Faltan quince minutos para las ocho y mamá no ha venido a despertarme. Si no viene pronto se me va a hacer tarde para ir a la escuela".

EN UN DIVORCIO

En un pleito de divorcio, en Montevideo, la esposa dice que no quiere oir hablar de su marido.
—¿Pues ¿por qué se casó usted con él?
—Porque no sabía que fuese tan bestia.
—Dispense, señor juez — interrumpe el marido, — lo sabía, lo sabía de sobra.

EN EL COLEGIO

El profesor pregunta a Tomasito:
—¿Qué es un reptil?
—Un animal que se arrastra por el suelo.
—Cíteme usted un ejemplo.
Mi hermanito pequeño.

LAS "CHICAS DE AHORA"



La madre. — !Pero, muchachas, todavía, sin vestirse!
—Es que estábamos discutiendo, mamá. Le jugué a ésta un paquete de cigarros a qué le hago dos goals el domingo.

ANTES DE HACER SUS ORACIONES

—Mamá, quédate, porque quiero que seas testigo de cómo me trata... El otro día pedí una escopeta y me trajeron un libro de lectura...

ASI AVANZO

Nn niño llega tarde a la escuela y el maestro lo reta, por haber llegado con retraso. Entonces el niño responde: Mire maestro, hacía tanto viento, que daba un paso para adelante y enseguida, tenía que dar dos para atrás.
Maestro — Si eso, fuera cierto, usted no hubiera llegado a la escuela
Niño — No señor: es que me he dado vuelta!

PIROPO APROPIADO

Un joven al ver a una muchacha entrada en años, toda muy emperejilada y que se tenía fe, le dice al amigo — ¡¡Linda!! linda!...
La muchacha al oir tal galanteo, se dá vuelta con una sonrisa conquistadora, a lo que el otro repite: linda!!... linda para una caja de fósforos!!!

PAPEL DESAIRADO

En un teatro: entran dos paisanos y en la mitad de la función el público empieza a arrojar toda clase de legumbres y entonces dice uno: — Vamos hermano, no vaya ser cosa que nos toque el turno y hagamos un papel, por no tener cebollas!

ES LO MISMO

Doña María tiene una hija de diez años, enferma de una pierna, a la que lleva a casa de una curandera.
Al día siguiente una vecina, le pregunta como sigue la enferma.
—Parece que sigue mejor desde que está en tratamiento con una curandera.
—¿Y Vd. cree doña María, que la curandera podrá curarla?
—¡Ya lo creo! Desde el momento que ha curado caballos, gatos y perros!

ANORMALIDAD

—Di, mamá: ¿También esa señora tendrá, como yo, un flemón?
—Por qué lo preguntas?
—¿No ves como a la pobrecita le abulta el pecho?

SITUACION PELIGROSA



—Dígame, so insolente: ¿qué dice el letrero que he puesto en el árbol?
—Si no me equivoco, dice: "No descender".

Altruismo

Acostábanse mis hijitas, metidas ya en sendas camisas de once varas, y retrepado yo en una butaca, mientras hojeaba una revista, presenciaba la amable escena, oyendo con deleite — vaharadas de aromas que perfumaban mi alma — el dulce bisbiseo de la oración que, apuntada por los amantes labios de mi esposa, rebrotaba en las puras bocas de mis nenas...

—... "Este padrenuestro.... lo he rezado... para que el Padre Celestial... tenga en su gloria a mis abuelitos... y a todos los muertos de mi familia...., y a nosotros... nos dé salud, paz y pan. Amén."

Y entonces la mayor de mis niñas formalita y reflexiva, me preguntó:

—Papá, ¿por qué pedimos salud, paz y pan y no pedimos dinero...?

—Porque el dinero, después de eso, no hace falta, hija mía.

Y la chiquitina, avispada y ligera, replicó:

—Pues entonces, papaíto, estás de enhorabuena, ¡porque siempre dices que no tienes un cuarto!

—¿Yo, bachillera?

—Sí, tú. Ayer, cuando te pedí la muñeca de celuloide...

—Pero tú, ¿comiste ayer?

—¡Ya lo creo!

—¿Y te faltó algo?

Me faltó la muñeca...

—Tienes otras, y las muñecas no son necesarias para la vida. Muchos pobrecitos niños no tienen muñecas, ni qué comer, ni dónde dormir...

Por eso decimos: "Gracias a Dios por esta camita; no nos la niegue nunca y désela a los pobres que no la tienen..."

—Por eso, hijita; porque hay muchos pobrecitos que no la tienen. No debemos pedir lo superfluo cuando hay tantos hermanos nuestros que carecen de lo necesario. Hemos de pensar siempre en los demás, en nuestros prójimos, pues a veces, al pedir para los demás, pedimos para nosotros mismos. Dicen que una vez...

—¿Un cuento, papaíto?

—Un cuento. Dicen que una vez había un hombre joven, mozo y libre pero feo, enclenque y jorobado, que yendo por el monte se encontró con un hada a quien los gnomos...

—¿Los hombrecitos de las barbas y la caperucita...?

—Los mismos...

—Papá, dile que no interrumpa...

—...Y no interrumpas, hija.. Un hada a quien los gnomos habían amarrado a un almendro en flor con una madeja de rayos de luna. No podía la pobrecilla librarse de sus ligaduras, y al ver al mozo de que os hablo, le dijo:

—Mozo, buen mozo: sácame de esta cárcel y te concederé cuanto me pidas...

—¿Todo cuanto te pida? — replicó el joven, tentado ya por la ambición.

—¿Todo cuanto me pidas? — contestó el hada.

—Pues allá voy, y en tu palabra me fío.

Y al acercarse a la cautiva la envolvió en su sombra, y como las ligaduras eran rayos de luna, se rompieron éstos, dejando libre a la encadenada.

—¡Ea, ya estas libre, señora! Venga lo prometido — dijo el libertador.

—Pide por esa boca — contestóle el hada satisfecha.

—Pues pido... pido... — tartamudeó el mozo. — Pido... A ver, nenas mías, ¿qué hubierais pedido vosotras...?

—Yo, papaíto — contestó mi hijita mayor, — lo primero, ¡salud!

—Sí; *salud, paz y pan* — replicó impaciente la pequeña. — ¡Ya lo sabemos...! Nosotras no, papaíto; nosotras no, el mozo; lo que pidió el mozo; ¡A ver lo que pidió el mozo...!

—Bueno; pues el mozo pidió... pidió... primero, ser el más guapo de todos los mozos del pueblo... ¡Ya veis si era presumido!

—¿Y después?

—Después... Tener más fuerza que todos los mozos del lugar... ¡Ya veis si era bruto...! Después, no estar nunca enfermo ni morirse hasta que él quisiera morirse... ¡Ya veis si era listo! Y después... después... todo el dinero que él quisiera sacar de sus bolsillos... ¡Ya veis si era ambicioso...!

—Y ¿no pides nada más? — le preguntó el hada.

—Nada más — contestó el zagalón. — Guapo, fuerte, sano y rico.. ¿qué más puedo apetecer...? Siendo guapo, se enamorará de mí la moza que más me guste; siendo fuerte, me haré temer y respetar; siendo sano, gozaré del mundo y de la vida, y siendo rico, tendré cuanto desee y podré hacer mucho bien a mis semejantes. ¡Oh, yo prometo que no ha de haber pobres a mi lado... ¡Ya veis si era bueno...!

—Bien — dijo entonces el hada. — ¡Así sea, puesto que así lo quieres....!

Y con su varita de virtudes tocó al zagal en la cara, y éste se convirtió en el más hermoso mancebo que han visto ojos humanos. Tocóle después los hombros, y se transformó su cuerpo en el de uno de esos atletas que habéis visto en el circo. Tocóle en el pecho, y una salud a prueba de bomba se desparramó por todo su ser... Y, por último, tocóle los bolsillos, y comenzaron a tintinear en ellos las doblillas de oro que era una bendición de Dios...

Y cuando la imposición de los dones hubo terminado, detrás del mozo, en las sombras del bosque, sonó una carcajada rasgada, burlona que a otro menos fuerte y menos sano que él le hubiera helado la sangre en las venas...

—¿Quién era, papá...?

—Eso preguntó el mozo: "¿Quién se ha reído...? de mí; de mí, que soy el más fuerte de toda la comarca?"

Y el hada, sonriendo compasiva, le contestó:

—Ya lo sabrás, desventurado... Ya sabrás quién se ha reído de tí y de tu hermosura, de tus bríos, de tu salud y de tus riquezas...

Y desapareció el hada, esfumándose entre las flores de almendro.

Pues señor, que, como era de esperar, comenzó a triunfar nuestro mozo, arrullado por su fama de guapo, de bravo, de sano y de rico... Su casa se transformó en un palacio; su huerto, en un parque maravilloso; su pueblo, en una gran ciudad, completamente suya, pues no hubo quien se resistiera al poder de sus doblones, que brotaban sin cesar de sus próvidos bolsillos... y hasta el mismo Rey, apuradillo de dinero por la buena administración de sus ministros, vendióle el pedazo de su reino en que la ciudad se asentaba y él mismo acudió en persona a coronarlo como soberano del nuevo reino chiquitito.

Nadie osaba oponerse a la voluntad del flamante monarca por miedo al esfuerzo de su dinero y de sus puños. Las damas más encopetadas de las cortes extranjeras, atraídas por su hermosura enamorábanse de él, y los placeres todos del mundo postrábanse a sus plantas, vencidos por la inquebrantable salud del afortunado mancebo.

Y ocurrió que entre todo aquel ramillete de doncellas hermosísimas prendadas del soberano, había una que, a más de ser un prodigio de belleza, éralo también la virtud y de bondad, y ella fué la elegida por el poderoso joven para hacerla su esposa.

No hay que decir qué bodas fueron aquellas bodas. Toda la magnificencia y todo el lujo de los antiguos pueblos orientales palidecieron ante el rumbo y la majeza desplegados por el Rey de Oros — como dieron en llamar los envidiosos al antiguo jorobado — para celebrar el fausto suceso de su enlace.

Baste deciros que para los pobres, que de todas las partes del mundo acudieron al banquete, se sirvieron platos como éstos:

Consumado de legumbres: varios estanques, provistos de bombas para el servicio.

Huevos de avestruz, al plato, servidos en bañeras de ducha.

Ballenas en salsa, guisadas en la plaza de toros.

Elefantes al asador, ensartados en palos del telégrafo.

Sandías y melones en almíbar.

Cordilleras al monte nevado (Chantilly).

Ríos de leche helada.

Arroyos de natillas.

Acorazados de guirlache, catedrales le alcorza y castillos de alfiñique.

Champagne espumoso, repartido con mangas de riego...

—Papaíto: eso pasaría en los Estados Unidos...

—Deja terminar, charlatana. A los postres descargó una tempestad, formada artificialmente, durante la cual llovió de colores, granizó almendras garapiñadas y *marrons glacés* y nevó caramelos de la Pajarita envueltos en billetes del Banco...

—"Y a mí no me dieron porque no quisieron." ¿Verdad, papá...?

—Verdad, hijitas.

—¿Y después?

—Después... Pues después, los nuevos esposos hicieron su viaje de novios, y al pasar por París encargaron un niño precioso, que les fué enviado a su palacio dentro de una canastilla de flores. ¡Si vierais qué criatura más hermosa! Era blanco como la nieve, rubio como el oro y gordito como un rollo de manteca. Su carita era un encanto: bonito como un Niñito Jesús...

—¿Como el Niñito de los Remedios?

—Casi como el niñito de los Remedios; y de todas partes del mundo acudían las gentes a ver aquella maravilla, que se enseñaba con papeleta los domingos dentro de una urna de oro y de cristal de roca.

¡Figuraos cómo estarían los padres con aquel hijo! No los había en el orbe más felices... Pero un día...

—¿Qué, papaíto...?

—¡Papá, por Dios! ¡Que no acabe mal el cuento...!

—...Un día, hijas mías, el angelito amaneció enfermo. Tenía fiebre; no abría los ojitos, que eran dos luceros; no sonreía... ¡No hacía más que quejarse como un corderito!

Acudieron a visitarlo los más famosos médicos del mundo — no se reparaba en gastos, pidieran lo que pidiesen, que dinero sobraba, — y ninguno de ellos daba con el *quid* de la enfermedad, y el pobrecito nene se moría poco a poco.

Su desventurado padre, enloquecido por el dolor, se desesperaba llorando sin consuelo. Aquel dolor inmenso, dolor de perder un hijo, era para él mayor que el más grande dolor de otro cualquier hombre

(Continúa en la pág. siguiente).

Canciones infantiles.

LA AGUJA

NARCISA FREIXAS

Allegro vivace

Canto

Piano

Un te - so - ro del ta - ller es la a - gu - ja es la a - gu - ja un te - so - ro del ta - ller es la a - gu - ja de co - ser. Tan bri - llan - te tan pe - que - ña no la can - sa el tra - ba - jar por ta - re - a que le pon - gas e - lla no se ha de que - jar.

Un tesoro del taller
es la aguja de coser.

Tan brillante y tan pequeña
no la cansa trabajar,
por tarea que le pongas
ella no se ha de quejar.

—

Muy sutil su cabellera,
en su honor se acortará
y gentil la mano amable
el trabajo acabará.

Si la mano de hacendosa
se te vuelve perezosa,
otra vez cuando la cojas
ya no te obedecerá.

Sitjá y Pineda.



CONCURSO DE HISTORIETAS DE ACTUALIDAD LOCAL

N.º 3 TRIBONIANO FOOTBALLER LEMA: AGAPIN

Las bases para este concurso pueden verse en los tres últimos números anteriores



Deseando hacerse admirar piensa el foot-ball practicar.



Y empieza su entrenamiento con ejercicios sin cuento.



Su debut es exitoso y se consagra un virtuoso.



Le dan un trofeo de plata por manejar bien la pata.



Con una hinchada se topa que le da copa tras copa.



Pero un día un adversario lo hace pasar por otario.



Y sudoroso y con fiebre tiene que correr la liebre.



Hasta que muy gentilmente le da su opinión la gente.

(Continuación de la pág. 9.)

Mañana volverán otra vez y será preciso que me encuentren donde me dejaron.

Y dedicó al estupefacto galán una cumplida reverencia por su compañía, diciendo mientras se inclinaba graciosamente:

—Señor caballero...

Quitóse el antifaz y dejó ver, o más bien adivinar, un bellísimo rostro blanco, de blancura mortuoria. Los labios parecían en él como una gota de sangre que empezaba a secarse. Ella entonces le dió la rosa blanca que llevaba en la mano. Moviéronse los largos puños que rodeaban el alto catafalco; hubo un momento en que la luz muy escasa de los cirios pareció apagarse por completo, y la dama encantada, la muerta gentil, desapareció de ante la vista del caballero.

Febril y turbado, temiendo si acaso se había encontrado con una loca, apresurose el diplomático a buscar la salida de la iglesia. Anduvo al azar durante varias horas preocupado por su extraordinaria aventura, y cuando amanecía volvió sus pasos hacia el templo. Estaban tocando para la primera misa y entró.

Allí estaba el túmulo, y sobre él, sin género de duda, la inquietante y linda misteriosa que se le apareció en el palco de Salamanca. Con la claridad del día pudo reconocerla perfectamente. Era una linda condesita con la que él había bailado algunas veces en distintas casas. Estaba ciertamente muerta, y a su cabecera había una corona de rosas blancas. El caballero comparó con ellas la que llevaba en la mano y vió que eran iguales.

Preguntó al sacristán, quien le corroboró que era la tal damita la difunta.

—Y vea usted, señor — le dijo, — la llevan a enterrar con el mismo traje que se había hecho para ir al baile, y no lo llegó a estrenar.

Siempre con la rosa blanca en la mano, salió del templo el diplomático, preso de una altísima fiebre. Tomó un coche, y en cuanto llegó a su casa, hizo avisar a un médico. Tres días de alarmante gravedad pasó el caballero, y cuando el doctor le encontró más sereno, refirióle el asunto. Precisamente aquel médico era el mismo que había asistido a la condesita en su postrer enfermedad, y cuya muerte había llegado por salir contra su consejo unos días antes a un baile, fiesta de la que era apasionadísima. Baile en el que por cierto la última persona con quien había bailado era con el joven extranjero a quien se apareció luego en el Real.

El médico, hombre que no quería aceptar nada fuera de la realidad sensible, esforzábase para dar una explicación al extraño caso de la muerta que se fué a las máscaras. Habló de mixtificaciones, refirió cómo la condesita tenía una hermana muy parecida a ella, que estaba loca, y pudo haberse escapado de su casa la noche aquella con un traje como el de su hermana para urdir aquella macabra escena.

Sin embargo, ¿por qué no había de ser la muerte misma? ¿Qué sabemos nosotros del reino ignorado del misterio? Nada hay quizá más cierto que lo que no se ve. Nada más verdadero que lo que no se sabe.

Pedro de Répide.

Civilizacion de los Incas

El ilustre arqueólogo H. Bingham ha efectuado interesantes descubrimientos en el Perú, en el distrito montañoso y poco conocido de Vilcopampa, al nordeste de Cuzco.

Los Incas conservaron su independencia en esa región hasta el 1571, o sea treinta y cinco años después de la sumisión del resto del Perú a la dominación española.

Los principales descubrimientos realizados por H. Bingham son los siguientes: en el valle de Urbamba, una reducida fortaleza provista de ángulos entrantes y salientes; en Macchu Picchu, un grupo de edificios incas; en Lucma y en Rosao Pata, en los valles de Vilcapampa y de Pampaconas, más ruínas y un enorme monolito de unos sesenta metros de circunferencia.

Todo ello demuestra que la supervivencia del régimen incaico en esta región fué mucho más importante de lo que hasta ahora se había creído.

(Continuación de la pág. 20).

porque era también el primer dolor sufrido durante toda su segunda vida de guapo, de fuerte, de sano y de rico. De la más alta felicidad caía el sin ventura en la más honda desgracia, y de nada le servía su belleza, de nada su salud, de nada su oro, para remediarla. El príncipe se moría, y se murió por fin el príncipe, y en el momento de expiar el angelito, su angustiado padre oyó otra vez la carcajada aquella, seca y burlona, escuchada en el bosque la noche célebre del otorgamiento de los dones por la hada complaciente.

—¿Quién es? — volvió a preguntar enloquecido. — ¿Quién es quien se ríe de mí, que soy el fuerte y el poderoso? ¿Quién se atreve a reirse de mi pena?

Y esta vez sí que obtuvo contestación; esta vez oyó una voz que le decía:

—¡Soy yo: el dolor... *de los otros;* la enfermedad.. *de los otros;* la muerte... *de los otros*, quien se ríe de tí... Si cuando pediste salud para tí la hubieras pedido *para los demás*, siquiera, siquiera *para los tuyos*, no muriera ahora tu hijito... ¡Anda, dale el dinero que te sobra, a ver si lo resucitas...!

Aquí veis, hijas mías, cómo debemos pedir a Dios por el prójimo cuando le pedimos por nosotros mismos...

—¿Y el Rey, papaíto...?

—Pues el Rey, hijas mías, enloquecido por el dolor, exclamó:

—¡Yo quiero morirme!

...Y como podía morirse cuando él lo deseara, pues se murió en efecto: ¡supremo anhelo de un padre cuando pierde un hijo...!

Vicente Diez de Tejada

Aparece otra ciudad llamada Filadelfia

Al nordeste del Mar Muerto se encuentra la antigua ciudad de Amman. Amman fué hace siglos el Estado árabe independiente de Ghassan bajo el protectorado de Roma. Esa histórica ciudad se llamó originalmente Rabboth Ammon. Hoy se encuentra en la región denominada Transjordania y, ayudada por Gran Bretaña, lucha por conservar su independencia. La dominación turca ha desaparecido y actualmente los naturales del país trabajan por hacer de éste una nación progresista.

Bajo la libertad recientemente adquirida, los habitantes de la Transjordania se muestran muy ambiciosos de adelantos Han establecido escuelas de todo género. Han fundado un hospital, atendido por médicos árabes La ciudad capital contará en breve con un diario importante y con luz eléctrica.

Una de las cosas más interesantes de la ciudad son las ruinas de un templo romano que fué orgullo de la antigua Filadelfia, según se llamó por aquella época a la población.

PENSAMIENTOS

—Jamás la impiedad por su sola arruinará un culto: Es necesaria una fe para reemplazar una fe.

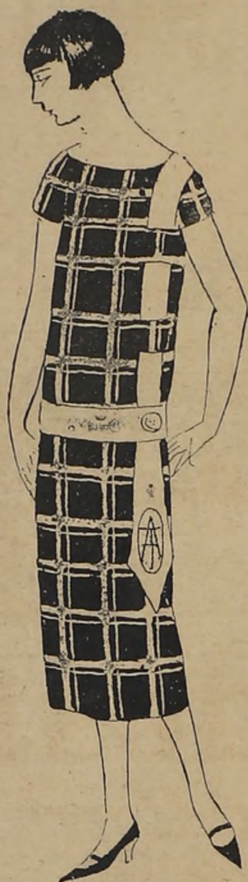
Lamartine.



LOS ATAVIOS PRIMAVERALES

Cada estación tiene sus adornos y sus atractivos característicos, que aunque con apariencia de bagatelas, poseen real importancia en el conjunto de la "toilette" femenina.

Ha llegado por fin, aunque a regañadientes, el tiempo de despojarse de las pieles y de los pesados abrigos. Todas las elegantes reciben la estación con verdadero regocijo, pues es sabido que la mujer coqueta prefiere, por muchas razones, los preciosos vestidos de primavera, de aspecto sentador y juvenil.







Más que nunca el deseo de *parecer joven* trasciende en nuestras modas: cabello corto, pollera que se achica por momentos; el vestido chemise, que luce una hechura adaptable a una niña de 9 años. Muy amenudo madres e hijas lucen "toilettes" casi idénticas, lo que resulta bastante ridículo cuando las madres han pasado los treinta y las niñas no han llegado a los doce!

Bien es cierto, que la precocidad de estas últimas les imprime ya un sello pequeño de *mujeres*, que no desmienten, por cierto, ni la audacia del lenguaje ni la desenvoltura de sus movimientos.

Para contentar los gustos del momento han sido creados infinidad de adornos y accesorios, que amenizan y realzan con la diversidad de su fantasía, los sencillos trajes de estación.

Donde primeramente se revela la alegre influencia de la primavera, es en las "toilettes" de interior, caracterizadas por su frescura y ligereza y donde la mujer tiene un delicioso recurso para acreditar el buen gusto de sus creaciones. No limita allí el vuelo de su originalidad, el temor de la crítica exterior; segura de sí misma, crea y combina efectos verdaderamente encantadores, exteriorizando de esa manera todos los refinamientos de su bien cultivado buen gusto.

La "toilette" de la calle, que ha de ofrecerse a las ávidas y escrutadoras miradas de la femenina falange, presenta casi siempre los caracteres de esa uniformidad que no levanta críticas ni comentarios, pero que carece por ello del inconfundible "cachet" personal, que la harían destacarse de la monotonía del conjunto. Para imprimirles ese sello, solo basta a veces un pequeño detalle: un cuello graciosamente colocado; la nota viva de una echarpe; el jabot de encajes destacando su blancura en la opaca uniformidad del traje oscuro; la flor de estación, coquetamente sujeta en la solapa del austero "tailleur", la cartera que luce un precioso trabajo, y en fin mil otros detalles de sútil apariencia, que son sin embargo, los que nos revelan el grado de elegancia de su dueña.

Veremos pues, este año, cuellos de organdí blanco o de "crêpe de chine" bordados de azul o rojo; combinaciones de "jabots"; plastrones de voile plegados en distintas formas, retenidos con hebillas o cintas de algún color de moda.

Todos estos accesorios son de fácil realización, y poseen la grata virtud de rejuvenecer, no solamente al traje que los luce, sino también a la que tenga la feliz idea de adoptarlos. Con esto queda dicho, su favorable acogida por parte de nuestras elegantes.

Como se vé, el vestir primaveral además de ser amable y ligero, tiene el encanto de lo que está más en armonía con la naturaleza, trascendiendo su influencia en todos los modelos de la estación. En ninguna, como en ésta, piensa la mujer con mayor halago en las evoluciones de la moda, y es por que encontramos, en las telas livianas, en los colores claros y vivaces, en las cintas, en las flores, y en todo aquello que la caracteriza, nuevos recursos de belleza y seducción.

Las habitaciones de los niños

Adornar las paredes de las habitaciones de los niños de una manera, divertida, que convenga al espíritu infantil, es cosa fácil, si se procede con un poco de ingenio y se tiene en cuenta el carácter que debe dársele a la decoración. Daremos en breves líneas una idea que podrá sugerir algunos motivos muy apropiados.

Se hace por ejemplo, un fondo cuadrado o rectángular de seda o terciopelo de color y se pega encima una figura recortada de una lámina. Después se viste esta figura al grado de la fantasía, con ropas raras o caprichosas, añadiendo al fondo pájaros recortados y ramas de flores artificiales a guisa de paisaje.

En la cabeza de la figura se puede emplear cabello de una muñeca anudado con alguna cintita o un sombrero adecuado. Se pueden de esta manera, armar figuras caprichosas y originales, de una alegría muy en consonancia con la infantil, figuras más o menos bufonescas, de variadas improvisaciones, que harán el encanto de los chicos.

Una estrecha barrita completará el cuadro.

NOVEDADES

En las cortinas de las vidrieras, se observan algunas curiosidades decorativas. Tul blanco con pequeñas franjas cortas de seda, colocadas horizontalmente, en filas espaciadas y rosas de saten blanco y plata, esparcidas sobre el tul.

Un tul de tono suave, bordado de seda, es muy lindo también.

Otra combinación muy bonita es la de un tul de oro, sobre el cual se hallan bordados pájaros fantásticos, volando en medio de una flora asiática. Los pájaros parecen venir de afuera, y tropezar en el tejido de una red dorada, que está tendidá sobre los vidrios. El sol, al filtrar a través de estos, parece animar su vuelo.

Las dobles cortinas de "velours" con cinta enjaretada, de distinto color — verde sobre velours marrón, por ejemplo, o violeta sobre rojo — tiene una boga que se afirma más y más, a medida que la fantasía de la moda va en aumento.

Pintura sobre la porcelana

Lo mismo que sobre el vidrio, con el ripolín se puede pintar sobre la porcelana, obteniendo efectos muy agradables. El material es poco costoso y no es necesario someterlo a la cocción, porque este procedimiento de decorado resiste al vigor de algunos lavados, siendo bien entendido que esta fantasía no puede ser aplicada a los platos y a otros utensilios del menaje que necesitan ser lavados continuamente, para los cuales, la cocción que vitrifica los colores, es necesaria. Este procedimiento sólo será empleado con éxito para los jarrones de flores, bomboneras, platos decorativos, etc.

Nemrod es un Rey fabuloso, creado por la mitología caldea. Generalmente se le califica de "poderoso cazador ante el Eterno".

Hogar

Bolsa para la labor

En los días largos del verano, y en los días de sol de todo el año, en los que es necesario tener a los niños, casi todo el día al aire libre, es muy útil, sobre todo para las madres, una bolsa para la labor.

Es indispensable que estas bolsas sean fuertes y lavables, por lo que se deben hacer de tela cruda, que reúna estas condiciones.

Se emplea para esta bolsa un rectángulo de hilo crudo, de setenta y cinco centímetros por treinta y cinco. Este rectángulo se dobla en dos partes, y sobre una de ellas se pasa el dibujo.

El trabajo se hace a punto de tallo, puntadas lanzadas y nudos; los tres puntos más sencillos que se emplean en el bordado.

Para este se emplea dos tonos de perlé; oro luminoso y azul porcelana.

Todo lo que en el grabado se destaca en negro, se hace con el tono oro, el resto se hace con el tono azul.

Uu Costurero económico

El costurero Priscilla que ofrece tantos atractivos y que pudiera ser adquirido en alguna mueblería por una suma no elevada, es un mueble tal mueble ,un rincón en la sala cuando no una pieza especial destinada a la costura? No cabe comparación entre el costo de este mueble adquirido en un almacén y el de



ideal para ser construído en casa por aquellos de sus moradores aficionados a los trabajos manuales, como descanso de las fatigas del espíritu o por natural inclinación y habilidad.

¿Quien no tiene en su casa para uno fabricado por nosotros mismos en mejor madera de nogal o caoba, tanto más que no requiere ensambles difíciles. Los costureros del comercio no son tan duraderos por excelente que sea la calidad del material, si logramos que el nuestro quede bien acabado.

Es bien pequeño el material requerido, así que no es ningún desarrollo emplear nogal o caoba, la caja misma requiere madera de 18 ctms de grueso, una tabla o dos bastan para cortar los dos lados de 24 por 36 ctms. las dos cabeceras de 27 por 38 cms. las dos tapas 14 por 38 ctms. Los pies requieren dos piezas de 6 por 6 por 27 ctms. el travesaño que une los dos pies a menester de una pieza 3 por 3 por 34 ctms cada par de patas se corta de una pieza de 2 ctms. de grueso y 10 por 20 ctms. la empuñadura o asa requiere una pieza de 2 ctms. por 5 por 25 ctms.

Lo restante del material necesario puede construirse con madera de 6 milímetros de grueso, el fondo de la caja es de 15 por 36 ctms. El fondo del cajillo 15 por 2i ctms. y sus costados 3 por 24 ctms. las cabeceras del mismo cajillo 3 por 13 ctms. En cuanto a las divisiones en el cajillo, la mayor es de 6 milímetros por 24 ctms. y la división central de 3 ctms. por 13 ctms. El cajillo descansa o resbala, sobre tiras de 1 ctms. por 35 ctms. Para reforzar el fondo dos piezas de 8 por 8 milímetros por 35 ctms. quedan sujetas bajo los bordes longitudinales.

Además de estas partes de madera son menester cuatro bisagras de 2 ctms. 4 por igual espesor, así como también clavos, tornillos, espigas y cola.

Obsérvese la construcción de la caja empleando en ella sencillos empalmes. El tirante se une a los pies mediante espigas y las patas se adhieren en la misma forma.

La parte torneada de los pies y el tirante puede mandarse hacer fuera.

Un bolsillo original

La derivación práctica de los adornos frívolos y coquetos, es una preocupación muy propia de la mujer de nuestros días.

Antiguamente la mujer se cuidaba más de la simple ostentación; adornar los brazos era un problema que resolvía con pulseras y brazaletes de metales y piedras preciosas, sin más complicación.

El exceso de lujo y de vanidad es compensado ahora por recursos de arte y de buen gusto. La pulsera es actualmente un adorno más simple, más decorativo, y tiene aplicaciones más graciosas y originales.

Entre los brazaletes modernos del gracioso estilo de las llamadas "esclavas", existe ahora un modelo de muy original interés. Lleva anudado, como un fino pañuelo de seda estampada, que es en realidad un doble bolsillito, en que tiene cabida dinero, o cualquier otro pequeño menester.

En la recordación de la moda antigua, de la que la moderna ha tomado y toma de contínuo tantos rasgos, el brazo de la mujer está siempre especialmente adornado, con aros y brazaletes.

Menesteres prácticos

Tener en orden las cosas en una casa, es muchas veces más bien cuestión de ingenio, que de trabajo, o de dinero. Con un poco de prolijidad, se pueden evitar gastos, creando en un hogar, muchos menesteres prácticos, y eficaces auxiliares del orden doméstico.

Ejemplo de ello es un botinero práctico y muy fácil de hacer, y que, basta mirarlo, para darse exacta cuenta del excelente servicio que reporta. Sin embargo, nada más fácil que proveerse de un menester semejante.

Se trata simplemente de una colección de cajas de cartón iguales, fáciles de obtener. Las cajas están emparejadas y puestas unas sobre otras, con las tapas para arriba y abiertas por uno de sus costados más estrechos, por donde se sacan y se ponen los botines o los zapatos.

Las cajas se unen entre sí, con tiras de papel bronceado, o también pueden empapelarse o tapizarse toda la parte exterior de ellas, produciendo esto un hermoso efecto.

Las mujeres de Finlandia consideran un beso en los labios como el insulto más grande que un hombre las puede hacer; ni a sus maridos permiten que las besen en la boca. sino en la frente y en las mejillas.

En 1530 se construyó para el emperador Carlos Quinto un reloj de bolsillo que pesaba veintisiete libras.

PARA LA MUJER

EL BRILLO DE LAS UÑAS

Indicamos a las damas que deseen ostentar uñas hermosas, que deben usar el Esmalte de China, con el cual obtendrán un brillo realmente encantador.

Como el Esmalte de China viene preparado en los colores natural y rosado es conveniente emplear aquel uñas.

TURF

Salsipuedes se impone en brillante estilo en el "Gran Premio Nacional" de Maroñas

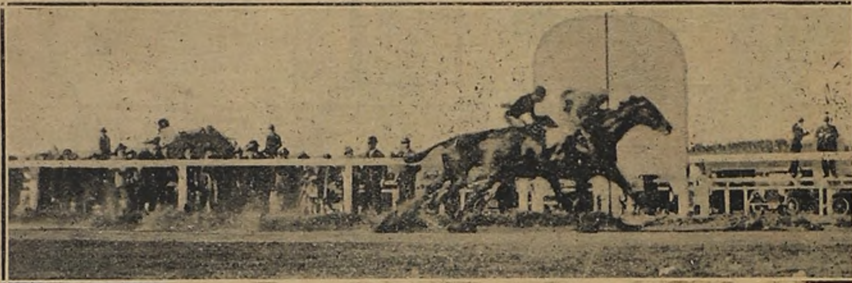
La interesante reunión hípica realizada en Maroñas con motivo de disputarse el "*Gran Premio*" dió origen también a una brillante reunión social.

Especialmente invitado por las autoridades del Jockey Club, concurrió el Presidente de la República Ing. José Serrato.

Uno de esos días primaverales, propicios a las reuniones "*au grand' air*", contribuyó al éxito de la fiesta.



Salsipuedes, entrando al pesaje, después de haber bajado a Puritano de su pedestal de invicto



La llegada. — Salsipuedes y Puritano transponen la sentencia separados por escasa distancia. Los otros competidores entraron a varios cuerpos de estos

El interés que despertó entre los aficionados esta prueba fué enorme, pues el "*Nacional*" es la prueba consagratoria, a cuya conquista solo pueden aspirar los campeones cuya brillante foja de servicios anterior sea una garantía de su valer; conquistando casi por lo general el ganador de esta carrera el codiciado título de crack de su generación.

Sin embargo este año tendremos que esperar un nuevo cotejo entre dos excelentes potrillos: *Salsipuedes* y *Puritano*, para poder proclamar con extricta justicia cuel es el crack.

El espléndido triunfo conquistado por el representante del Stud Imperio sobre su medio hermano *Puritano* que hasta ahora había sido considerado por los entendidos como un producto extraordinario, viene a abrir un compás de espera en la apreciación de superioridad del uno sobre el otro, y al mismo tiempo hace subir enormemente las acciones de *Salsipuedes* hasta colocarlas a la par de las de su rival.

Cuando le tocó el turno a la gran carrera vimos aparecer en primer término en el paseo preliminar a *Kempis*; luego vino *Puritano*, que nos pareció algo tristón, dejándonos la impresión de que no se encontraba en la plenitud de la forma; después pasó Almudena y Crisol, y por último salió Salsipuedes que ostentaba un estado soberbio; bien ceñido de carnes, alegre, con gran desenvoltura en sus movimientos y muchas ganas de correr.

El desarrollo de la carrera fué de extrema espectativa, pues por la forma como venían corriendo, se presumía un duelo gigantesco entre dos caballos de gran corazón, uno luchando por defender sus posiciones y otro bregando por conquistarlas, y así transpusieron la meta, separados por insignificante distancia.

Salsipuedes ha realizado una performance notable y Puritano ha caído de su pedestal de invicto con todos los honores.

El resultado del "*Gran Premio Nacional*", viene a constituir un doble éxito para el distinguido sportman Sr. Guillermo Young, criador de Salsipuedes y Puritano, y puso a prueba la competencia del entraineur Melo y la pericia de Tapia que dirigió magistralmente al vencedor.

Dante

Imaginaos a Alighieri, lleno ya de su visión, camino del destierro, peregrino implacable arrojado por la pasión y por la miseria de tierra en tierra, de refugio en refugio, a través de los campos, a través de las montañas, a lo largo de los ríos, a lo largo de los mares, en todas las estaciones, sofocado por la dulzura de la primavera, sacudido por la crudeza del invierno siempre alerta, abiertos los ojos voraces, ansioso por el trabajo interior donde estaba en formación la obra gigantesca, imaginad la plenitud de aquella alma, en el contraste de las necesidades comunes y de las inflamadas aspiraciones que le salían al revolver un camino, sobre un cique, en una colina en la espesura de una selva, en un prado lleno del canto de las alondras.

Por el trámite de los sentimientos, la vida, múltiple y uniforme, se le precipitaba en el espíritu, transfigurando en imágenes vivientes las ideas abstractas de que se hallaba repleto. Por cualquiera parte, bajo el peso doloroso, brotaban manantiales imprevistos de poesía. Las voces, las apariencias y las esencias de los elementos entraban en el culto trabajo y lo aumentaban en sonidos, en líneas, en colores, en movimientos, en misterios innumerables. El fuego, el aire, el agua y la tierra, colaboraban en el poema sagrado, fundían en el total de la doctrina, la caldeaban, la hacían tenue, la regalaban, la cubrían de hojas y de flores... Abrid este libro cristiano; imaginad alzada, enfrente la estatua de un dios griego. ¿No veis brotar de uno y otro la nube o la luz, los relámpagos o los vientos del cielo?

Gabriel D'Annunzio.

Nada

A pesar del inmenso, del paciente, del eterno esfuerzo y de los grandes debates deliberados de la energía, se traslucen las mentiras del destino en los juramentos que hacemos. Bien claro lo percibo Cada vez que decimos sí, interviene un no infinitamente más fuerte verdadero, que sube y carga con todo.

¡Ah! Hay momentos, de noche sobre todo, en que parece que el tiempo vacila, gastado y dulcificado por nuestros corazones. Gozamos del espejismo delicioso de una inmortalidad de las horas. Pero eso no es verdad. Existe en todo una nada invencible, y pasamos la vida emponzoñados por ella.

Cuando se piensa en esto, se perdona se sonríe, dejamos de sentir encono contra nadie; pero esta especie de bondad vencida es más pesada que todo.

H. Barbusse.

ANECDOTARIO COMICO

Cuéntase que mademoiselle de Guise rogó a su hermano que no jugara más en vista de que perdía siempre.

—Dejaré de jugar — respondió el interpelado — el dío que tú dejes de ser coqueta.

—No, si ya sé yo que no te corregirás nunca — repuso, picarescamente, la espiritual moralista.

—

En la "Galerie des Acteurs", cuenta Lemazurier una aventura ocurrida al célebre Bellecourt, un día que "debutaba" en Besançon con el papel de Nérestan, estrenando un hermoso pantalón de terciopelo que había servido antes a la actriz Clairon para un disfraz de carnaval. En el momento más patético del encuentro de Nérestan con Lusignan, cuando el primero se echa a los pies del segundo, el magnífico pantalón, que era demasiado justo para las formas opulentas del actor, rasgóse de arriba abajo, de tal modo, que el pobre cómico no pudo levantarse sino cubriendo con las manos la inoportuna rasgadura.

—

Hay un drama en que la escena culminante se realiza en un gabinete elegantemente amueblado. Una señora tiene en las manos una carta comprometedora, y la arroja al fuego de la chimenea al oír que viene el marido. Este sale a escena, y al poco rato de hablar con su mujer, dice:

—¡Huele a papel quemado!

Dicha obra se representó en un teatrillo de pocos recursos escenográficos. La actriz leyó la carta, y viendo que no habían puesto chimenea en el gabienete elegantemente amueblado, rompió la carta en pedacitos, qu arrojó detrás de un asiento. Salió a escena el esposo, quien, enterado de lo ocurrido por el transpunte, dijo:

—¡Huele a papel roto!

APÓSTOL Y MÁRTIR

Sabía de sobra Enriqueta que Diego la amaba con profundo y leal amor; pero ¿qué le iba a hacer? Su cariño pertenecía a otro hombre. Por él abandonó el hogar de sus padres, dando un bravo empujón a todos los sociales prejuicios. Para llegar a tamaño arresto una mujer como ella, preciso fué que la impulsara una de esas pasiones a las cuales sólo la muerte, o un desengaño más mortal que la muerte misma, destruyen.

Bien lo sabía Diego. A más de saberlo, trataba y quería como a un hermano a Eduardo, el compañero de Enriqueta.

Respetando esta fraternidad, no tradujo nunca su afecto con palabras o actos ostensibles. Enriqueta lo adivinó en las miradas que él la dirigía a hurtadillas, en los temblamientos de su voz, en las súbitas palideces y en los rubores súbitos que empurpuraban o emblanquecían el rostro de Diego, cuando dialogaban a solas.

Por lo demás, ni el mecánico presumía que su amor pudiera ser algún vez correspondido, ni la maestra se daba por enterada de él.

No impedía esto que le tratase con íntima fraternidad y que compartiera sus ideales, sus anhelos, por una honda renovación humana, por el advenimiento de un mundo nuevo, libre de explotaciones, de desigualdades, de miserias y de injusticias. Este mundo futuro era el que predicaba Eduardo en artículos y discursos, que le dieron entre los proletarios fama y aureola de apóstol.

No influyeron poco la elocuencia y la valentía de estas predicaciones, en el enamoramiento de Enriqueta y en el sólido afecto que sentía hacia el periodista, el mecánico. Hijo del pueblo el uno y la otra, poseedores de una cultura, superior a la que pueden adquirir la gente de su clase, soñaron desde los albores del mocerío con la redención del obrero. Pronto fué el horizonte de sus sueños más amplio y abarcó la total redención humana.

Por ella trabajaban la maestra, en su escuela, procurando modelar generaciones conscientes y libres; el mecánico, entre sus compañeros de taller y de oficio, tratando de inculcar en ellos las enseñanzas que su cultura le brindaba y el convencimiento firmísimo en la justicia de sus aspiraciones acompañado de una inquebrantable decisión para lograr el triunfo.

Pero el campo de propaganda que se ofrecía a los dos creyentes era muy estrecho. Para sacudir a las multitudes para apresurar la obra redentora era preciso una voz enérgica y autorizada que hiriendo, a un tiempo, todos los corazones, les diera valor en la lucha y estoicismo en el sacrificio.

Esta voz fué la voz de Eduardo, de aquel meridional impetuoso y arrogante que al presentarse en la tribuna era admiración de los públicos por su belleza varonil, por sus ademanes resueltos, por sus frases de poética rebeldía, que mostraba el futuro como el presente, sacudiendo las médulas con escalofríos de entusiasmo, convirtiendo el tablado orotario en un Sinaí donde el Moisés de los explotados proclamaba la verdadera ley entre fulgores de tempestuosa elocuencia.

En uno de tales momentos conoció Enriqueta al apóstol; a la terminación del acto tuvieron ocasión de hablarse y pronto la simpatía que uno hacia el otro sintieron trocóse en amor y el amor en libre consorcio bajo el techo de un mismo hogar.

Cuando esto ocurrió, llevaban tres años de convivencia Diego y el periodista.

Al arribar éste a Madrid lo hizo sin más bagaje que sus esperanzas y unas pocas pesetas, muy pocas, las precisas para vivir malamente un mes. Ya probó sus armas oratorias y periodísticas en la población donde viera la luz. Tuvo que abandonar aquélla, parte por de-



cretos de su ambición, parte por las persecuciones de potentados y caciques.

Más de una vez finaron en la cárcel estas persecuciones. A los objetos de evitarles, el rebelde, muerta su madre, que le ayudaba a sostenerse, con los productos de una modestísima pensión, hizo viaje a la corte, recomendado eficazmente por sus correligionarios de la capital provinciana a sus pares de la capital española.

Entre los últimos se contaba el mecánico, hombre de carácter retraído, poco asequible al trato íntimo con su prójimo, pero capaz, si alguno de ellos merecía su confianza, de todo sacrificio y arresto.

El periodista fué metiéndosele poco a poco en el corazón. Aquel joven, hijo de burgueses, que renegaba de su casta, exponiéndose a vejaciones y miserias por defender los derechos y anhelos de otra casta, a la cual no pertenecía, parecióle digno de acendrados amistad y respeto. Por entero le concedió los suyos y llegado el instante en que, concluídos los recursos de Eduardo, no tuvo este hogar que le acogiera, ni pan que llevar a la boca sentóle el obrero a su mesa y abriéndole las puertas de su casa, le dijo:

—De hoy para en adelante lo que aquí tengo es de los dos; mi oficio me permite vivir con perfecto desahogo; dispón de todo, hasta que tus circunstancias varíen ¡y a pelear juntos por la causa! Tú, en apóstol que propagues la buena nueva, en caudillo que nos lleve al combate, cuando suene la hora de combatir; yo, en hombre dispuesto a la acción y al martirio, si ellos son menester.

Desde entonces convivieron los dos amigos y de igual suerte que no pensaron separarse cuando las ganancias de Eduardo le permitían establecerse por su cuenta, juntos continuaron viviendo al unirse con Enriqueta aquél.

—o—

La figura política de Eduardo fué adquiriendo relieve no ya entre los suyos, que — contrasentidos de nuestra humana condición — experimentaban hacia él idolatría; entre los adversarios y entre los jefes de los partidos que gobernaban el país. Al fin y al la postre aquel revolucionario era hombre que podía arrastrar donde y cuando le conviniese a millares de obreros, y producir serios quebrantos de orden público, a poco que en ello se empeñara.

Convenía entenderse con él, si no para hacerle renegar de su credo, cosa a que nunca se prestaría, fuera por firmeza de convicciones, fuera por conveniencia propia, para que, siendo una rueda más en el engranaje de la vida pública española, marchase con las otras ruedas, sin paralizar el movimiento total de la máquina.

Así resultó que, cuando poderosos elementos obreros de una gran ciudad, aliándose con otros elementos afines, presentaron en las elecciones para diputadas a Cortes la candidatura de Eduardo, el Gobierno, no sólo no hizo oposición, sino que ayudó bajo mano, el triunfo de su contrincante. En el terciopelo que decora los salones parlamentarios se han limado garras pujantes de león. Acaso representan un símbolo los dos carniceros nofensivos, que, vaciados en bronce,



decoran la fachada principal de nuestro Congreso.

—Recelos abrigaría con motivo de tu elección — le dijo el mecánico a Eduardo — si tú no fueras tú. ¡He visto tantos rebeldes doblarse como hojillas de hojalata, contra esos escaños!...

Nunca fuí amigo de la lucha parlamentaria. En fin, hecho está lo hecho. Sigue siendo el que siempre fuiste y favorece desde la nueva tribuna que te regala la voluntad del pueblo, su pronta redención.

—Sospechar que no lo haré así, es ofenderme, Diego. No he ido a la elección por mi gusto; los compañeros me obligaron.

—Lo sé.

—Estate seguro de que en el Congreso, como en todas partes, mi entendimiento, mi voluntad, mi palabra y mi vida, son de mis compañeros; mejor que de ellos, de los sacrosantos ideales que a todos nos unen bajo una misma y sublime bandera.

—¡Lo sabemos, Eduardo! — interrumpió, con voz entusiasta, Enriqueta — ¿Quién podía dudar de tí, si un noble pasado abona tu futuro? Nadie. De mí, ¿para que hablar? Si es tuyo mi amor, si mi existencia entera se halla consagrada a ese amor, es porque en mi alma viven, formando una sola, dos fes: la fe segura en el amante y la inquebrantable fe en el apóstol.

Hablaba con sinceridad. Su amor no establecía separaciones entre el hombre y entre el caudillo. De perdonar infidelidades, acaso perdonara las del varón; las del apóstol nunca.

—o—

Los obreros, resueltos a disminuir la explotación de que les hacían víctimas sus patronos, acordaron la huelga.

Declaróse ésta en la gran ciudad que eligió a Eduardo por su representante en Cortes.

El diputado que veraneaba con Enriqueta en la marítima población, luego de asentir a las pretensiones de los trabajadores, no sin exhortarles a la prudencia y al respeto a la legalidad, celebró varias conferencias con los patrones a fin de que accediendo, ya no a todas, a alguna de las reclamaciones, pusieran término a la huelga.

Los patronos, seguros de rendir por hambre a los huelguistas, desatendieron las indicaciones de su apóstol. Este fué a Madrid para entrevistarse con el Gobierno. De Madrid retornó con vagas promesas, que no podían satisfacer a los obreros. Diego le acompañaba en nombre del Comité central a fin de ponerse de acuerdo con sus compañeros para decisiones futuras.

—Han hecho mal, muy mal, acordando la huelga en las circunstancias presentes — exclamaba Eduardo, paseándose por el comedor de su casa. Cuando no hay certeza de triunfar, lo mejor es tener paciencia y aguardar una ocasión propicia.

—Si la lucha que sostenemos todos fuese par un triunfo, para una conquista momentánea que sólo beneficiara a una generación, estaría acorde contigo — le replicó el mecánico. — Nosotros peleamos por el triunfo del porvenir. Para la victoria del futuro, son precisos mártires del presente.

—¡Verdad Diego, verdad! — interrumpió Enriqueta, estrechando la diestra del obrero. — Eduardo también está conforme con nosotros.

—¡Qué duda hay! Iremos, iré a todo lo que sea preciso. Me duele que, dispuestos como se encuentran los patronos a recurrir a los esquirols, sobrevenga un sangriento choque que autorice la intervención de los elementos armados y tenga por final la absoluta pérdida de la huelga, proclamada a toque de clarín, sobre montones de cadáveres.

—Qué remedio, si tal ocurre? Otros vendrán que venguen a los muertos.

—Bien, bien. Allá con vuestra locura vosotros.

—¿Y tú? — preguntó con ansiedad Enriqueta.

—Yo seguiré a los míos. Eso no se pregunta.

Diego miró fijamente a Eduardo y salió de la habitación sin proferir palabra.

—o—

El choque entre obreros y esquirols sobrevino.

El gobernador de la provincia viendo que la Guardia Civil y los agentes de Orden Público no podían resolver el conflicto, resignó el mando en el Capitán general, y este echó las tropas a la calle.

No se intimidaron los obreros por la presencia de la tropa. Estaban resueltos a llegar hasta el fin costárales lo que les costara.

—¡La lucha va a empeñarse! — gritó un obrero entrando en el despacho del diputado a Cortes.

Un gesto de contrariedad se pintó en el rostro de Eduardo, y Enriqueta, que estaba junto a él, le oyó decir, bajo muy bajo sin darse cuenta de que las decía, estas palabras:

—¡Tardan!

—¿Vamos? — preguntó Diego, apenas el obrero abandonó el despacho.

—Sí, aguarda; sólo unos momentos; aguarda — respondió titubeante Eduardo.

—¡Aguardar! — exclamó el mecánico — ¡Aguardar, cuando mis hermanos van a jugar su vida! Aguarda tú si quieres. Yo no sé hablar; pero sé morir.

Y Diego, dirigiendo a Enriqueta una dolorosa mirada abandonó la estancia encogiendo despectivamente los hombros.

—¿A qué esperas? — preguntó Enriqueta después de una larga y terrible pausa — Mejor dicho aún, ¿a quién esperas?

—¡Ah! — gritó viendo entrar en el despacho a unos agentes de Orden Público. — ¡A éstos aguardabas!.. ¡Qué cobardía y qué asco!..

—o—

Las balas de los soldados abren huecos enormes en las filas de los obreros.

Estos contestan con el fuego desigual de sus escopetas, pistolas y revólveres dando muerte por muerte.

Al frente de un grupo combate con heroísmo Diego.

Rompiendo, con el empuje de su cuerpo, el humo de la pólvora, Enriqueta llega junto al mecánico

—¡Usted!

—¡Yo! ¡Vengo a morir contigo!...

Joaquín Dicenta.

Pasatiempos

CUARTO TORNEO INGENIOSO

BASES

MUNDO URUGUAYO organiza por intermedio de la **Sección Pasatiempos**, el cuarto torneo ingenioso, en el cual podrán intervenir todos los lectores. Para él regirán las bases que se insertan a continuación:

1.a — En este torneo podrán tomar parte todos los lectores de **Mundo Uruguayo**.

2.a — Los trabajos se escribirán a máquina y vendrán acompañados de un sobre en cuya cubierta se anotará el lema correspondiente y que encerrará el pseudónimo del concursante.

3.a — Los trabajos serán originales y presentados con corrección, debiendo escribirse de un sólo lado del papel.

4.a — Se establecerán premios a las siguientes composiciones:

a) Charadas.
b) Jeroglíficos comprimidos.
c) Comprimidos.
d) Anagramas.
e) Juegos en figura.

Los anagramas deberán ser completos; es decir, sin letras sobrantes; y los juegos en figura correctamente dibujados a tinta china y en cartulina blanca cuyo tamaño, en ningún caso será menor del de una tarjeta postal.

5.a — Todos los concursantes deberán ajustarse extrictamente a estas bases.

6.a — La fecha de clausura para la recepción de trabajos será el 14 de Diciembre de 1924.

7.a — El Jurado que fallará respecto de los trabajos presentados a concurso estará integrado por el Director de **Mundo Uruguayo**. 3 colaboradores y el Director de la Sección Pasatiempos.

8.a — Los trabajos serán seleccionados por el jurado antedicho y los premiados se publicarán en el primer número de Enero, conjuntamente con el veredicto.

9.a — El jurado se reserva el derecho de proceder de la manera mas conveniente en casos no previstos por las bases publicadas.

10. — El fallo del jurado es inapelable.

FRASE COMPRIMIDA

W

Farnum (Santa Lucía)

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

FL
FL C FL
FL

Macota

COMPRIMIDO

A Alice

E I I U

El Conde Félix

ANAGRAMA

Retribuyendo, a Don Juan Tenorio

¡GRACIAS!
VEN, ESE TE LO DARÉ

"Te beso" — dijo él, con maña
y yo las gracias le doy
con un escritor de España.

Dolora (Unión)

CHARADA

El amor, cuando ha sido verdadero,
cuando nace del *todo* y es sincero
no se mueve jamás
y por eso les cuento aquí una historia
que la llevo grabada en la memoria
por *segunda repetida* y por veraz.

Era *una prima* bonita,
era buena, era alegre, pequeñita
y de gran *solución*.
Un garboso mancebo la adoraba
y *una prima* le escuchaba,
con agrado su pasión.

Convencido el galán de que era amado
entrgóle a *una prima* el *resultado*
y llevóla hasta el altar
y felices formaron un nidito
pero un hado fatídico y maldito
tuvo envidia y lo quiso derrumbar.

Hubo quejas, protestas y lamentos
y entre lloros y celos y mil cuentos
el nido se rompió...
Si *una prima* la *dos final* tenía
o si celaba su loca fantasía
decir no puedo yo.

El orgullo los tuvo separados
el prejuicio los hizo desdichados
y deshecha fué la unión.
Pero prima primera lo quería
y él la amaba con ciega idolatría
sufriendo el *solución*

Una tarde en la playa se encontraron...
En los ojos muy fijo se miraron
con odio y con pasión
y teniendo las olas por testigo
junto al mar que rugía embravecido.
¡decid lo que pasó!

Belkiss.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

PUMA

Artagnan.

SOLUCIONES DEL Núm. 303

A la charada de *Violeta de los Alpes*: Bombonera. A la frase hecha en figura, de *Juan Sergio*: *Mostrar la hilacha.* Al anagrama de *Juan Sergio*: *Alma Rubens - Viola Dana.* Al anagrama de *Calunga*: *Federico Mistral.* A la frase comprimida en figura, de *Danao*: *El Círculo de la Prensa encierra gran número de escritores.* Al comprimido de *Dolora* (Unión): *Congreso. A la metátesis de Italia* (San José): *Caors.* Al anagrama de *Stella di Savoia*: *El libro de mi amigo. La camisa.* Al acróstico floral de *Capitán Veneno*: *Linneo. Lirio, Iris. Nenúfar Nardo, Espliego, Orquidea.* Al comprimido de *El conde Félix*: Balcones. Al anagrama de *Belkiss*: *Shakespeare, Horacio, Ovidio, Dante, Milton, Leopardi, Fray Luis de León, Lord Byron, Musset. Víctor Hugo, Poe, Lamartine. Nietzsche. Rosalía de Castro.* Al jeroglífico de *Siremo*: *Panteras.* Al anagrama de *Michito*: *Violeta de los Alpes.* Al jeroglífico comprimido de *Dante* (Peñarol): *Revenden sayas.* Al comprimido de *Apolo*: *Dolora.* Al jeroglífico comprimido de *Sesostris* (Unión): *Semita diosa.* Al anagrama de *Don Juan Tenorio*: *Telas-No-Musso.*

Al jeroglífico comprimido de *Amalia* (Pocitos): *Notas diversas.* Al jeroglífico comprimido de *Artagnan*: *No hay dos sin tres.* Al comprimido anagramático de *Alice y Otrebor A*: *Sesostris.* Al jeroglífico comprimido matemático de *Liropeya*: *El cero por si solo no vale nada.*

CORRESPONDENCIA

Chiquita (Cordón): Está visto que no tendré más remedio que publicárselos. ¡Se enoja Vd de un modo que cualquiera se resiste!...

Se irán publicando todos, pero no se enoje ¿eh? Continúe enviando. Retribuyo sus afectuosos saludos.

Fénix: No podía ser de otro modo. Su reconocida galantería queda nuevamente demostrada.

Mosquilla y su perro en el circo

(Terminación)

Abrieron la jaula, bajó de ella el tigre, y los cuatro se dirigieron al lugar de cita de los conjurados. Arrimados a un carro, sepultados en la obscuridad y conteniendo la respiración, esperaron la hora señalada.

Allí cerca, se deslizaba lento y silencioso el río, como un camino fosforescente; sólo aguzando el oído lograba percibirse el tenue murmullo de las aguas al rozar con la margen pedregosa. En la orilla opuesta se alzaba sombría la montaña por donde nuestros héroes habían descendido. En lo alto, un árbol altivo dibujaba su negra silueta sobre el brocado de estrellas.

De pronto, llega un tañido acompasado de campanas. Dan las doce en el campanario de un pueblo lejano, y entre un rumor intranquilo de pisadas, cuatro sombras humanas se destacan sobre la superficie luminosa del río; sólo se distingue el contorno de los cuerpos, pero se les reconoce. Son los tres gimnastas y Bertoldi, que avanzan agitados y con misterio; el uno lleva una tea apagada en la mano el otro un cubo. De pronto nace entre ellos una estrella de luz rojiza, que los ilumina a todos.

A un gesto de Mosquilla, Alicia, Tom y el tigre se encogen para no ser descubiertos, y nuestro héroe, avanzando risueño, con naturalidad, como si llegara a un agradable paseo, saluda a los cuatro energúmenos con un alegre y sonoro "Buenas Noches".

Los cuatro hombrazos dan un paso atrás, sorprendidos; el de la luz se agacha para ver mejor al recién llegado. Al reconocerle, no saben si reír o si enfurecerse, hasta que Bertoldi contesta con reticencia: — Mejor sería que se fuera a acostar el pequeño señor Mosquilla, si quiere librarse de los mordiscos de alguna serpiente o alacrán.

A lo que Mosquilla responde sin inmutarse: — No temo a la serpiente ni al alacrán, ni a los hombres malos. — Y añade en voz baja e insinuante:

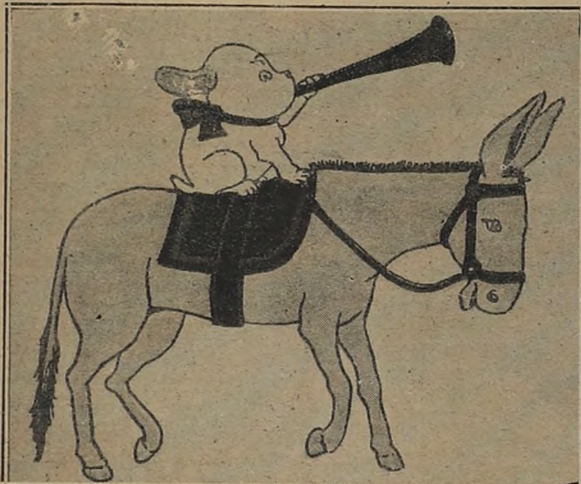
—Conozco vuestros planes; sé que pretendéis incendiar el carro de la cocina para robar a Rodembac su oro, y vengo a recriminaros, y a llamaros perros y traidores. Vuestros designios son hijos del vino y de la ira que anida en vuestro corazón; porque os sentís fuertes ante los hombres, no teméis a Dios; pero yo os digo que si osáis dar, en vuestro plan, un solo paso, yo os he de hacer retroceder y castigar como si fueseis mosquitos.

Un gesto de revuelta conmovió la misteriosa junta; resolló la ira en la garganta de los cuatro incendiarios; pero, como si aún quedara en ellos un átomo de conciencia, no se les ocurrió más que la excusa.

—Rodembac, es quien nos roba a nosotros — clamaron a un tiempo.

A mí — dijo uno, en garantía de un pequeño préstamo, me retiene hace seis meses la soldada. — A mí — dijo otro, — me obliga a trabajar hasta reventar. — A mí — añadió Bertoldi con una voz extraña y casi dulce, — me mató la hija, al obligarla a saltar desde lo alto del toldo del gran circo.

Al escucharlos, Mosquilla sintió un revuelo de furias dentro del alma. Le parecía encontrarse en un desierto, en medio de bestias feroces. Todos eran malos ¡Todos menos King, el tigre cariñoso! No se le ocurrían razones ante aquella lucha a muerte de odios humanos, y así permanecía cabizbajo, cuando un resuello de Bertoldi le hizo levantar los ojos. Los cuatro foragidos adelantaban hacia él, con los brazos en alto, en actitud de ir a estrellarlo contra el suelo. En aquel mismo instante, un rugido sordo, siniestro, aterrador, cortó el aire. Era el tigre King, que saltando por encima de nuestro hombre, acababa de arrojarse sobre sus agresores. Un alarido de terror resonó en la llanura; mil voces se levantaron en el campamento; entre el tumulto sonó un tiro seco, frío. Siguió un minuto de angustioso silencio.



Al poco tiempo empezaron a salir, medio desnudos, los que en los carros dormitaban, y corriendo y murmurando en tropel por la pradera, se pedían mutuamente explicaciones de lo sucedido. Entre ellos, el clown músico brincaba alarmado como un saltamontes. Rodembac, con expresión tétrica, llegó medio envuelto en la piel del oso de su cama, cuando apareció Mosquilla con las manos altas, recomendando serenidad a todos; y ante la expectación general, explicó de esta manera lo sucedido:

—Fué — dijo—, que mientras tomaba el fresco, observé como una partida de bandoleros se acercaba sigilosamente al campamento, con teas encendidas y puñales lucientes en las manos. Como eran muchos, pedí auxilio a los tres gigantes y a Bertoldi, y entre los cinco acabamos de ponerlos en precipitada fuga.

Y dirigiéndose al director, continuó:

—De manera, señor Rodembac, que quedas obligado a recompensar los servicios de estos cuatro hombres, que te han defendido, dándoles a cada uno el doble de aquello en que puedas haberles perjudicado durante el tiempo que para tu provecho han trabajado.

Rodembac accedió con la cabeza, aturdido y miedoso como un niño.

—En cuanto a mí — prosiguió Mosquilla, — espero que sabrás también pagarme por haberte salvado.

Rodembac, en presencia de todos, sólo pudo balbucear:

—Pide lo que quieras.

—Quiero llevarme conmigo a la pequeña Alicia y a su madre.

Al oír el asentimiento del director, la pobre malabarista sollozó de alegría, abrazada a su hija. Bertoldi y los gimnastas cruzaron sus miradas estupefactos, con cara de buenas personas. Tom aulló unas seguidillas, como si le asaltara de nuevo la locura.

A todo esto, el tigre King había desaparecido. Por más que lo buscaron, ni en la jaula, ni en la cocina, ni en los otros carros pudieron dar con él; hasta que Tom llegó jadeante, anunciando que había visto sangre y percibido el rastro de la fiera perdida. Mosquilla, Alicia y la pobre malabarista salieron en su busca, guiados por el perro, camino de la montaña. A la orilla del río entre verdes arbustos tintos en sangre, lo encontraron tendido, con los ojos cerrados. Alicia fué a acariciarle, y el tigre, al verla, le dijo:

—Te esperaba, Alicia. Estoy desangrándome; el tiro me hirió en el pecho, cerca del corazón.

Mosquilla le vendó la herida, con la habilidad de un médico, y dándole a beber agua con azúcar, logró reanimarlo de tal manera, que al poco rato el animal pudo levantarse y empezó a andar lentamente.

Un rayo de alegría iluminó a todos con la esperanza de haberle salvado. Les podría acompañar también King en la marcha. Tom le acariciaba las patas con la cara. Alicia le abrazaba con los ojos humedecidos de lágrimas.

El sendero que habían de seguir era blanco, y aun en la obscuridad se dibujaba, serpenteando graciosamente hasta lo alto. Por un puente de troncos franquearon el río, y muy despacio, la pequeña comitiva empezó a trepar por la apacible ladera de la montaña.

La primera luz del crepúsculo dibujaba en el horizonte una faja de oro; el aire fresco y leve de la madrugada, removía dulcemente las hojas de los árboles; un coro de pájaros comenzaba a entonar la canción de la mañana. En tanto que la luz crecía, los fugitivos seguían ascendiendo. El valle aparecía ahora lúgubre y medio borrado por la niebla, que a grandes oleadas iba inundándolo, como si quisiera robarle la luz del nuevo día.

A la mitad del camino, King tuvo que reposar fatigado. Sus ojos, inyectados por la fiebre, expresaban el dolor de la muerte. Resollaba como si se ahogara. Bajo su hermosa piel de rey, se percibían los latidos de su corazón gigante.

En un esfuerzo de fiera, logró por fin levantarse de nuevo y seguir el camino hasta la cima.

Allí, al pie de aquel mismo árbol que por la noche percibiera Mosquilla dibujando su perfil sobre el brocado de estrellas, descansaron todos, y nuestro hombre expuso sus proyectos. La malabarista sería nombrada ama de llaves en la hacienda de su tío don Torcuato. La pequeña Alicia se haría amiga de la prima Rosario; y a su tiempo, podría hacerse maestra, ya que su madre no había logrado serlo. Al noble King le darían el oficio de guardián del palacio, y todos vivirían, felices y contentos, muchos años.

Al oír estas palabras la pequeña Alicia lo abrazó como una hermana. La madre, enternecida, le pidió permiso para darle un beso. Al verlo Tom, reía y lloraba. King era el único que no decía nada.

Yacía inmóvil, rígido, con la cabeza estirada sobre la tierra, la boca entreabierta y los ojos tristes; corrieron en su auxilio, pero era ya inútil...; moría. Moría por haberlos salvado a todos. El valiente y cariñoso King no podía seguir más el camino de la esperanza. Cuando Alicia le acarició la frente, éstas fueron las últimas palabras de su noble amigo:

—Yo no tengo, pequeña Alicia, la gloria prometida de una vida mejor, como vosotros; pero muero feliz, en el cielo de la caricia de tu mano.

En aquel momento, desgarrando el velo de la niebla, el primer rayo de sol vino a iluminar el pintado cuerpo del animal caído. Allá, muy lejos, en el otro extremo del valle, entre brumas, el gran circo, recogido de nuevo dentro de los carros, seguía adelantando lentamente sobre la interminable carretera, con su bullicio de fiesta y de locura.

Nuestros amigos cubrieron el cuerpo de la fiera con frescas ramas de roble, espliegos y tomillos. Pasó piando una bandada de codornices, y nuestro Mosquilla enjugándose una lágrima, escribió sobre un papel, este epitafio:

Aquí yace el tigre King,
Amigo y salvador de los niños.
Hablaba como los hombres
Y obraba mejor que ellos.

(terminación de las preguntonas)

La gente de campo, consideró antes este hecho como milagroso y de ahí provienen las creencias supersticiosas de que Vd. me habla. Se encuentra la piedra sobre la arena en completa inmovilidad; pero colocándole sobre una superficie muy lisa, como por ejemplo, una plancha de estaño pulimentado, se agita y se pone en movimiento.

Ama de casa. — El procedimiento común para que las aves resulten tiernas, es el de matarlas ocho o diez horas antes de prepararlas. Las gallinas salen tiernísimas y jugosas si antes de guisarlas se les frota interior y exteriormente con un limón, que tiene además la propiedad de blanquearles la piel de una manera increíble.

Repostera curiosa. — aún cuando su pregunta no corresponde a mi sección, he aquí la receta: *Dulce de toronjas* — Con un rallador chico se les ralla la cáscara en la superficie lustrosa; luego se las hace un agujero en el corazón. Se ponen un rato a hervir; luego se las deja enfriar para cambiarles el agua y se dejan en remojo cambiándoles el agua todos los días, (ésta debe ser tibia) y se exprimen con cuidado para que suelten la semilla. A los dos o tres días si el agua ya no está muy amarga (pues un poco amarga es agradable) se exprime la fruta y se pesa: para un kilo de ésta, 1 kilo y 1|4 de azúcar, y se procede así: primero se pone en el tacho el azúcar, se cubre bien de agua, y una vez hirviendo se le echa la fruta y un palito de canela, dejándolo hasta que tome medio punto. Luego se aparta, se deja reposar para concluirlo al día siguiente a fuego muy lento, con preferencia si es de carbón de leña. Si se emplea para el dulce un tacho de cobre no se le deje pasar la noche en éste; será preciso cambiarlo por esas horas, a otro recipiente. Cuando el dulce es rallado, haga la siguiente: Se rralla la toronja y se pone a cocer durante 1|2 hora (hay que procurar que no sea sino la parte verde de la cáscara de la que se haga el dulce) después de cocida se lava en muchas aguas exprimiéndola bien cada vez que salga el ácido; se pesa igual cantidad de rrallado que de azúcar, se prepara el almíbar con poca agua, y cuando está en su punto se le pone la toronja y se revuelve seguido hasta que tome punto.

Campesina. — Ya se me ha pedido muchas veces esto mismo. Trataré de complacerla en el número próximo; pero no estoy segura de que sea en mi sección. Trate de estar alerta, a las demás páginas de esta revista.

Sin melenita. — 1.º No sé donde vive esa señorita. 2.º Tendría que ver al Director general. El está siempre a eso de las cinco en la oficina. 3.º Se trata del empleo de un papel especial. Ignoro si es un secreto; pero, por más datos podría Vd. dirigirse al Sr. Buscasso — Imprenta de "El Día".

Dos en uno. — 1.º Considero que es más difícil y más artístico el violín. 2.º Ese árbol nace de semilla, pero su crecimiento es sumamente lento; en la casa Basso, encontrará pequeños ejemplares en macetas, con cuya adquisición se ahorrará Vd. varios años de espera.

Sincera. — No sé a ciencia cierta, hasta que punto puede ser contagiosa o perjudicial para los otros, la enfermedad que Vd. tiene. Mi primer consejo es que lo consulte a su médico, no con respecto al tratamiento, sino al trabajo que Vd. puede hacer dentro de su casa. El Dr. Leredde ha obtenido resultados excelentes en los casos de eczema, aplicando el ácido psícrico cuando se trataba de un mal agudo, a cuyo efecto cubría la región enferma con compresas empapadas en solución acuosa saturada en ácido pcícrico. En casos de eczema crónico, se renueva el tratamiento cada día. Esto, va dicho al pasar, pues tengo la seguridad de que Vd. no se habrá abandonado y que estará en manos de un especialista.

La del Durazno. — Puede pasar sus vacaciones en esta capital, alojada en el "Hogar Estudiantil femenino". No hay inconveniente en que venga con sus hermanitas; los precios son convencionales.

Mamá apenada. — En uno de sus aforismos, decía Hipócrates que "los cambios de las estaciones producen enfermedades, así como también en una misma estación las grandes mudanzas de frío, calor, etc." Lo más prudente es que los niños usen el abrigo en relación a la temperatura exterior que haga en el momento de salir, y que lleven consigo un abrigo, para la hora del regreso Este, deberán ponérselo al experimentar la primera sensación de frío Los tranvías ofrecen es cierto en esta estación un grave peligro pues quizá ciñéndose a ordenanzas sur[illegible], los guardas se resisten a cer[illegible] las ventanillas cuando en verano empieza a hacer frío, como se resistían a abrirlas cuando en días invernales tuvimos una temperatura estival En cuestiones de lógica será inmortal la que nos legaron algunos farilistas; pero esas obras por un error, en vez de leerlas las personas mayores, las ceden a los niños cuya mentalidad no está preparada para sacar de cada fábula provecho ejercitándose en la moraleja.

RUBOR

Por teléfono:
—¿Cómo vá, marquesa?
—¿Me conoce usted?
—Sí barón; pero me estoy vistiendo.
—Hable sin temor: estoy vuelto de espaldas.

Concurso de dibujos infantiles

MUNDO URUGUAYO abre un concurso de dibujos infantiles en el que pueden intervenir todos sus pequeños lectores. Los dibujos que se envíen no han de ser copiados y serán hechos con pluma y tinta negra en un papel o cartulina blanca, de tamaño de una postal. Deberán ser acompañados del título o explicaciones de lo que representan, nombre, dirección y edad del pequeño autor al respaldo.



"La estancia de mi tío al pie del lago" por Violeta Pascual, edad 12 años — "Un traje nuevo", por Cholita Serra, edad 10 años — "El mach Rodríguez y Respress", por Mario Rodríguez, edad 8 años — "Una madre cariñosa" por Ofelia Gancedo, edad 9 años — ¿Cuándo bajará...? por Martín Aznárez, edad 11 años — "Zenón el esquilador", por Horacio J. Otero Alves, edad 11 años — "Preparándose para un baile de disfraz", por Hilda Curbelo A., edad 11 años — "La dama del damero", por Raúl Cohe, edad 12 años

LAS VIBRACIONES DEL ETER

Nuestros aficionados

Paperán.

Estamos en el altillo. Nos sonreímos al pensar que casi todos los aficionados se refugian en los altillos para sus experiencias radiofónicas. Los otros miembros de la familia, en la generalidad de las casas son contrarios a la "manía" del radio. De aquí la aislación de algunos aficionados en los altillos. El cuartito que Paperán posée para su estación es cómodo y agradable. Una ventanita dá sobre el caserío inmediato. Por la ventanita se atalaya un paisaje de antenas. Sobre una mesa destaca el "taller" repleto de herramientas y aparatos de ensayo; sobre otra mesa, el receptor-prolijo y preciso; — y el transmisor-preciso y prolijo, también — ponen una nota de "broadcasting" enano.

Nos calamos los auriculares. Giramos la selección. Oímos. Este receptor de Paperán colma nuestras exigencias. Vamos al transmisor, cambiamos las llaves, decimos: "¡Hola "Reóstato llama"!.... Y contestan, por su turno, las tres estaciones que estaban en radio en aquel momento. Nosotros nos damos vuela y felicitamos a Paperán. Paperán sonríe detrás de sus lentes de fina armadura de carey con puente de oro.

Nos aposentamos frente al transmisor. Mientras los compañeros de "rueda etérea" charlan entre ellos, Paperán nos dice:

—Mi iniciación en la radiotelegrafía data del año 1914. En aquella época nos reuníamos varios entusiastas aficionados en la farmacia del Reducto, de don José Bulla, donde en apretada rueda en torno de un carrete de Ruhmkorff, escuchábamos atentos las atinadas explicaciones que Bulla nos daba al tiempo de realizar interesantes experiencias. Yo seguía estos cursos con verdadera vocación y hasta intenté faricarme un carrete y un manipulador, peraneciendo junto a ellos durante mis horas libres y transmitiendo con bastante velocidad...

—¿Y ahora? — interrumpimos preguntando.

—¡Bah!... Ahora que me haría buena falta. — contesta Paperán —, estoy casi olvidado del alfabeto Morse.

—¿Después? — insistimos.

—Lo que viene es trágico — añade. — La construcción del carrete fué para mí una obra de titán. Me envolví allí — ¡nada menos! — dos kilos de alambre de un décimo de milímetro en el secundario, espira por espira, bien juntas y aislando cada capa con un trozo de papel parafinado. Una vez estuvo concluído contemplé mi obra con la satisfacción de Hércules al finalizar sus trabajos mitológicos; pero... al conectarle las pilas con la esperanza de ver brotar del secundario una chispa de dos pulgadas, por lo menos, me decepcionó la pasividad del carrete frente a la impresión de las pilas. ¡Nada!... Tuve que desenrrollar todo el hilo y reparar la falla que estaba representada por un corte de hilo a los dos o tres metros del comienzo de todo mi trabajo...

—¡Qué fenómeno! — decimos nosotros parodiando a Darrigrand.

—¡De veras! — exclama Paperán. Pero, — añade, — como la vida se aprende a golpes volví con más ahinco a la tarea saliendo triunfador.

En estos momentos los auriculares nos traen voces amigas que nos ceden la palabra en la "rueda". Nos acercamos al micrófono. Charlamos con Baranda. Enseguida Baranda se dirige a Surra Ponce. Seguimos charlando con Paperán:

—¿Siempre fué creciente el entusiasmo de ustedes? — interrogamos.

—Hasta lo inaudito... Imagínense que en un café del Reducto prestaba servicio de mozo un argentino desertor del ejército de su país. Este mozo tenía una desmedida afición a la radiotelefonía, y nosotros la aprovechamos colocándole una "Chicharra" detrás del mostrador por la que lo mandábamos traer cigarrillos o café o lo que fuera transmitiéndole de una trastienda del café que servía de sala de sesiones a la directiva de un club de "football" que habíamos formado.

Paperán calla. Vaga su recuerdo por aquéllas épocas. Se sonríe. Nosotros nos imaginamos al mozo del café movido por el resorte de la "chicharra".

—¿Ahora?... — insinuamos.

—Ya lo ven ustedes — nos dice señalando los aparatos que manipulamos; — tengo este receptor regenerativo con un paso de amplificación que me rinde óptimos resultados; y ese "Ford" que es el crédito de mi estación y con el que atiendo a la legión de aficionados que vienen a golpearme en la antena...

A las nueve de la noche — añade tras una breve pausa — estoy en mi puesto frente a los aparatos de combate. Ustedes me oirán amenudo, ¿no es eso?

Asentimos con el gesto.

En eso Darrigrand nos vuelve a dar la palabra; nosotros contestamos y pasamos la "oratoria" a Baranda. Volvemos a charlas con Paperán.

—Antes de quedarme definitivamente con este receptor — añade Paperán — probé varios circuitos, entre otros la "aeriola" la Braggio, pero renuncié para seguir con el actula. Creo que es insuperable...

Se hace un silencio. Recorriendo los topes del variocupler oímos muy fuerte las estaciones argentinas. "Radio Revista" (A 1 8) transmite en esos momentos en onda de noventa y tantos metros.

—Mi antena — nos dice Paperán, — tiene siete metros sobre la azotea y veintiún metros de largo. Es de dos hilos. En el receptor empleo dos lámparas Micro de cuyo resultado estoy harto satisfecho; y debo declarar que desde hace cinco meses uso la misma batería de 22 ½ voltios y 45 voltios sin que note disminución en la carga. En la transmisión tengo alrededor de 220 voltios. Uso onda bastante corta.

Darrigrand y Baranda se retiran. Surra queda en radio. Síbils silba a lo lejos. Stagnaro habla con la Cinco Nueve Biso llama desesperadamente. Vuelve a silbar Síbils... Apagamos.

Paperán nos acompaña hasta la puerta de la calle. Un apretón de manos sella nuestra amistad.

Son las dos horas del día 30 de octubre de 1924.

"Reóstato".

La N. O. G. llama....

Las otras noches "Reóstato" quiso hacer una prueba radiofónica. Todas las pruebas que se pueden hacer en radio no deben reducirse a "¿cómo me oye?" y "¿qué le parece mi transmisión actual comparada con la de hace seis meses?". Así fué como a "Reóstato" se le ocurrió probar la "policía del éter" y la buena voluntad de los aficionados.

Ideó un número para designar una estación nueva y lanzó al espacio su llamado diciendo que, siendo una estación que recién comenzaba sus experiencias, esperaba un apoyo de sus hermanas mayores. "Reóstato" daba la caracterústica N. O 6 para su ensayo. El primer llamado no fué contestado. Un segundo llamado corrió idéntico destino un tercero, igual y recién al cuarto llamado, cuando se había agotado el repertorio de llamadas, contestó la "54" del señor Pedro Pose. "Reóstato" se complace en destacar la actitud del señor Pose a quien ya agradeció en aquella noche y vuelve a agradecer de nuevo su deferencia. "Reóstato" estima que todos los aficionados están en el ineludible deber de contestar los llamados que se les hagan. Y si por razones personales no quieren entrar en conversación con quien llama, debe la buena educación obligar a dejar constancia de la recepción del llamado y de que esa estación no puede seguir hablando. Porque si todos se hacen los "suecos", estamos a la altura de unas vulgares telefonistas. Todos los aficionados deben contestar a todos los llamados. "Reóstato" sabe que hay quienes tienen un miedo enorme de que "les tomen el pelo". Sólo puede pensar que se le quiere tomar para "un manteo" aquellos que tienen poca altura moral. Estas experiencias se repetirán, y esperamos que los aficionados entiendan cual es su verdadera misión. Al señor Pose y a la valiente *cinco cuatro* nuestra felicitación y nuestro saludo.

La Radiotelefonia en E. Unidos

Un discurso de Mr. Hoover en la III Coferencia Nacional de Radiotelefonia

Mr. Hoover, al inaugurar la Tercera Conferencia de Radiotelefonía, insinuó la idea de nacionalizar el sistema de programas de broadcasting, a fin de proporcionar al público un servicio similar al de las Asociaciones de la Prensa. Esto sería factible mediante la interconexión de las estaciones de broadcasting.

Mr. Hoover reiteró su oposición a cualquier monopolio de radiotelefonía, y dijo:

"Mi proposición es que las estaciones locales estén en condiciones de dar a los auditorios todo hecho de importancia nacional con regularidad y deberán proporcionarles la mejor música; además, debemos poder proporcionar las declaraciones importantes de los hombres de Estado; debemos llevar a nuestro pueblo los asuntos de interés nacional y ello es solamente posible por medio de programas nacionalizados con una organización también nacionalizada."

Mr. Hoover se mostró categóricamente contrario al empleo del broadcasting para la propaganda comercial y manifestó sus dudas sobre la posibilidad de exigir el pago de los servicios de broadcasting.

Todo lo cual debiera tomar en cuenta el gobierno uruguayo a fin de librarnos del suplicio del fonógrafo por radio que es la característica de nuestra radiotelefonía.

Limitación de transmisiones

Recibimos y publicamos:

" Montevideo, octubre 24 de 1924.
" Señor encargado de la sección de "Vibraciones del éter". "*MUNDO URUGUAYO*". Presente. Señor encargado: Hace tiempo que pensábamos escribirle; pero la sospecha de una mejoría en el calamitoso estado de los aficionados nos ha hecho demorar esta carta. Ahora que tenemos la certidumbre absoluta de que el mal avanza no podemos quedar más tiempo en silencio. Usted habrá notado que el número de transmisores particulares crece en una forma alarmante. ¿Alarmante?; sí, señor *Reóstato*, alarmante. Nosotros creemos que un transmisor es para transmitir aquello que en verdad merezca ser transmitido pero pasarse las horas de esta guisa: (oiga usted un poquito).

—" Hola, hola, hola... ¿Que tal amigo Fulano? ¿Cómo le va? ¿Qué me dice?

—" Ya lo ve. No le digo nada. ¿Y usted que tiene para contar?

—" Yo, nada; nada ha pasado. Pero, a ver, usted no me dice nada?

—" No, no le digo nada. ¿Y usted?

—" Yo tampoco...

" Y una punta de pavadas por el estilo que hacen el enojo de quienes no tenemos interés en semejantes producciones de caletres alarmantemente pobres. Ese diálogo que hemos reproducido es de los más entretenidos. ¡Hay que ver cuando les dá por hacer chistes!... ¡Hay cada chistoso que podría morirse en la seguridad absoluta de dejar recuerdo!... ¿Usted no puede hacer nada en ese sentido? Ya sabemos que van a salir los "lesionados" diciendo que cambiemos dos grados en el condensador si no nos place oirlos... Ya lo sabemos y lo practicamos. Pero ¿qué pensará un extranjero, por ejemplo que se ponga a oir tales muestras del detestable ingenio radiotelefónico? Todo esto es para decirle que el gobierno argentino, a causa de estos males, ha resuelto decretar la restracción de las trasmisiones inalámbricas para aficionados. Y nosotros desearíamos que el gobierno nuestro, si los aficionados siguen así, las prohibiera en absoluto. Salúdanlo atte. — "*Receptores*".

Y al que le caiga el sayo, que se lo ponga...

NOTAS DE LA SEMANA ULTIMA



Coro y músicos del Instituto Verdi que cantó con motivo del aniversario del nacimiento del maestro Verdi, en un festival realizado en su memoria



Comisión de Damas pro-kermesse para el Edificio del Club Español



El Ministro de la Guerra y el Director de la Escuela Militar visitando las trincheras, en las recientes maniobras militares



El Sub Director de la Escuela Teniente Coronel Roletti redactandc un tema para ser desarrollado por las tropas



Puente construído por cadetes bajo la dirección de los alumnos de ingenieros



El oficial y los cadetes que dirigieron la construcción de la trinchera



Inauguración de la Biblioteca donada por la Comisión Pro Fomento Escolar, en la Escuela de 2.º Grado N.º 8, que dirige la Srta. Sara N. Ostiz



Reyles y Lugones, abordo del "Massilia" llegado la semana anterior a nuestro puerto

Después de una actuación descollante en el ambiente literario europeo, en él que su obra "El embujo de Sevilla" obtuvo un sonado éxito, regresó a Buenos Aires, donde está radicado, nuestro compatrióta el escritor Carlos Reyles; quien permanecerá breve tiempo en el Plata, para retornar nuevamente a España. Son propósitos suyos escribir en su establecimiento de campo del vecino país una nueva obra literaria, que como todas sus producciones está llamada a gran resonancia en el mundo intelectual. — En el mismo vapor que condujo a Reyles llegó el escritor argentino Leopoldo Lugones, quien tuvo en la Liga de las Naciones una brillante actuación.

Impresa en los Talleres de Ucar Blanco Hnos. — IMPRENTA LATINA. — Calle Florida 1528 y Paysandú 832
Para la AGENCIA PUBLICIDAD. — Capurro & Co. — Grabados a cargo de GINO LUGLI